JUAN VALERA

TENTATIVAS DRAMÁTICAS.

MADRID: 1879.—TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
MENDIZABAL, 64.

JUAN VALERA.

TENTATIVAS DRAMÁTICAS

LA VENGANZA DE ATAHUALPA.—LO MEJOR DEL TESORO.
ASCLEPIGENIA.

BIBLIOTECA PEROJO

MADRID
CALLE DE PIZARRO, NÚM. 15

PARIS
27, FAUBOURG MONTMARTRE

Es propiedad.

Á LA EXCMA. SEÑORA

MARQUESA DE HEREDIA.

HACE años, cuando yo no había compuesto más que poesía lírica, me aseguraba cierto ilustre amigo mio, que ya murió, que mis versos eran de tal calidad, que jamás gustarían á las mujeres, ni habría una siquiera que se aprendiese de memoria media docena de ellos. Esto me afligió de suerte, que dejé de escribir versos y me dediqué á la vil prosa.

Por desgracia, segun opinion de algunos críticos discretos, con la prosa me sucede

exactamente lo mismo. Los mencionados críticos declaran que han dado á leer mis novelas á sus novias respectivas, y que todas las han devuelto sin leerlas, á pesar de la buena voluntad y de los esfuerzos que por leerlas han hecho.

Esto me ha desconsolado más aún. Si las mujeres no leen ni mis versos ni mi prosa, ¿quién los leerá? Yo disto mucho de ser un sabio. Yo no aspiro á enseñar nada. Yo no he descubierto ninguna útil ó encumbrada verdad. Yo no trato de abrir nuevos senderos al errante género humano. ¿Para qué escribo entónces? Por este pícaro prurito de escribir, de que no puedo libertarme.

Así cavilaba yo, y seguía escribiendo sin poder remediarlo; porque, si yo hubiera podido remediarlo, no hubiera escrito. Yo seguía escribiendo sin fe y sin esperanza.

Imagine V., pues, señora, qué consolacion tan inesperada y grande fué la mia cuando averigüé que V. y su hermana se sabían de memoria no pocos versos mios. Vamos; estuve para perder el juicio de gusto y de satisfaccion. Aquello fué como ver el cielo abierto.

Verdad es que la memoria de V. es un

tesoro de poesía castellana, y que, si se perdiesen todos los libros en que dicha poesía se conserva, V. podría dictar una coleccion selecta de lo mejor; pero esto, en vez de atenuar mi alegría y mi vanidad, las acrecentaba. El buen gusto de V. era evidente. No era extravagancia gustar tambien de lo que yo había escrito.

A fin de no ensoberbecerme demasiado, atribuí entónces la rara estimacion de usted por mis obras á algo como afecto hereditario. Yo viví tres años en Nápoles en compañía del Duque, su padre de V. El Duque me quería, y miraba mis obrillas con singular benevolencia. Usted, sin duda, hace lo mismo, por imitar al Duque; impulsada y engañada quizá por el favorable concepto que la generosidad y el cariño como de padre, que el Duque me tuvo, le habían hecho formar de mí.

Sea como sea, yo estoy á V. agradecido con toda el alma. Miéntras más viejo me voy poniendo, más ganas de escribir me van entrando. Yo no bailo. Yo apénas juego, porque casi siempre pierdo. Otras diversiones cuestan caras. Como soy corto de vista y algo torpe, no pesco ni cazo. ¿En

qué me he de entretener como no sea en escribir? Al fin, aunque lo escrito valga poco y produzca ménos, es entretenimiento barato, porque el papel de costeras de que saco mis cuartillas vale poquísimo, y no es cara aquella sustancia que encomió el poeta cordobés, mi paisano, diciendo que la eternidad tenía ilustre asiento en ella y más firme que los mármoles y los bronces.

Así, animado en gran parte por V., y persuadido ya de que hay alguna mujer que me lée, he trabajado en estos últimos tiempos, y he logrado más de lo que en mis sueños de gloria pude imaginar nunca. No me atrevo á creer que tengo un público, pero creo tener ya cierto número de lectores y áun de lectoras, si bien entre todos acaso no pasen de tres mil, esparcidos por la extensa superficie del globo que habitamos.

La facilidad de comunicaciones, de que se goza en el dia, hace que hasta la produccion más baladí recorra los países, atraviese las fronteras y traspase los mares, por donde yo, sin acertar en la vida á hacerme popular, me lisonjeo de haber acumulado dicho número de lectores.

Esto me basta para seguir escribiendo, sin

aspirar á más. Ya creo contar con álguien que me lea y que pague, á la larga al ménos, el coste de la impresion de mis librillos.

La codicia, no obstante, rompe el saco, como dice muy bien el refran.

Alentado yo por mi buen éxito relativo, me propuse, no hace mucho, convertirme en escritor popular y buscar aplauso y ganancia en el teatro. Escribí, pues, una zarzuela, tomando asunto de un cuento de las *Mil y una noches;* adornándole y bordándole con todos aquellos perfiles que más á propósito me parecieron; é imitando, á mi manera, los dramas fantásticos de Cárlos Gozzi, que él llamó *fiabe*, como *La dama serpiente*, *El rey de los espíritus*, y *Turandot*, *princesa de la China*, que obtuvo la honra de que Schiller la tradujese en lengua alemana.

Hablando con franqueza, cuando mi zarzuela estuvo terminada, yo me las prometí felices. ¡Qué ironía jocosa se me antojaba notar en toda ella! ¡Qué bien concertados disparates! ¡Qué versos tan lindos! ¡Qué novedad en todo! ¡Cuánto chiste ático y claro sin chocarrería! Lleno, pues, de con-

fianza, se la leí á varios peritos y á dos ó tres empresarios de los más famosos, atinados y previsores. Ninguno vió los chistes ni las lindezas que yo había creido ver. Poner en escena mi obra costaba además unos cuantos miles de duros. Era casi evidente que las gracias, que los empresarios no veian ni descubrian, estaban muy hondas, dado que existieran, y el público no había de ser bastante zahorí para desentrañarlas. Cruel golpe hubiera sido, pues, para mí el que por mi culpa se arruinase un empresario, gastando su dinero en decoraciones y trajes, y el que, en la noche del estreno, se anegase la máquina de mis ilusiones en un diluvio de silbidos.

Me llené de terror. Al maestro que me había prometido poner en música mi obra, le relevé de la promesa, y yo desistí para siempre de mi fugitiva pretension de ser poeta dramático.

No resolví esto ni por excesiva soberbia, ni por modestia y humildad tampoco. No lo resolví por modestia, porque mi zarzuela no me parece mala. Si me pareciese mala, no la publicaría. Y no lo resolví tampoco por desden y orgullo, aplicándome el

precepto evangélico que dice, *no eches tus margaritas á los cerdos*, porque sé muy bien que el público tiene un instinto infalible para adivinar lo bueno, y nada, por elevado que sea, deja de estar á su alcance. Noble testimonio de ello dan, por ejemplo, *Los Amantes de Teruel* de Hartzenbusch y el inmortal y glorioso hermano de V. *Don Álvaro*.

Mi resolucion nació del pleno convencimiento de que, con toda independencia del valor literario de un drama, se requiere para ser aplaudido una condicion de que yo carezco sin duda: se requiere cierta virtud magnética por la cual el poeta comprende el sentir y el pensar del público, en un momento dado, y se pone en consonancia simpática con dicho pensar y dicho sentir. Repito que carezco de esta virtud como de otras muchas, y esta virtud es el más esencial requisito para ser autor dramático.

Harto siento yo no serlo, porque siempre he creido que la flor más bella de toda literatura, el último y más espléndido brote del árbol del arte es el teatro. En él la poesía vuelve á ser objetiva por refleccion como en la epopeya lo fué por instinto. En

él caben todos los géneros, el lírico, el didáctico, el satírico y el narrativo, concurriendo á hacerle cifra de la poesía. La accion prevalece y da ser á todo. El poeta oculta su personalidad y hace hablar á sus héroes. El pueblo escucha y aplaude. Y no sólo aparece en el teatro la poesía en todos sus géneros y formas, produciendo una hechicera, ideal y fantástica representacion de la vida humana, sino que, á fin de rodear y formar séquito pomposo á la poesía, acuden solícitas las demas artes, como siervas ágiles que se esmeran en engalanarla. La pintura, la escultura y la arquitectura levantan para ella palacios aéreos, erigen estatuas y monumentos ó fingen jardines amenos y bosques frondosos; la arqueología y la indumentaria le prodigan trajes, alhajas y muebles antiguos ó peregrinos; la música le da ricas melodías; y la danza le presta sus rítmicos movimientos, y aquella singular belleza, por quien la docta antigüedad la tuvo en tanta estimacion , haciéndola como centro entre los ejercicios del cuerpo y las tareas y disciplinas del alma; poniéndola como mediadora y participante de cuanto crea la mente, que es la *música,* en

su acepcion más lata, y de cuanto el cuerpo bien educado y robusto es capaz de hacer para mostrar su enérgica gallardía, que es la *gimnástica*. Y como todo esto se somete á la poesía, resulta que en el teatro es donde da y debe dar un pueblo adulto, fecundo y brioso, amplia muestra de su ingenio, y donde hace y debe hacer alarde brillantísimo de toda su cultura.

Siempre me ha repugnado la idea de que el teatro sea una escuela de moral. Y no por tenerle en ménos, sino porque me parece poco. ¿Cómo subordinar la poesía, que en ella misma tiene su fin, á un fin extraño, por sublime que sea? Además que, mirado el teatro como la más cumplida manifestacion de toda la cultura de un pueblo, la moral entra, como lo restante, en la manifestacion; y ésta no es sólo á manera de espejo clarísimo, donde dicha cultura se refleja, sino espejo de aumento y de mágico poder, en el cual no se refleja ella tal como es, aunque magnificada, sino limpia asimismo de manchas é impurezas, y hermoseada y radiante de luz divina, en donde ya se columbra algo de los futuros ideales, si es que los hay.

Siendo tal mi concepto del teatro, imagine V. lo que me pesará de no poder escribir para el teatro; pero ¿qué le hemos de hacer? Dios no me llama por ese camino.

Esto no obsta para que yo, sin pensar ya en el teatro, haya querido escribir y haya escrito, además de la zarzuela, otros dos como cuentos dialogados, que doy, juntos á la zarzuela, en un tomito, bajo el título comun, y no me negará V. que modesto, de *Tentativas dramáticas*.

Una de estas *tentativas* se titula *La venganza de Atahualpa*; la otra, *Asclepigenia*. Ninguna de las dos, cada una por su estilo, es representable; pero ambas, y singularmente la segunda, son de lo ménos malo que he escrito yo en mi vida. La necesidad de encerrarlo todo en breve cuadro, y de callarme y dejar hablar á los personajes, me ha obligado á ser sobrio, á no divagar y á ir al grano siempre, como vulgarmente se dice.

A no pocos comentarios se prestan ambas composiciones; algunas notas tambien debieran ponerse al fin para la mejor inteligencia del texto; pero la desidia se ha apoderado de mí, y todo va sin comentarios y

sin notas. Que cada cual lo entienda como se le antoje. Sólo me atreveré á indicar aquí que en *Asclepigenia* hay mucho de alusivo que le da un interes de actualidad. El panteismo místico de los alemanes, como Schelling, Hegel y Krause, se asemeja no poco al de los alejandrinos, cuyo último representante de valía fué Proclo; y la caida entónces de la filosofía tambien se puede comparar algo á la caida de la filosofía en estos últimos tiempos, en que los adelantamientos de las ciencias físicas y experimentales y la aficion y el entusiasmo por el bienestar material han convertido la ciencia en positivismo. Sólo falta ahora una religion nueva que se levante sobre tanta ruina y traiga en gérmen en su seno una nueva y más poderosa civilizacion. El pesimismo ateo de Hartmann y de Schoppenhauer, y las melancolías de Renan y los temores de Strauss, no prometen darnos la religion del porvenir ni nada que se le parezca. Estos señores son unos Budas cómicos y sin caridad, que por único consuelo á nuestros males nos ofrecen la muerte, y por único freno de crímenes y pecados el progreso futuro, que ya entreven, el cual ha de llegar á tanta per-

feccion, que habilite á los sabios para destruir el universo y acabar así con nuestras maldades y miserias. Dios quiera que tarden en conseguirlo, pues lo que es á mí no me parece todo tan pésimo.

Ya que estoy con la pluma en la mano, diré tambien, por si álguien no lo sabe, que en *Asclepigenia* todos los personajes son históricos, salvo Eumorfo y Crematurgo, y que á todos he procurado conservarles el carácter que en la historia tienen. Si á *Asclepigenia* la hago un si es no es desaforada, sin que conste, como ya no queda nadie de su familia, no perjudico á nadie. Y si á Atenais la llevo á vivir con Asclepigenia, no la ofendo, pues eran paisanas é hijas ambas de filósofos, por lo cual es natural que viviesen juntas en Constantinopla, habiéndose ántes conocido en Aténas.

Sólo me queda un escrúpulo; pero el escrúpulo ha acudido tarde, estando ya impresa la obra, y no se puede corregir el pasaje que le suscita: la desvergüenza con que Asclepigenia y Atenais murmuran de la santa emperatriz Pulqueria. Yo creo, sin embargo, que bien entenderá quien me leyere que Asclepigenia era una bribona,

que el ladron piensa que todos son de su condicion, y que no es extraño que ella se hiciese eco de las hablillas calumniosas de los nestorianos y de otros herejes, á quienes la santa emperatriz había perseguido.

Ningun autor es responsable de cuanta tunantería diga ó haga cada uno de los personajes que saca á la escena, y yo no debo responder de las murmuraciones de aquellas mozas insolentes. No es menester acudir á la vida que el Padre jesuita Contucci escribió de la emperatriz para respetar su limpia fama. Gibbon, con ser impío, la respeta, y en este punto no he de ser yo ménos que Gibbon.

En cuanto á la bella Atenais, todos convienen en que fué algo ligera de cascos: hasta el P. Contucci, á pesar de su circunspeccion. Lo que le hago decir del bello Paulino está, pues, en su lugar, tanto más que por culpa de la manzana, que ella le regaló, vino á sospecharlo todo el Emperador Teodosio II, y al bello Paulino le costó la vida, segun refieren las historias.

En suma, lo que importa más es que estas tres, que he puesto yo en diálogo, di-

viertan á quien las lea, ya que para el teatro no sirven.

Yo se las dedico á V. por mil razones, largas de poner aquí. Se las dedico á V., por ejemplo, porque V. tiene mucho entendimiento, y, como le tiene, trata con indulgencia mis obras, y porque deseo dar una prueba de mi gratitud al favor que V. me hizo, dejando por falso profeta á mi ilustre amigo difunto; aprendiéndose de memoria bastante más de media docena de versos mios, y desautorizando tambien á los críticos discretos, cuyas novias no pueden sufrir mis novelas.

Acepte V. mi presente, estimándole y tasándole, no por el valor que tiene en sí, el cual es mezquino, sino por la respetuosa y sana intencion con que le hago, y con la cual estoy y estaré siempre deseoso de servir y complacer á V. como su amigo constante y agradecido Q. B. S. P.

JUAN VALERA.

LA
VENGANZA DE ATAHUALPA

LEYENDA EN DIÁLOGO.

No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron despues, ca todos ellos acabaron mal.

(GOMARA, *Historia de las Indias.*)

La escena pasa en un lugar de Extremadura, por los años de 1542.

JORNADA PRIMERA.

Sala en casa de doña Brianda.

ESCENA I.

LAURA, JUANILLA.

JUANILLA.—Ya que tan poco cuidas del adorno de tu persona, deja que te coloque bien el manto. (Procura arreglárselo bien.) ¡Qué flojera! ¡Si se te cae! ¿Por qué quieres ir tan desgarbada? Es un contra Dios que, siendo tan linda, no hagas valer la belleza que Dios te ha dado. En toda Extremadura no hay más gallarda moza que tú! ¡Per-

tinaz melancolía es la tuya! Pues no... ahora no tienes motivo. Nos faltaba dinero. Hoy nadamos en oro. Tu hermano ha traido de Indias el rescate de Atahualpa y el botin de Caxamalca, Jauja y el Cuzco. Qué más quieres?

LAURA.—Si yo no quiero nada.

JUANILLA.—Y luégo, para que la ventura sea cumplida, no contento tu hermano con traerte tantas riquezas, te trae la fama de su nombre, el brillo de sus hazañas, y te trae, por último, lo que más anhelan las niñas de nuestra edad... un marido que ni mandado hacer de encargo... con treinta años apénas, recio, brioso, bello como Adonis, y con mucha hacienda, ganada tambien en ese imperio que acaba de conquistar Pizarro. No comprendo tus penas; debieras estar alegre como unas sonajas.

LAURA.—Y lo estoy. ¿Por qué supones que no estoy alegre?

JUANILLA.—No lo supongo; lo veo. Tu hermano lo ve tambien. Y lo ve y lo lamenta el Sr. Francisco de Cuéllar, á cuyo amor no correspondes.

LAURA.—¡Ay, Juana! Yo no puedo mandar en mi corazon. Cuéllar es digno, por mil razones, de ser amado. Su gentil apostura, su valor, la misma vehemencia del afecto que me muestra, y, sobre todo, el imperio y la osadía con que su ánimo se impone y señorea á los otros, son prendas que deben avasallar y rendir el corazon de una mujer; pero el mio está muerto para los amores del mundo. Apénas ha latido y ya está fatigado. Sólo ansío el reposo. La inesperada vuelta de mi hermano, y este repentino cambio de nuestra fortuna, de adversa en próspera, no bastan á

hacerme variar de resolucion. Sigo en mi propósito de cuando estaba pobre y desvalida. Quiero retirarme á un convento.

JUANILLA.—¿Qué motivos hay para tomar esa resolucion, cuando todo debiera sonreirte? Tú me ocultas algo. Secreto dolor contrista tu espíritu. ¿Por qué no amas á Cuéllar? ¿Amas quizá á otro hombre?

LAURA.—No es menester acudir á la suposicion de otro amor, ni es menester imaginar pena muy honda y misteriosa para explicar mi inclinacion al claustro y mi despego de las cosas mundanales. Aunque sea yo indigna, ¿no puedo sentir la vocacion?

JUANILLA.—Puedes... pero ya te apartará de ella tu hermano. Tu hermano ama á Cuéllar y le debe mucho; Cuéllar te idolatra; su dicha pende de que le des un sí; y tu hermano, que anhela hacer la dicha de su amigo, te persuadirá al fin á que no le dejes desairado.

LAURA.—No me hables más en eso, Juana. Me aflige y cansa el oirte. ¿Lo ves? Hasta es material mi cansancio. Casi no puedo tenerme en pié.

(Laura se deja caer como desfallecida en un sillon de brazos.)

JUANILLA.—Descansa un momento, y prepárate á recibir al Sr. Francisco de Cuéllar. (Mirando por un balcon que hay el fondo.) Asómate con disimulo. Ahora aparece por el extremo de la calle. Aunque no sea más que por curiosidad, asómate. Verás qué galan viene á visitarte. Fulgura sobre su frente, cual penacho de fuego, la esmeralda que trae en la gorra, y que, segun dice el indio Cipriano, adornaba la cabeza de la principal ó superiora de las vírgenes consagradas á ese mismo sol que en este instante ilumina

la joya con sus rayos. La cadena de oro que pende de su cuello, debe de pesar unas cuantas libras. Y el vestido ¡qué pulcro y qué lujoso! de raso, y velludo todo él... ¡Si parece tu novio un emperador! El jubon y los gregüescos son morados, con pespuntes de oro; los puños y la gorguera de primorosas randas; las calzas ceñidas, de punto, dejan lucir la bien formada pierna; y el lindo gaban, con mangas perdidas, está aforrado de marta. Vamos, señora, no seas de cal y canto. Mírale... ¡qué airoso viene! ¡Qué barba negra tan bien peinada y lustrosa! ¡Qué bonitos rizos! Pero... ya entra en el zaguan... Ya entró. Voy á abrirle.

(Sale Juanilla. Laura, al verse sola, exhala un hondo suspiro, y exclama):

LAURA.—Madre santísima de los Dolores! ¡Jesus mio de mi alma! ¡Tened piedad de mí!

ESCENA II.

Entra JUANILLA acompañando á FRANCISCO DE CUÉLLAR. JUANILLA se va, y deja al hidalgo con su señora.

CUÉLLAR.—Vengo, hermosa Laura, á despedirme de vos para una ausencia, que espero sea corta. Vuestro hermano y yo tenemos negocios en Sevilla, y hemos convenido en que yo sea quien vaya á ponerlos en órden. Mucho me cuesta separarme de vuestro lado: os amo más cada dia; pero conozco que esta separacion es conveniente. Libre así del asiduo ahinco

con que os visito, sirvo y pretendo, podreis meditar mejor en lo que os está bien hacer; y luégo no sereis acaso tan dura conmigo.

LAURA.—Creedme, Sr. Francisco de Cuéllar, yo no puedo ser dura con vos, porque no soy ingrata. Grande es la honra que me haceis en ofrecerme vuestra mano: yo os lo agradezco...

CUÉLLAR.—Pero no lo aceptais. ¿Amais á otro, Laura?

LAURA.—No, Cuéllar. Si mi alma fuese capaz de amar, os amaría.

CUÉLLAR.—Las mujeres teneis mil melindres y os forjais mil dificultades fantásticas que los hombres no entendemos. ¿Por qué no ha de ser capaz de amar vuestra alma? Yo he oido decir que el ángel de las tinieblas es el único sér incapaz de amar. Vos, que sois lo contrario; vos, que sois un ángel de luz, ántes que al desamor, debeis sentiros propensa á enamoraros. Y la gratitud, Laura, que confesais deberme, es excelente preparacion de amor. Poco os falta ya para amarme, si es que me estais agradecida. Poned buen talante y me amareis al cabo. ¿Callais? ¿Nada me respondeis?

LAURA.—¿Qué he de responderos que os plazca? Sois discreto y valiente, estais rico, volveis de Indias cubierto de laureles; mi hermano quiere que yo sea vuestra; si yo me sintiera inclinada á amar, á nadie amaría mejor que á vos; pero ¿qué quereis? Me duele decíroslo. Os pediré perdon de rodillas si os agravio diciéndooslo. No os amo.

CUÉLLAR.—Repito que amais á otro hombre. Teneis miedo por él, y por eso no me lo confesais. Yo sabré

quién es mi rival. Yo me vengaré de quien me roba vuesto afecto.

LAURA.—Sosegaos, Cuéllar. No dudeis de mi sinceridad. No amo á criatura alguna con ese amor exclusivo. No teneis rival de quien vengaros.

CUÉLLAR.—¿Cómo, por qué destruir entónces todas mis esperanzas, por tantos años y en medio de tantos peligros, alimentadas y acariciadas? Erais muy niña, apénas erais mujer, cuando os ví por vez primera y os amé ciegamente. ¿No me recordais de entónces? ¿Ni siquiera me recordais?

LAURA.—Sí, Cuéllar: recuerdo cuando vinisteis con mi hermano desde Salamanca. Estuvísteis aquí cuatro dias y os fuisteis á Sanlúcar á embarcaros para las Indias. ¿Cómo no recordar aquellos tan amargos instantes en que mi hermano me abandonaba, quizá para siempre, yendo á traves de los mares á tierras desconocidas y remotas, entre gentiles, á buscar fortuna y á hallar acaso la muerte?

CUÉLLAR.—Pues bien, Laura: ya que recordais aquellos instantes, sabed que desde entónces os amo. Mi vida había sido hasta allí, como la de vuestro hermano, un delirio sin tregua, una bacanal espantosa. Estudiantes ámbos en Salamanca, nos hicimos amigos, no para estudiar juntos, sino para ser juntos más que traviesos y bulliciosos. Fuimos el escándalo de la ciudad. La poca hacienda que ambos teníamos se consumió en deportes. No tuvieron número nuestras pendencias. La suerte siempre nos fué propicia en las armas, pero en el juego nos fué contraria. Perseguidos entónces por usureros, sin recursos y sin ganas de estudiar, nos llenamos de codicia y de férvido deseo de

gloria al oir contar los descubrimientos y conquistas que andaban haciendo los españoles en las Indias de Occidente, y determinamos irnos por allá en busca de los bienes que por acá nos negaba el destino. Yo no quise despedirme de nadie. Estaba mal con mi padre, que vivía aún, y no fuí á verle por mil motivos: entre ellos, á fin de que no estorbase mi atrevida determinacion. Vuestro hermano, huérfano de padre y madre, quiso venir por aquí á veros ántes de partir, á despedirse de su tia doña Brianda, á quien os dejó confiada, y á allegar algunos mezquinos recursos. Tal fué la ocasion de que nos viéramos. Vuestra vista fué una revelacion para mí. El amor brotó de repente en mi alma y echó en ella profundas raíces. Yo no había tratado sino con aventureras infames, y en vos ví á la mujer que imaginan, si no logran verla, los corazones enamorados: inocente, pura, hermosa, discreta aunque tan niña...

LAURA.—¡Ah! ¡Callad por piedad, y no me atormenteis! No merezco tanta estimacion de vuestra parte...

CUÉLLAR.—Desde entónces, sin declarároslo, porque no me atreví ni era aquella ocasion de declarároslo, me consideré como vuestro Amadís y fuísteis mi Oriana. Para vos ambicionaba la nombradía; para vos codiciaba las riquezas. En las tempestades de la mar os veía cual estrella solitaria que me guiaba desde la bóveda celeste entre las rotas nubes. En la isla infernal me alimentaba vuestro recuerdo, y me daba fuerza para resistir la sed, el hambre y la inclemencia de los elementos. Por los desfiladeros horribles de la sierra, por las sendas escabrosas, donde sólo la hen-

dida pezuña del llama y el pié desnudo del indio se diría que podían sostenerse sin resbalar, iba yo tranquilo, á caballo, abrumado con el peso de mis armas, porque vos érais el ángel que me sostenía para no hundirme en el hondo precipicio. En las crestas nevadas, donde hace su nido el condor, donde no había árboles con que encender una hoguera, donde muchos infelices compañeros, y hasta los indios que nos guiaban morían de frio, la sangre se agitaba en mis venas, porque el fuego de vuestro amor ardía en mi corazon, y por ellas se difundía. En los trances de mayor peligro, en las fatigas más rudas, despues de encomendarme á Dios, á vos me encomendaba, como si fueseis mi ángel custodio ó el santo de mi devocion, abogado mio en el cielo.

LAURA. (Aparte.)—¡Dios mio! ¿Por qué no arrancais este amor del corazon de Cuéllar? Harto sabeis que no debo pagar este amor.

CUÉLLAR.—Ya veis, Laura, cuánto os he amado. Pues ahora os amo más aún. Vuestro desvío irrita, enciende mi pasion. No hay obstáculo que me arredre. O he de conquistar vuestro corazon ó he de morir en la demanda.

LAURA.—No sé qué contestaros, señor. Vuestras palabras me lisonjean y me asustan.

CUÉLLAR.—Aquí viene vuestro hermano.

ESCENA III.

Dichos, RIVERA.

RIVERA.—Veo que siguen los melindres de Laura. Merecería que la olvidases y despreciases.

CUÉLLAR.—No ofendas á tu hermana, Rivera. El amor no se impone. Me basta con la certidumbre que ya tengo de que ella no ama á otro. Sin más rival que Dios, el mismo Dios me ayudará, con el tiempo, á conseguir su amor. Aguardaré con resignacion y firmeza. Adios, Laura. Dentro de media hora saldré para Sevilla. Pensad en mi amor, y, si por mí no me amais, amadme por el amor que os tengo.

LAURA.—Estimo tanto, noble Cuéllar, vuestra persona como vuestro amor. Mi mayor infortunio es no poder deciros con el corazon, que os amo y que soy vuestra.

CUÉLLAR.—Adios, Laura.—Adios, Bartolomé. (Cuéllar va á salir.)

RIVERA.—Voy á despedirte.

CUÉLLAR.—No te molestes. Todo está preparado y parto en seguida. No tengo más que ponerme en traje de camino. Adios. Te ruego que no vengas.

RIVERA.—Adios, pues. (Vase Cuéllar.)

ESCENA IV.

LAURA, RIVERA.

RIVERA.—Tu desden, hermana, me tiene más disgustado cada dia. Hay en la causa de que nace un misterio que quiero y temo descubrir. Pero no hablemos de esto ahora; tienes puesto el manto para salir con Juanilla. Tus ropas están en casa de doña Irene: vete al punto allí. Como ya te dije, no quiero que permanezcas más en esta casa. Doña Irene, que es persona de toda mi confianza y de mucha autoridad, te dará albergue y te hará compañía hasta que te cases, si es que te casas. ¡Hola! ¡Juanilla! (Aparece Juanilla.)

JUANILLA.—¡Señor! ¿Qué mandas?

RIVERA.—Véte con Laura. Doña Irene os espera. (A Laura.) ¿Y tu tia?

LAURA.—Fué á sus devociones. En casa de doña Irene me aguardará ya tambien.

RIVERA.—Pues anda con Dios.

LAURA.—Adios, hermano.

(Vánse Laura y Juanilla.)

ESCENA V.

RIVERA solo.

RIVERA.—Me devoraba la impaciencia de quedar solo para recibir y hablar al Padre Antonio, que

debe llegar al punto. (Pasea agitado por la estancia.) Cipriano está á la mira; le abrirá y le hará entrar. El Padre Antonio, si quiere, puede revelármelo todo. Si no quiere, le obligaré á ello. Ni el Padre ni nadie se ha de burlar de mí. Un compañero del marqués Pizarro debe inspirar respeto, debe infundir terror. Me sobra derecho: tengo motivo justo... Ya llega el fraile... Siento sus pasos en el corredor. Calma. Serenémonos.

ESCENA VI.

RIVERA, el PADRE ANTONIO.

El Padre.—¡Ave María Purísima! La santa paz de Dios sea en esta casa. ¿Qué me quieres, hijo?

Rivera.—Antes de todo, besar la mano de vuestra reverencia, por quien es y por la merced y la honra que me hace en venir á verme, cediendo á mi súplica.

(Rivera besa la mano al fraile y ambos se sientan en sendos sillones.)

El Padre.—Dí lo que gustes.

Rivera.—Sé que mi hermana es vuestra hija de confesion.

El Padre.—Desde hace tres años.

Rivera.—¿Queréisla bien?

El Padre.—¿Cómo no quererla? Sus excelentes prendas le granjean estimacion y cariño.

Rivera.—Conocereis sus pensamientos y su vida.

El Padre.—Su alma es un libro abierto para mí.

Los ojos de mi espíritu penetran en el fondo de su corazon, como si fuera su pecho de cristal limpio y claro.

RIVERA.—Ya que tan bien la conoceis, ¿podreis declararme por qué repugna casarse con el hombre que he elegido para ella?

EL PADRE.—¿Qué necesidad tienes de que yo lo declare? Sabido es que tu hermana desea tomar el velo.

RIVERA.—Y vos ¿cómo no le aconsejais que me obedezca?

EL PADRE.—Porque no debo contrariar su vocacion; porque no puedo apartarla del camino por donde Dios la lleva.

RIVERA.—Bien está, Padre. Pero yo tengo una duda. ¿La vocacion es espontánea ó motivada por algun suceso infausto? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—No puedo.

RIVERA.—Voto á una legion de demonios. ¿Pretendeis probar mi paciencia? Sacadme de esta duda.

EL PADRE.—Bartolomé de Rivera, tú no estás en tu juicio.

RIVERA.—¿Qué pretendeis significar?

EL PADRE.—Nada pretendo significar; afirmo que te olvidas de quién soy, y que me faltas al respeto. Si hubiese alguna razon oculta, algo de misterioso en el motivo de la vocacion de tu hermana, y si yo conociese esa razon y ese motivo, sería bajo el sigilo del Santo Sacramento. ¿Cómo había yo de romper el sigilo para satisfacer tu sacrílega curiosidad? ¿Por quién me tomas?

RIVERA.—¿Y por quién me tomais vos á mí? No me conoceis. No lo extraño. Me fuí de aquí muy mozo.

Si me conociérais, sabríais que soy tenaz. Estábamos en una peña estéril, rodeada de mar desconocido, sin esperanza apénas de que llegasen gentes de refresco con barcos, víveres y armas para proseguir una empresa que parecía locura; estábamos ya postrados de fatiga, sed y hambre, cuando vino Tafur el cordobés á llevarnos á Panamá por órden del gobernador. Los más cedían y se iban con Tafur. Pizarro, entónces, con notable aliento, desenvainó su puñal é hizo con él en la arena una raya que iba de Poniente á Levante: «Quien quiera volver á Panamá á ser pobre, dijo, que no pase esta raya; y quien quiera ir al Perú á ser rico, que la pase y me siga. Escoja el que fuere buen castellano lo que mejor le estuviere.» Así habló y pasó la raya. Le seguimos trece, y yo fuí uno de ellos. Desde entónces nos apellidan los trece de la fama. ¿Y sabeis por qué? Porque viéndonos cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo ofrecer á hombres, y más para esperar la muerte que las riquezas que se nos prometían, todo lo pospusimos á la honra. Considerad, pues, si yo cejaré en casos de honra, cuando hice allí lo que hice. Siete meses aguardamos en aquel infierno con la vaga esperanza de que viniese un barco que nos llevara á descubrir un imperio tal vez soñado. ¡Qué no haré yo ahora por descubrir algo que me importa no ménos que el imperio!

El Padre.—No veo, hijo, los trabajos que ahora tienes que pasar, ni mucho ménos los peligros que tienes que arrostrar. Permite que no vea tampoco ni amenazas ni desacato impío en tu razonamiento.

Rivera.—Dejémonos de rodeos y de equívocos, Pa-

dre. No es mi intencion ofenderos; pero hay una causa oculta de la resistencia de mi hermana á casarse con Cuéllar. Tengo indicios de que la hay. Decídmela, pues. El ser yo cabeza de familia me da derecho á ello.

El Padre.—Me asombra tu ignorancia. Ni el Rey puede obligar al sacerdote á que revele un secreto de confesion, aunque de él penda la salud de la república. Cabeza de familia y Emperador era Wenceslao, y el santo mártir Juan Nepomuceno sufrió la muerte ántes que declarar lo que le había confiado la Emperatriz. Su lengua, que supo callarse, se conserva aún en Praga, incorrupta y esparciendo suave fragancia.

Rivera.—No temais...

El Padre.—Nada temo.

Rivera.—No temais, digo, que imite yo al Emperador, y haga experimento cruel de la no corrupcion de vuestra lengua. No cedais por miedo ruin; pero ceded á la prudente consideracion de evitar males mayores. Sin acudir á vos, tengo medios de averiguarlo todo, exponiéndome á ser tremendo y hasta feroz con alguna persona. Evitad que lo sea.

El Padre.—Dios lo evitará, si conviene. Yo no debo faltar á mi obligacion para evitar que tú faltes á la tuya: yo no debo pecar para que tú no peques. Deber mio, no obstante, es darte sanos consejos y apartarte de toda airada determinacion, y más aún si no tienes fundamento para tomarla. Tu hermana quiere retirarse del siglo. ¿Qué mal hay en esto? ¿Por qué no ha de ser espontánea su vocacion? Y cuando no lo sea, cuando haya algun oculto motivo, ¿ha de ser malo el motivo que á tan buen fin conduce?

RIVERA.—Padre Antonio, inútil es ya el disimulo. Yo sospecho algo de la condicion infame de ese motivo, y tengo que poner en claro mi sospecha. Juanilla, que se ha criado con mi hermana, es tan picotera como simple. En los cinco dias que hace que llegué á este lugar, he hablado con ella varias veces y he procurado averiguar la vida que Laura y mi tia doña Brianda han hecho durante mi larga ausencia.

EL PADRE.—¿Y qué has averiguado por Juanilla?

RIVERA.—Poco para lo que me importa; demasiado para que mis recelos se confirmen. En estos tres últimos años sé que esta casa ha sido como un monasterio. Mi tia y mi hermana no han salido sino para ir á la iglesia. Aquí sólo vos habeis entrado.

EL PADRE.—¿Y ántes de los tres últimos años?

RIVERA.—Antes, ha pasado siempre ó casi siempre lo mismo. Oid, no obstante, cómo mis sospechas han ido confirmándose. Mi hermana acaba de cumplir diez y nueve años. Tenía catorce cuando yo la dejé y me fuí á las Indias. Hace tres, poco ántes de que empezase á confesarse con vos, estaba mi hermana entre los quince y los diez y seis. Hasta entónces gozó de buena salud y de excelente y muy alegre humor. Sus mejillas parecían rosas; sus labios claveles. Laura brincaba como un cervatillo y cantaba como un jilguero. Hoy ni brinca ni canta, ni da señal de regocijo. Hoy gime, suspira y desfallece. Está hermosa, pero la encendida color de sus mejillas ha desaparecido. Su palidez, sus ojeras y su melancolía la hacen acaso más interesante: ponen algo de extraño y misterioso en su hermosura; pero me dan mucho en qué pensar. De los mil pormenores que inocentemente me

ha descubierto Juanilla, resulta que esta mudanza de Laura empezó poco ántes de que ella fuese vuestra hija de confesion. ¿Qué sucedió, pues, poco ántes? Claro está que yo, como quien une pedacillos de papel para leer un escrito que se ha roto, he ido enlazando y uniendo lo que me ha dicho Juanilla en varias ocasiones. Por ella sé tambien que, hace más de tres años, entró varias veces en esta casa un hombre que no erais vos. Entró con tanto recato, que nadie de fuera logró verle. Juanilla misma no le vió jamás la cara. ¿Quién era este hombre? ¿A qué venia? ¿Por qué no ha vuelto? Doña Brianda no es vieja ni fea. Ahora apénas tiene cuarenta años. El hombre pudo venir por ella; pero tengo mis razones para dudar de que por ella viniese.

El Padre.—¿Por quién crees que vino?

Rivera.—Por mi hermana. Doña Brianda habrá de confesármelo todo.

El Padre.—No bastan esas apariencias engañosas. No te precipites á algun acto violento.

Rivera.—No me precipito. Voy con piés de plomo. He continuado en mis pesquisas, y algo más he descubierto. He forzado la cerradura del arca de mi tia; he registrado toda el arca, y en el fondo, en otra arquilla pequeña que he abierto asimismo con violencia, si bien no he hallado escrito alguno, he hallado una bolsa llena de monedas de oro y varios dijes de valor. ¿De dónde proviene esto? Mi tia estaba en la mayor pobreza. ¿Cómo lo ha ganado? Vos lo sabeis todo. Decídmelo y evitareis acaso una explicacion penosísima. A fin de quedarme solo y libre, á fin de que nadie más que yo se entere de lo que deseo enterar-

me, y sea testigo, quién sabe si de mi deshonra, he excitado á Cuéllar á que vaya á Sevilla á terminar nuestros negocios, y he enviado á Laura con Juanilla en casa de doña Irene. Aquí sólo quedamos el indio Cipriano y yo. Mi tia volverá pronto, y entónces yo me entenderé con ella en esta soledad.

EL PADRE.—¿Pretendes acaso atormentar á tu tia?

RIVERA.—¿Por qué no, si lo merece?

EL PADRE.—No lo consentiré jamás.

RIVERA.—¿Qué medio teneis para oponeros? ¿Con qué razon os opondreis? En casos de honra no hay tribunal que valga. Es necesario que el mismo agraviado descubra el delito y le castigue. Vos, que sois tan sigiloso para lo que en confesion os dicen, no sereis mi delator, infamándome y descubriendo mi propósito. En esta confianza, aunque pudiera deteneros y áun encerraros, os dejaré ir libre. (Suenan dos aldabazos á la puerta.) Ahí está ya doña Brianda. (Prestando oido á los pasos, que se supone que oye en el corredor.) Mi tia se va derecha á su cuarto. Padre, podeis iros. Cuenta con lo que haceis. Si me delatais, si enviais á álguien en socorro de doña Brianda, estoy determinado á todo; no temo ni á la horca, mato á doña Brianda á puñaladas. ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—¡Señor!

RIVERA.—Acompaña al Padre Antonio hasta la puerta de la calle. Adios, Padre Antonio. (Váse Rivera.)

ESCENA VII.

EL PADRE ANTONIO, CIPRIANO.

EL PADRE. (Aparte.)—No debo irme. Sólo quedándome puedo evitar una gran desgracia, aunque sea exponiéndome á morir á manos de este energúmeno. (Al indio con firmeza.) Me quedo aquí.

CIPRIANO.—El amo manda que se vaya vuestra reverencia. Fuerza es obedecerle.

EL PADRE.—¿Y por qué le obedeces?

CIPRIANO.—Por temor y por cariño.

EL PADRE.—Temor... No le tengas. Aquí no estamos en el Perú, donde era omnipotente tu amo. Cariño... La mayor prueba que de tu cariño puedes darle, es dejarme aquí y callar. Quedándome, salvaré á tu amo.

CIPRIANO.—Padre, yo no puedo entrar en estas honduras. Sólo me toca obedecer. Venid, salid de casa.

EL PADRE.—Te digo que no saldré. ¿Eres cristiano?

CIPRIANO.—Sí, Padre, á Dios gracias.

EL PADRE.—Respeta, pues, en mí á un ministro del Altísimo. Dios me manda que aquí me quede. Concurre á que se cumplan sus designios inexcrutables. Cállate y déjame tranquilo. Si por obedecer á tu amo me desobedeces y desobedeces á Dios, caerá sobre tu cabeza la maldicion del cielo.

CIPRIANO.—¿Qué decís? ¡Jesús mio!

EL PADRE.—Lo que oyes: la maldicion del cielo.

CIPRIANO.—¡Qué horror!... (Volviendo de su asombro.) Vete, señor. Tiemblo por tí y por mí. Mi amo va á volver.

EL PADRE.—Sal tú. Yo me ocultaré en aquella estancia. Desde allí estaré á la mira. (Se oye dentro ruido.)

DOÑA BRIANDA. (Desde dentro y léjos aún.)— ¡Déjame en paz! ¿Te has vuelto loco? (El Padre se oculta.)

CIPRIANO.—¡Qué apuro! Si callo soy infiel á mi amo. Si delato al Padre, ¿qué hará de él este terrible amo mio? Ademas, Dios me castigaría. El Padre parece un santo. Sin duda se esconde por nuestro bien. (Vase Cipriano.)

ESCENA VIII.

RIVERA, DOÑA BRIANDA.

(Aparece doña Brianda huyendo de Rivera y como buscando medio de irse á la calle. Rivera le ataja el paso, cierra la puerta que da á lo exterior de la casa y guarda la llave. Cierra igualmente los vidrios del balcon.)

DOÑA BRIANDA.—Déjame en paz, Bartolomé. Tus sospechas son tan absurdas como ofensivas.

RIVERA.—Ya es inútil que corras. Ya no puedes irte. Cerré la puerta de tu cuarto que da al corredor. Ahora he cerrado esta otra. He cerrado el balcon para que no te oigan si gritas. Resígnate y dame cuenta de todo.

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé, tú deliras. Me pones miedo. Gritaré y me oirán.

RIVERA.—De sobra me conoces. Ya sabes que no entiendo de burlas. Estoy determinado. Si gritas, te ahogo. Calma, pues. Vamos... siéntate.

(Agarra de un brazo á doña Brianda y la hace sentarse.)

DOÑA BRIANDA.—Eres el mismo de siempre. Tan cruel, más cruel que hace años. Pero entónces eras infeliz. Tenían disculpa tu mal humor y tu violencia. Hoy no la tienen: Entónces... ¿te acuerdas?... acudías á mí en casos desesperados... perseguido por tus acreedores... yo te daba cuanto tenía. Por tí vendí las finquillas que me dejó mi difunto marido. Por tí y para tí desaparecieron las alhajas que autorizaban mi estrado: brasero de plata con tarima de ébano incrustado de marfil, alcatifas de Levante, tapices flamencos, escaparates y escritorcillos, sillones de baqueta de Moscovia y almohadas de Damasco. Mis dijes fueron empeñados, y al cabo vendidos para acudir á tus compromisos. Pero, ¿qué mucho? ¿No te llevaste en ocasiones hasta lo que hilaba yo en la rueca y lo que afanaba en la almohadilla? Hoy estoy pobre y tú muy rico. Nada puedo darte ya. ¿Por qué me amenazas? ¿Por qué me intimidas?

RIVERA.—Porque no es verdad lo que dices; porque no estás pobre. He registrado tu arca. Mira lo que he encontrado... (Mostrándole los objetos.) Esta bolsa llena de oro; estas ricas joyas... ¿De dónde ha venido todo esto?

DOÑA BRIANDA.—¿Estás celoso, mi bien? Si estás celoso, mayor es la dulzura con que tus celos me lisonjean que el temor que me causa tu ira. Mi bien, yo no te he faltado.

RIVERA.—Fuego del cielo te confunda. Con razon

lo sospechaba. ¿Qué oficio abominable hiciste entónces para satisfacer tu codicia? No seas necia. Yo no tengo celos. Yo no te amo. Yo me avergüenzo de haberte amado. Te pagaré con usura lo que gastaste por culpa mia. Otra causa me mueve á averiguar de dónde han venido estas riquezas. Confiesa tu maldad. ¿De dónde han venido?

DOÑA BRIANDA.—El furor te ciega. Bartolomé, escúchame con reposo.

RIVERA.—Me presto á escucharte con paciencia que raye en lo inverosímil, aunque preveo que vas á mentir. Dí lo que quieras.

DOÑA BRIANDA.—No tengas de mí tan mala opinion: tú mismo te agravias teniéndola. Considera, Bartolomé, que esa opinion mala la debías tener ya cuando te fuiste á Indias. Y si la tenías, ¿por qué dejaste á tu hermana en mi poder? ¿Qué caso hacías entónces de tu honra cuando la dejabas á la merced de quien tan vil concepto te debe? No: yo no soy tan perversa como imaginas. He sido culpada, débil contigo; pero amarte fué mi pecado: tú, ménos que nadie, debieras acusarme. Yo te perdono el mal que me has hecho con tus durísimas palabras. Perdóname tú el engaño que te hice, ocultándote, cuando te fuiste á Indias, que aún me quedaba ese pequeño tesoro. Por no vivir en la miseria te le oculté. Te dije que ya te había dado cuanto tenía, y aún guardaba eso que hoy has descubierto y bastante más con que hemos vivido: Dime tú, imprevisor, loco: ¿cómo hubiéramos vivido tu hermana y yo, si no tengo el tino y la precaucion de engañarte?

RIVERA.—¿Cómo hubiérais vivido? Como vive toda

mujer honrada y pobre; con el trabajo de vuestras manos. Debió, además, alentaros la esperanza de verme volver rico, ilustre, glorioso, como al fin he vuelto. Pero vosotras no tuvisteis ni esperanza ni fe.

DOÑA BRIANDA.—Considera que no pocas veces te lloramos por muerto; que no recibíamos cartas ni noticias tuyas. Ciego de ambicion, luchando á brazo partido con la fortuna, sin duda te olvidaste de mí y de tu hermana, y no nos escribías; tal vez no tenías medios de escribirnos.

RIVERA.—No los he tenido casi nunca. Y, además, ¿para qué escribiros? ¿Hubieran sido mis cartas cual benéfico talisman, que te hubiera impedido ser mala? Tus embustes groseros no me deslumbran. Veo ya claro el abismo en que ha caido mi honra. No sufro más disculpas vanas. Díme el nombre del seductor. Pronto, ó mueres. (Amenaza darle muerte con la daga desnuda.)

DOÑA BRIANDA.—Mátame... Yo no puedo suponer lo que no es.

RIVERA.(Aparte.)—Es tan terca, que se dejará matar y no descubrirá nada. Apelaré á la astucia. (Á doña Brianda.) En balde finges..., en balde te callas... Aunque no lo confieses..., tengo pleno convencimiento de tu delito. Laura me lo ha confesado todo.

DOÑA BRIANDA.—Laura soñaba... Laura no ha podido mentir... Tú eres quien inventa todo eso, pensando que así confesaré. No..., no está mal ideado el ardid. Si yo fuese culpada, ya me hubieras hecho caer en el lazo. Gracias á Dios..., no lo soy.

RIVERA.—Lo que tú eres es la astucia..., la impu-

dencia en persona; pero no te valdrá. No tendré compasion contigo. Te haré dar tormento para que confieses. (Se dirige á la puerta que da á lo exterior de la casa; la abre con la llave y llama.) ¡Cipriano! (Aparece el indio.)

CIPRIANO.—Señor; ¿qué ordenas?

RIVERA. (Aparte.)—¡Qué vergüenza! ¿Qué voy á hacer, Dios mio? (Á Cipriano.) Nada. Aguarda ahí mis órdenes. (Cierra la puerta otra vez, aunque no con llave. Luégo, en voz baja, para que no le oiga el indio.) (Á doña Brianda.) No seas terca. ¡Evita un escándalo! Mira que estoy decidido á todo. Sálvame y sálvate. Ese indio es más que un esclavo; es un mero instrumento mio. No me obligues á que le mande que haga contigo el oficio de verdugo. Ten piedad de tí y de mí. Confiesa.

DOÑA BRIANDA. — Matáme, descuartízame, atormentame. Nunca me declararé culpada... No..., no lo soy.

RIVERA.—Lo eres, Brianda, lo eres; pero yo te perdonaré con tal de que confieses y me des el nombre del seductor, á fin de vengar el agravio. ¿Quieres que jure? Juraré... Juro por lo más sagrado que te perdono. Confiesa ahora.

DOÑA BRIANDA.—Te compadezco, pobre Bartolomé. ¿Qué pesadilla es la tuya? Si no hay delito, bien mio, ¿cómo quieres que le confiese?

RIVERA. (Meditando entre sí.)—¿Tendrá razon, cielos santos? ¿Será una pesadilla la mia? ¿Por qué no ha de ser posible que la vocacion de Laura sea espontánea? Pero..., ¿y el hombre que entraba aquí de oculto? ¿Y este dinero? ¿Y estas joyas?

DOÑA BRIANDA. (Advirtiendo que Rivera duda y vacila.)—¿Lo ves? Los santos del cielo te inspiran ideas mejo-

res. Lo recapacitas y te convences de que tu diabólico ensueño no tiene ser real.

RIVERA.—Escucha, Brianda. La agitacion de mi espíritu no puede durar. Necesito salir hoy mismo de la duda en que estoy. Me repugnaba interrogar á mi hermana, y tú me obligas á ello. Si conviene, la traeré á careo contigo. Mira que soy firme y no cejo. Aún no he agotado mis recursos de averiguarlo todo. Sólo una franca y humilde confesion puede salvarte. Medítalo bien. Te dejaré á solas con tu conciencia. Te doy dos horas de término. Hasta muy pronto.

(Rivera toma su sombrero y va á salir. Al abrir la puerta aparece Cipriano.)

RIVERA. (Al indio.)—Ten cuidado con esa mujer, vigílala... y no consientas que salga de casa. Me respondes con tu vida. (Váse Rivera.)

ESCENA IX.

DOÑA BRIANDA, EL PADRE ANTONIO.

DOÑA BRIANDA.—¡Gracias por esta tregua, Dios mio! (Viendo al Padre, que aparece.) ¿Vos aquí?

EL PADRE.—Me había ocultado para ampararte, si hubiera sido indispensable. Todo lo he oido. Te conocía, pero no te juzgaba tan mala. En vez de ser tu defensor y tu escudo, he estado á punto de salir á acusarte. Duras entrañas tienes. Rivera te prometía

con juramento su perdon con tal de que confesaras. ¿Por qué no has confesado?

Doña Brianda.—¿Y qué había yo de confesar, Padre Antonio?

El Padre.—¿Intentas proseguir conmigo en tus embustes?

Doña Brianda.—Además, Padre, ¿quién fia en juramentos ni en promesas de estos que vuelven de Indias? Avezados á tratar con gentiles, á prometer y no cumplir, tal vez se figuren que tambien somos indios y no cristianos, y no cumplan lo que prometen. Prometida tuvo la libertad el inca Atahualpa, comprándola con casi todo el oro que poseía: entregó el oro, y en vez de cumplirle la promesa, le guardaron cautivo y le dieron afrentosa muerte.

El Padre.—El inca fué juzgado y sentenciado. Los jueces darán cuenta á Dios de la sentencia. No te entrometas en censurar á los otros. Piensa en tí misma. Mira que todo se descubre. Confiesa tu culpa á Rivera en cuanto vuelva á interrogarte.

Doña Brianda.—Aunque sois duro y acerbo conmigo, quiero ser con vos franca y leal. Demos por supues que yo soy culpada. ¿Qué ventaja sacará Rivera de que yo le confiese mi culpa? Vos, que sois sacerdote de un Dios de paz, ¿quereis que Rivera lave con sangre su agravio?

El Padre.—No; pero quiero que tenga la debida reparacion.

Doña Brianda.—Esa reparacion es imposible. Si no fuera imposible sería funesta.

El Padre.—¿Por qué es imposible?

Doña Brianda.—¿Sabeis vos quién fué el seductor?

El Padre.—No.

Doña Brianda.—Laura lo ignora. Si lo supiese, os lo hubiera revelado.

El Padre.—Laura no sabe su nombre; pero le reconocería al punto si le viese.

Doña Brianda.—Jamás le volverá á ver.

El Padre.—¿No dirás tú quién es?

Doña Brianda.—Nunca, Padre: no me pregunteis más: no puedo responderos.

El Padre.—Tú misma me has dado pié para hacerte otra pregunta.

Doña Brianda.—Hacedla, si es sobre otro punto.

El Padre.—¿Por qué sería funesta la reparacion, dado que fuese posible?

Doña Brianda.—Por varias razones. Convendreis en que Laura tendría que dar mano de esposa á su seductor.

El Padre.—Es evidente.

Doña Brianda.—Sería, pues, la esposa de un hombre á quien aborrece.

El Padre.—Ya le amaría.

Doña Brianda.—Además, áun suponiendo que Bartolomé de Rivera fuese tan pacífico, tan manso y tan fácil de contentar que se aquietase con ese casamiento forzoso, y áun suponiendo que el seductor se aviniese al casamiento, ¿creeis vos que todo terminaría así dichosamente?

El Padre.—¿Y por qué no?

Doña Brianda.—No terminaría dichosamente, porque Francisco de Cuéllar es un hombre de hierro; porque adora á Laura; porque no sufre rivales; porque, áun ahora que imagina que Laura va á ser de

Dios, quiere dispútársela á Dios; porque Laura es el sueño de Cuéllar desde hace años, y Cuéllar no consentiría que su sueño se desvaneciese. Cuéllar es más feroz, más cruel, más violento que Rivera. Cuéllar, al ver sus esperanzas frustradas, nos mataría á todos.

EL PADRE.—Más te valdría, desventurada mujer, que en vez de tener tanto miedo á Cuéllar, tuvieses ahora y hubieses tenido siempre el santo temor de Dios.

DOÑA BRIANDA.—No me insulteis vos tambien.

EL PADRE.—Yo no te insulto, pero necesito decir la verdad. Veo que la voz de la verdad no penetra en tu alma, y me retiro. Queda con Dios, y que él te ilumine. (Vase.)

ESCENA X.

DOÑA BRIANDA, sola.

DOÑA BRIANDA.—¡Ay, Jesús mio! ¡Qué hombres! ¡Vaya si son difíciles y peligrosos! Bartolomé era mi cómplice. Se aprovechó de que soy débil y pecadora para arruinarme y perderme. Perdido él entónces, holgazan y lleno de vicios, no acordándose para nada de su honra, me dejó abandonada á su hermana. Hoy, que vuelve rico, merced á sus robos y atrocidades, quiere ser honrado tambien. Hoy me pide cuenta del tesoro que me confió. Si hubiera vuelto pobre, como yo me temía, hubiera vuelto, segun su costumbre, á pedirme dinero con amenazas y malos tratos. Como

vuelve rico, á fin de que los malos tratos y las amenazas no acaben nunca, me pide honra... y á pesar de todo... ¿Seré necia? Le quiero todavía. Confieso, no obstante, que para sacudir este yugo, para librarme de este maldito amor... siento á veces tentaciones de dar jicarazo á Rivera. ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué desdichada soy! ¡Ay! ¡Ay!

(Llora y se arroja en un sillón, ocultando el rostro con las manos.)

JORNADA SEGUNDA.

Rico estrado en casa de doña Irene.

ESCENA I.

DOÑA IRENE, LAURA.

Doña Irene, vestida de negro, con toca de lana blanca en la cabeza, aparece sentada en un sillon, junto á un bufete con recado de escribir. Doña Irene es una dama de más de sesenta años, muy venerable. Su traje, aunque sencillo, ha de ser señoril y severo. En vez de joyas, penden de su cuello devotas medallas, relicarios y cruces. Un rosario de gruesas cuentas debe ir ceñido á su brazo. Laura, destocada, está de pié.

DOÑA IRENE.—Ven acá, hija mia. Ven á mi lado sin zozobra. Siéntate; tenemos que hablar.

LAURA.—Mandad, señora. (Se sienta.)

DOÑA IRENE.—Prévio tu consentimiento, y con fines que no puedo explicarte, el Padre Antonio me confió, tiempo há, como sabes, la causa de tus penas. No te sonrojes, pues, si te hablo de esa causa. No me mo-

vió á saberla, ni ahora me mueve á consultar tu corazon, una curiosidad frívola. Me mueven intereses muy altos y tu propia ventura.

LAURA.—Así lo creo. Preguntad lo que gusteis. Me avergüenzo de mis culpas: no de que tengais conocimiento de ellas.

DOÑA IRENE.—¿Sabes el nombre de la persona?...

LAURA.—Lo ignoro. Yo le llamaba con nombre que despues supe que era fingido.

DOÑA IRENE.—Sin duda le amabas entónces.

LAURA.—¡Ah, señora! Mi alma iba extraviada en la oscura noche de su ignorancia. El me deslumbró, me fascinó, me atrajo como dicen que atraen los abismos. ¿Por qué me preguntais si le amaba? El atractivo diabólico no merece nombre de amor. ¿Ama el pajarillo á la serpiente? Caí sin comprender la gravedad de mi culpa. Sobrado tarde la conciencia se despertó en mí... terrible, aunque confusa. Me pesaba mi maldad. Acudí al confesonario. El Padre Antonio, al descubrirme toda la belleza de la virtud, me dejó ver la fealdad del vicio: al pintarme la inmaculada inocencia, me hizo patente mi desconocimiento del bien. Con mano firme arrancó la venda que cubría mis ojos. Y yo, al oirle hablar del amor santo, advertí al punto con qué perverso simulacro de amor había sido contaminada.

DOÑA IRENE.—Conozco tu vida ejemplar, tu ruda penitencia desde entónces. Dios te ha perdonado.

LAURA.—Dios es infinitamente misericordioso; pero el mundo no puede perdonar. Yo, además, ni debo declararme culpada y pedirle perdon, porque la honra está de por medio, ni mucho ménos debo engañar

al mundo. Quiero, pues, huir de él; encerrarme en el claustro.

Doña Irene.—Digna de quien tiene corazon generoso y rostro vergonzoso es la determinacion que tomas. Pero dime, hija mia, fuesen los que fuesen los sentimientos que el hombre desconocido te inspiró, durante tu desvarío, ¿en qué se trocaron, luégo que comprendiste la magnitud de tu culpa?

Laura.—Confieso que empecé á odiarle; pero el Padre Antonio extirpó el odio de mis entrañas.

Doña Irene.—Aquel bienaventurado siervo de Dios fué como labrador cuidadoso que arranca la mala hierba del campo que ha sembrado á fin de que nazca y prospere la buena semilla... ¿Qué sientes ahora por el hombre que te hizo caer en el precipicio?

Laura.—Terror... repugnancia... odio no... le compadecería, si mi propia desventura no agotase toda mi compasion.

Doña Irene.—¿Jamás has vuelto á verle?

Laura.—Jamás. Su vida era un misterio. No se recataba, ni se ocultaba por mí, sino por todos. Desapareció como vino, sin dejar huella de sí.

Doña Irene.—La desgraciada mujer á quien tan torpemente te dejó tu hermano encomendada, y de cuya condicion no podía aguardarse otra cosa que lo que hizo; ¿crees tú que tenía más noticia de quién era ese hombre? ¿Sabía de dónde vino? ¿Sabía adónde se fué?

Laura.—Lo más duro de mi penitencia ha consistido en seguir viviendo con doña Brianda, á fin de evitar el escándalo. Con ella me dejó mi hermano, y con ella debió hallarme á su vuelta; pero ambas he-

mos evitado toda conversacion sobre el desconocido. ¿Cómo he de saber yo las noticias que tendrá ella acerca de ese hombre?

Doña Irene.—Y él, cuando se fué, ¿nada te dijo?

Laura.—Me dijo que una imperiosa necesidad le obligaba á ausentarse: que se iba muy léjos: quizá para nunca volver.

ESCENA II.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

El Padre.—No extrañeis, mi señora doña Irene, que éntre aquí sin anunciarme y tan precipitadamente. Laura tiene entereza para oir y sufrir lo que me urge deciros. Nadie sabe nuestro secreto, salvo doña Brianda y el seductor misterioso; pero Rivera, al ver la resistencia de su hermana á casarse con Cuéllar, por mil indicios que ha ido recogiendo, y tal vez por el grito de su misma conciencia que le acusa de haber dejado á Laura en poder de doña Brianda, lo sospecha todo; anhela averiguar el nombre del seductor, á fin de vengarse; está furioso; ha querido, hasta con amenazas, que yo le revele lo que esta infeliz me ha confiado en el tribunal de la penitencia; y ha estado más violento aún con su pecadora tia. Nada, hasta el momento presente, ha podido averiguar. Dos horas de término ha dado á doña Brianda para que confiese. Doña Brianda no confesará. Y Rivera, que

repugna interrogar y amenazar á su hermana, al cabo vendrá á llevársela para interrogarla, amenazarla y quizá castigarla.

LAURA.—Hágase la voluntad de Dios.

DOÑA IRENE.—No, hija mia, Esa no será su voluntad soberana. Yo no te dejaré ir: yo me interpondré entre la cólera de tu hermano y tu desventura. Rivera respetará mis canas y no osará atropellarme. (Entra un escudero.)

ESCUDERO. (A doña Irene.)—El Sr. Bartolomé de Rivera pide licencia para hablaros.

DOÑA IRENE. (Al Padre.)—Idos con Laura. (A Laura.) Retírate, hija, y ten confianza en Dios y en mí. (Al escudero.) Decid á ese hidalgo que éntre. (Vánse Laura, el Padre y el escudero.)

ESCENA III.

DOÑA IRENE, RIVERA.

RIVERA.—Perdonad, señora, vengo por mi hermana.

DOÑA IRENE.—¿Qué mudanza es esta? Apénas ha tomado Laura posesion de mi casa y ya quereis llevárosla.

RIVERA.—Me importa hacerlo.

DOÑA IRENE.—Bien sé yo por qué.

RIVERA.—¿Cómo lo sabeis? ¿Qué es lo que sabeis?

Doña Irene.—Ya no es tiempo de disimular. Lo sé todo por Laura misma.

Rivera.—¡Así despedaza mi honra! ¡Así publica mi infamia!

Doña Irene.—Reportaos, señor de Rivera. Sólo su confesor y yo sabemos el secreto de Laura.

Rivera.—Reveladme el indigno secreto. ¿Es Laura culpada?

Doña Irene.—Laura ha expiado su culpa. Dios la perdonó ya. Perdonadla vos tambien y dejadla que siga su vocacion y que se retire á un convento.

Rivera.—¡Ira de Dios, señora! Eso es imposible. Cuéllar ama á mi hermana. Yo, creyéndola digna de este amor, le he alimentado con esperanzas y promesas en el alma de mi amigo. ¿Cómo no cumplírselas hoy? ¿Qué pretexto le daré si no le confío mi afrenta? ¿Y cómo confiársela sin saber ántes el nombre del seductor, y buscarle y matarle? Decidme quién es, decidme dónde está, para que yo le busque y le mate.

Doña Irene.—El seductor se envuelve en misterio profundo. Ni vuestra hermana, ni el Padre Antonio, ni tal vez doña Brianda saben quién es.

Rivera.—Aunque se esconda en el centro de la tierra, he de sacarle de allí para que me pague con su sangre.

Doña Irene.—Y si os pagase con una reparacion, ¿la aceptaríais?

Rivera.—Toda reparacion es ya tardía. Pues qué, ¿he de dar la mano de Laura, para remediar su honra, á quien tal vez ceda al miedo ó á la codicia al casarse con ella? Si ahora la toma por mujer, dará á sospechar que lo hace porque yo he vuelto rico, y so-

bre todo, porque yo he vuelto á pedirle cuenta de su villanía. Si se allana... si se resigna á ser esposo de Laura, no será porque la ama, sino porque prefiere mi oro á mi acero.

Doña Irene.—¿Y si el desconocido os diese pruebas de que ni codicia vuestro oro ni teme vuestro acero, y de que por amor recibe por mujer legítima á vuestra hermana?

Rivera.—Aun así, no consentiría yo en el casamiento. ¿Y Cuéllar? ¿Y mi promesa? Cuéllar no se dejará arrebatar á Laura sino por Dios. No hay más sino que mi hermana éntre en el convento y que yo mate á su amante. Hubiérala él honradamente enamorado y yo cedería, aunque me doliese el faltar á Cuéllar. Pero faltar á Cuéllar y consentir en que un malvado en premio de una traicion, jactándose tal vez de que me favorece devolviéndome la honra, me llame su hermano, y hiera á mi verdadero hermano de armas en el centro del corazon... eso nunca.

Doña Irene.—Sentiré enojaros; pero no es esa mi intencion. Disculpen mis canas la franqueza con que os hablo. Se aviene mal vuestra severidad de ahora con vuestro descuido y abandono de hace algunos años.

Rivera.—No me enojo con vos. Si vuestras palabras son crueles, tambien son justas. No acierto á disculparme. Es verdad. Yo era un mozo sin freno, dechado de liviandades, entregado en cuerpo y alma á Satanas. No sabía de honra ni de virtud. Estaba ciego. Dejé á Laura, sin reflexionarlo, en poder de una mujer cuya viciosa condicion no ignoraba. Pero ¿disculpa esto al hombre que la perdió? ¿Tiene perdon por

esto el hombre que le ha dado el tormento de verse abandonada, deshonrada y humillada, durante tres años? Pues qué, ¿pensais que yo no amo á mi hermana? La amo; y porque la amo he querido casarla con Cuéllar, que hubiera sido un noble marido; y porque la amo quiero vengarla del que ha sido su verdugo y no desposarla con él. ¿Creeis que ese hombre, casándose ahora, transmutará en alegría juvenil y en risueñas é inocentes esperanzas, volviéndolas al puro manantial de que salieron, las lágrimas de vergüenza y de remordimiento que ha hecho verter durante tres años mortales á mi hermana? ¿Hará con su tardío y forzado amor que florezcan de nuevo las rosas sobre la palidez de su marchitas mejillas? ¿Refrescará el ardor de sus ojos, fatigados por el insomnio? Además, es imposible que mi hermana vuelva á amar á ese hombre, si es que le amó; si es que no fué víctima de algun filtro, de algun bebedizo impuro, de alguna hechicería nefanda. Me hierve la sangre en pensar que pudiera yo bajarme á llamar hermano á quien ha atormentado á mi hermana... á quien nos ha despreciado y humillado. Y si es un vil... y si es un cobarde... (y ha de serlo sin duda... si el corazon me lo dice...) ¿por qué quereis que le premie? Para mi hermana será mayor deshonra casarse con él que no casarse. No puede ser de Cuéllar... pues bien... que éntre en religion... pero repito que ántes es menester que yo conozca á quien me ha agraviado, y es menester que muera.

Doña Irene.—Tenía yo cierta esperanza de poder deciros quién es el hombre que tanto enojo os da; mas, al ver que no refrenais el enojo, pierdo la espe-

ranza... y hasta el deseo. Le desecho como un mal pecado. ¿Procedería yo como católica cristiana en designar á un hombre para dar ocasion á un duelo, á un homicidio?

RIVERA.—¡Ah, señora! Averiguad quién es: decídmelo.

DOÑA IRENE.—Hoy ménos que nunca.

RIVERA.—Basta, pues. Llamad á mi hermana para que se venga conmigo.

DOÑA IRENE.—No la atormenteis, dejadla á mi lado.

RIVERA.—Decid á mi hermana que venga. (Gritando.) ¡Laura! ¡Laura!

DOÑA IRENE.—Dejadla en paz. La he cobrado amor. Concededme un breve plazo. Quédese aquí hasta mañana.

RIVERA.—¿Y por qué aguardar hasta mañana?

DOÑA IRENE.—Porque mi esperanza de deciros el nombre del seductor puede realizarse en ese breve plazo. ¡Ah, Rivera! Vos sois bueno de condicion... no seais empedernido. Si os dijese yo quién es, si fuese digno, á pesar de su falta, si tuviese además razones que le justificasen ó le excusasen... espero de vuestra bondad que le perdonareis.

RIVERA.—Os dejo á mi hermana sólo por un dia. Veremos si algo me revelais; pero no aguardeis mi perdon para el seductor. Adios, señora.

DOÑA IRENE.—El cielo os guarde. (Vase Rivera.)

ESCENA IV.

DOÑA IRENE, el PADRE ANTONIO.

DOÑA IRENE. (Dando rienda suelta á una emocion compriprimida hasta entónces.)—¡ Padre! ¡ Padre Antonio!

EL PADRE.—Aquí me teneis.

DOÑA IRENE.—¿ Dónde queda Laura?

EL PADRE.—Queda con Juanilla.

DOÑA IRENE. (Cierra la puerta del estrado.)—Bien está. Os tengo que hablar á solas. No quiero que nadie nos escuche. No quiero que nadie nos interrumpa. Siento un peso que me aprieta el corazon. Por mi soberbia desmedida... por mi orgullo... he pecado. Padre... he pecado, y hoy me arrepiento, cuando quizá sea estéril el arrepentimiento, cuando quizá nada pueda remediarse. Oidme. Yo debí revelároslo ántes. Perdonadme, aconsejadme, si aún es tiempo.

(Doña Irene hace demostracion de querer arrodillarse delante del Padre; le toma la mano y se la besa.)

EL PADRE.—¿Qué haceis, señora? ¿Qué agitacion es la vuestra? Sosegaos, y hablad con serenidad.

(Lleva á doña Irene á un sillon y hace que se siente, sentándose luégo á su lado.)

DOÑA IRENE.—¿ Sabeis quién es el seductor de Laura? Yo lo sé y lo he callado. Yo lo sé y no os lo he dicho. Es mi hijo.

EL PADRE.—¿ Hablais verdad, señora? ¿ No es efecto

de una alucinacion lo que decís? ¿Vuestro hijo no anda errante, proscrito, hace muchos años?

Doña Irene.—Es cierto. Allá en su temprana mocedad fué uno de los más ardientes comuneros. Peleó como valeroso soldado, cuando apénas le apuntaba el bozo, en la toma de Torrelobaton, y en mil encuentros y escaramuzas; se halló en Villalar, donde se salvó por milagro; y apénas reposado de aquella infeliz jornada, acudió á la frontera á defender á España de la invasion francesa. En Pamplona fué amigo y compañero de armas de un hombre extraordinario, el cual, herido al lado de mi hijo, empieza á dar á la cristiandad, y le dará aún, Dios mediante, muchos dias de gloria, convertido de héroe en santo.

El Padre.—El ilustre Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús.—¿Y cómo vuestro hijo no se acogió á indulto, despues de combatir por su rey y por su patria en Navarra?

Doña Irene.—Mi hijo es inflexible en sus ideas, y soberbio además. Por otra parte, siempre ha sido propenso á apasionarse profundamente, y entónces más, porque era muy mozo. En 1521 tenía diez y ocho años. Supo en Navarra que la viuda de Juan de Padilla seguía defendiéndose en Toledo, y acudió á Toledo á ofrecerle su espada. Al lado de aquella denodada mujer estuvo hasta lo último, y con ella se refugió en Portugal. Mi hijo no pudo despues acogerse al perdon general que dió el César. S. M. le honró poniéndole en el número de los exceptuados. Desde entónces anda errante por tierras extrañas.

El Padre.—¿Ha osado, con todo, venir hasta aquí?

Doña Irene.—Ha osado, exponiéndose á morir de

una sangría suelta, en duro é inmundo calabozo, como el conde de Salvatierra. Sí, Padre, mi hijo don Fernando ha estado dos veces aquí. La segunda vez vió á Laura y se prendó de ella con la vehemencia propia de su condicion. El desamparo en que vivía la gallarda moza, su pobreza y la mala compañía de doña Brianda dieron sér y aliento á los propósitos livianos de mi hijo. Merced á doña Brianda, pronto se le lograron. Pero ¡caso singular! lo que ántes de logrado sólo excitaba en él un sentimiento ruin, despertó despues sentimientos generosos. Movido don Fernando á compasion, realmente enamorado del candor, de la sencillez y hasta del afecto de Laura, quiso consagrar su amor y legitimarle. Entónces me lo reveló todo. Y este es mi pecado, Padre: este es mi pecado, de que tarde me arrepiento. Yo tomé la noble resolucion de mi hijo por rapto de locura. Yo supuse que su amada era una vil aventurera. Yo le representé, mil y mil veces, que hasta el pensamiento momentáneo de enlazar su ilustre casa con la de aquella mujer dándole su nombre, era un oprobio para nosotros. D. Fernando no desistió, sin embargo: aplazó su resolucion. Le pedí tiempo, un largo plazo de prueba, y tuvo que otorgármele. Llegaron en esto varios avisos temerosos de que se sospechaba la presencia de mi hijo en Castilla, y de que le podían prender. No tuvo más recurso que irse precipitadamente. Yo le prometí observar si Laura era tal como él la había soñado, ó como yo la suponía. En esta prueba, en este estudio, he estado años con rudo sigilo y con frialdad cruelísima. Os lo confieso: he tenido el mal deseo de que mi suposicion hubiese salido cierta;

pero D. Fernando había adivinado: no le había cegado la pasion: Laura es un ángel. El orgullo de mi heredada nobleza se abate, aunque tarde, y reconoce la razon.

El Padre.—Habeis participado á vuestro hijo el buen concepto que al fin teneis de su infeliz amiga.

Doña Irene.—Sí, Padre.

El Padre.—¿Y él la ama aún?

Doña Irene.—La ama.

El Padre.—¿Ninguna otra pasion ha borrado la impresion de la primera?

Doña Irene.—Ninguna. No conoceis á mi hijo y su extraña pertinacia.

El Padre.—Es cierto. Sólo hace seis años que estoy aquí, y cuando vuestro hijo ha estado de oculto, hasta de mí le habeis recatado.

Doña Irene.—Dígoos, pues, que mi hijo no ha tenido, desde que vió á Laura, sino otro amor del que triunfó por amor de ella. Fué este amor dos años há. Viendo que su antiguo amigo Ignacio de Loyola fundaba una Compañía para combatir la pravedad herética, bajo la bandera de Jesus, quiso alistarse en ella. El amor de Laura le retuvo. No ha escrito á Laura, porque la más dura condicion exigida por mí para mi severa prueba, era que no le escribiese. A mí me ha escrito, y yo le he escrito siempre que hemos hallado conducto seguro. Por sus cartas conozco esa faz de su vida. Pensando en que Laura entrase en religion, anheló él seguir á Ignacio. La rebeldía de ese malvado fraile sajon, Martin Lutero, llenaba á D. Fernando de presentimientos sombríos. Temía que por una serie de fatales circunstancias pasase á

los pueblos del septentrion el predominio del mundo; que Dios tal vez lo permitiría para castigo de nuestros pecados; y, á fin de contribuir á evitarlo, soñaba en consagrar su vida á la ciencia, á la predicacion y á la virtud más rígida. El recuerdo de Laura no le dejó seguir por esta pendiente.

El Padre.—¿Y cómo es que vuestro hijo no ha procurado jamás volver á la gracia y al servicio del César?

Doña Irene.—Mi hijo es zahareño hasta no poder más. Su esquivez no tiene ejemplo. Él condena casi todas las empresas y guerras del Emperador. No ve en ellas designio razonable, ni plan ni concierto. Imagina que sólo conducen á que se arruine, se empobrezca y se despueble Castilla. Sin embargo, su generosa sangre y su amor á la tierra donde ha nacido, le llevaron ya en dos ocasiones á pelear bajo las enseñas de Cárlos V. Una vez en la Goleta y en Túnez, adonde acudió como capitan de estradiotes, con gente que allegó en Calabria, entre los descendientes de aquellos bravos albaneses y epirotas, que se refugiaron allí cuando murió su glorioso príncipe Scanderbeg. Mandados por mi hijo, se creían mandados por Jorge Castrioto, y pelearon contra Barba-roja, como sus heroicos antepasados contra el sultan Amurates. La segunda vez fué en la expedicion á Argel. Allí ha estado mi hijo, sin dar tampoco su nombre. Despues de grandes desastres, el Emperador decidió abandonar la empresa. Hernan Cortés, famoso por haber conquistado todo el reino de Nueva-España, pedía que le dejasen allí, prometiendo tomar á Argel; mi hijo, que estaba con él, le hubiera seguido; pero ni el César ni

los de su consejo quisieron poner al Marqués del Valle en ocasion de tanto peligro y tal vez de tanta gloria.

El Padre.—¿Y qué es ahora de vuestro hijo?

Doña Irene.—Cansado de su vida aventurera, domado su carácter por el infortunio, ansioso de paz y retiro, ha venido á Valladolid, donde estaba desde hace quince dias negociando su perdon. Llegaron aquí Cuéllar y Rivera, supe el propósito que traían del casamiento de Laura, y avisé al punto á mi hijo. Por su contestacion y por noticias posteriores, sé que mi hijo debe llegar de un instante á otro.

El Padre.—¿Todavía como proscrito?

Doña Irene.—Todavía. Así es que viene con sigilo y extraordinarias precauciones, aquí donde le conocen todos. Ya estará en la quinta que tengo á un tiro de arcabuz de esta poblacion. Desde allí vendrá á pié; entrará por la puerta falsa que da al campo. Le espero con impaciencia. Él tiene llave de la puerta, y sin que nadie le abra llegará á mis brazos dentro de poco, si Dios misericordioso lo permite.

El Padre. — Comprendo vuestra agitacion. Dios tendrá piedad y os proporcionará esa ventura.

Doña Irene.—¡Ay Padre! ¡Cuán acibarada va á ser! El amor de Laura se ha convertido en terror y en repugnancia hácia mi hijo. Mi hijo hallará, en cambio del amor que desea, á dos hombres ofendidos que han de procurar su muerte.

El Padre.—No temais. No será nada de eso. No consentiremos que nadie se mate. Y en cuanto al terror y repugnancia, creedme, yo llevo muchos años de confesonario y conozco la condicion humana. No me

ciega el amor propio de confesor. La repugnancia y el terror que yo he inspirado á Laura, para inducirla á que éntre en religion, se desvanecerán no bien vea á vuestro hijo; se convertirán, á pesar suyo, nuevamente en amor. Por esto repugna, por esto se aterra; porque presiente su debilidad ante el hombre de quien se juzga olvidada. Apénas le vuelva á ver, apénas reconozca que él no la olvida, caerá en sus brazos, cediendo á una atraccion irresistible. Lo que importa ahora es legitimar, purificar, santificar este vínculo de amor. ¿Consentís en ello?

DOÑA IRENE.—Sí, Padre. Veo que Dios lo quiere.

EL PADRE.—Dios os ha inspirado que retengais á Laura en vuestra casa. Es menester que no salga de aquí sino esposa de D. Fernando. Ya amansaremos despues la cólera de Rivera y de Cuéllar.

DOÑA IRENE. (Aplicando el oido hácia un lado del foro, donde habrá una puerta.) — Siento ruido de pasos. Bien me lo decía mi corazon. Él es. Ya llega. ¡Jesus mio, dadme fuerzas para no morir de alegría!

ESCENA V.

DON FERNANDO, DICHOS.

(Aparece D. Fernando por la puerta lateral; viene embozado y al entrar se desemboza. Doña Irene corre hácia él y le abraza.)

DOÑA IRENE.—¡Hijo de mis entrañas!

D. FERNANDO.—¡Madre querida!

DOÑA IRENE. (Señalando al Padre.)—El Padre Antonio, mi más íntimo amigo.

D. Fernando. (Se acerca al Padre y le besa la mano.)—Sé cuánto os debo. Vos habeis santificado lo que yo profané. Vuestra virtud y santidad han realzado lo que mis vicios y mi orgullo humillaron y postraron. ¡Dios os lo premie, Padre mio!

Doña Irene.—¿Te ha visto alguien?

D. Fernando.—Perez sólo sabe mi llegada. No temais madre. Además, espero mi perdon de un momento á otro. ¡He pedido perdon al César, como si fuera delincuente!

El Padre.—El César, hijo mio, es tu rey y señor natural.

D. Fernando.—Así será, Padre: pero yo no delinquí defendiendo las libertades de Castilla. Nunca fuí contra el poder legítimo. Nunca quise hacer de las ciudades de mi patria señorías independientes como las de las ciudades italianas. Aún persisto en creer en la justicia y razon de lo que entónces hice, y sin embargo, pido perdon á quien ha dado muerte á los amigos que yo seguí; á Padilla, á Bravo, al obispo Acuña y á tantos otros. Abatido estoy cuando lo hago, y razones poderosas me llevan á hacerlo; pero me duele la humillacion. Por eso pido á Dios que acepte dicha humillacion en descuento de mis culpas. ¿Y Laura? A Laura sí que debo pedir perdon. ¡Cuán cruel he sido!

El Padre.—Pronto la verás, y espero que has de lograr que te perdone. Os dejo. Voy á ver de nuevo á Rivera, á aquietarle y á evitar que haga algun acto de violencia con doña Brianda. Nada le descubriré; pero le daré esperanza de que vos, doña Irene, habeis de descubrírselo todo en el dia de mañana. Entre tanto

importa precipitar las cosas á fin de que lleguen á un término contra el cual Rivera no pueda rebelarse y tenga al fin que someterse. Adios. Pronto volveré. (Vase.)

ESCENA VI.

DOÑA IRENE, D. FERNANDO.

DOÑA IRENE.—El deber y la religion han triunfado de mi orgullo. Lo reconozco. Aunque no la amases, deberías una reparacion á Laura. Es una mujer digna de tí. Pura y limpia como el oro, ha salido del ardiente crisol en que mi suspicacia la ha tenido.

D. FERNANDO.—¡Ah, señora! Temo que el fuego de penitencia, en que habeis abrasado su alma, haya evaporado el amor que allí se guardaba para mí: que mi abandono y que mi olvido aparente me hayan hecho aborrecible á sus ojos.

DOÑA IRENE.—No lo permita el cielo, si de eso depende tu dicha.

D. FERNANDO.—De eso depende. Mi amor ha crecido con la ausencia; con las pruebas que por cartas me habeis transmitido de su virtud y de su infortunio. ¿Cuándo podré ver á Laura, madre? ¿Cuándo podré verla?

DOÑA IRENE.—En el instante. Laura se abriga bajo este mismo techo desde hace poco. Vendrá en cuanto

la llame. (Doña Irene se asoma á la puerta y llama.) ¡Laura! ¡Laura!

D. FERNANDO.—¿No os burlais de mí? ¿Va acudir á vuestra voz?

DOÑA IRENE.—Sí; vaá acudir. Ya viene. Es menester que la veas y hables á solas. Yo me retiro. (Vase doña Irene con precipitacion por una puerta lateral.)

ESCENA VI.

LAURA, D. FERNANDO.

LAURA. (Entrando rápidamente y sin reparar en D. Fernando.)—¿Qué mandais, señora?

D. FERNANDO.—¡Cuán bella está!

LAURA. (Advirtiendo la presencia de D. Fernando.)—¡Jesus me valga! ¿No es ilusion de mis sentidos? ¿No es el infierno que desea engañarme otra vez? ¿Ha tomado cuerpo algun ensueño impuro de mi fantasía? ¡Salvadme, Vírgen Santísima! (Laura quiere huir. D. Fernando la detiene, asiéndola de la mano.)

D. FERNANDO.—No soy sombra vana, Laura. Soy tu amigo, tu duro perseguidor. Vuelvo arrepentido á tus piés. ¡Perdóname! No lo merezco; pero tú eres buena... tú eres santa... ¡Perdóname! (Cae de rodillas á los piés de Laura.)

LAURA.—¿Qué haceis? Alzaos. Yo no tengo poder ni autoridad para perdonar á nadie. Mis culpas son gravísimas. Yo tambien necesito perdon. Dejadme.

No distraigais mi alma del camino de la penitencia que sigue hace tiempo.

D. Fernando.—Harto seguiste ya, Laura mia, ese áspero camino. Justo es que se trueque en felicidad tu congoja, Yo te amo. Perdóname. Ámame. Así serás mia y seré tuyo para siempre.

Laura.—Delirais, señor. ¿Venís á conturbar mi espíritu con tardías ilusiones? Yo no puedo ser ya sino de Dios. Huid. Que no sepan que estais aquí. No hay ya reparacion posible. Mi hermano os matará; y si él muere á vuestras manos os matará Cuéllar.

D. Fernando.—Tu hermano me perdonará no bien tú me perdones. Ámame; perdóname, y no temas.

Laura.—Vuestro abandono, vuestro olvido hubieran trocado mi amor en odio, si el odio pudiera albergarse en un corazon cristiano. Cuando estábais léjos de mí, temblaba yo de odiaros, porque mi odio era falta de caridad: hoy tiemblo de no odiaros, hoy quisiera odiaros, porque sin la defensa del odio, temo volver al amor. Tened compasion de mí. Dejadme. Ya me he dado á Dios. No me robeis á Dios con mano sacrílega.

D. Fernando.—Laura mia; sí, tú me amas, á pesar de mis maldades. No me lo ocultes. No trates de sofocar por más tiempo una pasion que se purificará ante el altar de Dios vivo.

Laura.—¿Qué os he hecho para que así os burleis de esta mujer desgraciada? Mi resignacion era grande; mi resolucion firme; mi vocacion me parecía completa. ¿Por qué venís á destruir todo esto? ¿Por qué derribar de un soplo el edificio levantado trabajosa y lentamente? ¿Por qué romper con el conjuro de una

palabra mágica el simulacro de bienandanza que de mi dolor ha nacido? Con el riego de mis lágrimas han brotado, como ramo de flores, las esperanzas celestiales, que deben perfumar con su aroma mi religioso retiro. No arranqueis esas flores de mi lastimado pecho.

D. FERNANDO.—Lo que yo quiero, dueño mio, es que tus celestiales esperanzas se logren ya en la tierra, y se lograrán si me amas. Ya no me apartaré nunca de tu lado. Amame.

LAURA.—Eres cruel. Me robas la paz del alma. Dios me había recibido por suya y tú me obligas á que le deje. Me fascinas: no acierto á resistirte. La poderosa fuerza con que penetra de nuevo tu amor en todo mi sér, es tal vez para mi perdicion; pero es inútil luchar contra tí. Los ángeles me abandonan. Te amo.

D. FERNANDO. (Abrazando á Laura.)—¡Encanto mio!

DOÑA IRENE. (Entrando y estrechando á Laura y á D. Fernando.)—¡Hijos! El cielo os bendiga. ¡Y creía ella... y decía que no le amaba ya!

JORNADA TERCERA.

Cuarto de una posada.—Es de noche.

ESCENA I.

CUÉLLAR, GARCÉS.

UÉLLAR. — ¡ Haberme burlado de esta suerte! No debo sufrirlo. Me vengaré. Francisco de Cuéllar no ha de ser el juguete de una muchacha embustera y de un amigo débil ó desleal. ¿Hiciste el concierto con el escudero?

GARCÉS.—Le hice. Le dí, como señal, todo el oro que me entregaste. Si cumple bien lo que ha prometido, le he asegurado que tendrá diez veces más. Podrá irse donde guste y vivir á lo príncipe. Su codicia nos responde de él. No nos faltará. Esta noche don Fernando saldrá á las diez de su casa de campo, á fin

de estar al rayar el alba en el castillo del conde, donde le aguardan para una gran montería. Todos sus criados van con él ménos el escudero. D. Fernando quiere llevar séquito y lucirse.

CUELLAR.—Se lucirá. Ya se está luciendo. Hoy, en medio de la plaza, puesto yo en el centro de un corro de hidalgos, me he desatado en injurias y en amenazas contra él y contra su mujer. D. Fernando y Laura han de conocer quién yo soy. Nadie sospecha, con todo, que mi venganza va á ser tan pronta. Nadie calcula qué medios voy á emplear. ¿Buscaste ya á los cuatro hombres determinados y de toda tu confianza?

GARCÉS.—Cuento ya con ellos.

CUELLAR.—A las diez estareis todos, con caballos, aguardándome á unos treinta pasos de las tapias del lugar, en la cruz del egido. Conviene que no me vean salir con gente. Allí nos reuniremos. Vete ahora.

(Váse Garcés. Cuéllar pasea por el cuarto con alguna agitacion.)

CUÉLLAR. (Solo.)— Rivera retarda el darme una explicacion satisfactoria de su singular conducta. Con promesas y dilaciones me entretiene tres dias há; desde que volví de Sevilla. Veremos si cumple al cabo y viene esta noche, como me prometió. (Vuelve á entrar Garcés.)

GARCÉS.—¡Señor! Una dama desea verte.

CUÉLLAR.—¿Quién es!

GARCÉS.—Se tapa con el manto y no he podido conocerla.

CUÉLLAR.—No importa. Díle que entre.

ESCENA II.

CUÉLLAR, DOÑA BRIANDA, tapada.

DOÑA BRIANDA.—Guárdeos Dios, Cuéllar.

CUÉLLAR.—¿No os descubrís, señora? Hablad. ¿En qué puedo serviros? ¿Qué pretendeis?

DOÑA BRIANDA.—Venganza. Y no la pretendería de vos, si no estuviéseis tan agraviado como yo de la persona que me agravia.

CUELLAR.—¿Quién es esa persona?

DOÑA BRIANDA.—Bartolomé de Rivera.

CUÉLLAR.—Y vos ¿quién sois?

DOÑA BRIANDA. (Se descubre.)—Miradme.

CUÉLLAR.—¡Su tia!

DOÑA BRIANDA.—Su tia, y, por mi desgracia, su enamorada tambien, desde que andaba desvalido y menesteroso. Hoy, que ha vuelto rico y colmado de honores, me desdeña: dice que se avergüenza de mí: no sale de su boca, cuando á mí se dirige, palabra alguna con que no me afrente. Me pisotea el corazon, como quien pisa una víbora; no os pasmeis de que me revuelva furiosa contra él. Rivera no cuidó, ni pensó siquiera en el honor de su casa y de su familia, ni en la virtud, hasta que ha vuelto de Indias con dinero. Os ha estado engañando como á mí me engañaba. La culpa del desaire ridículo, de que ahora sois víctima,

la tiene Rivera. Os hablaba de su hermana, excitándoos á que la amáseis, y halagándoos con que la guardaba para vos en Castilla, y con que la criaba con el recogimiento más severo, cuando me la había dejado confiada. Yo estoy en la última desesperacion, y de nada me atemorizo. No hay ya confesion horrible que traiga rubor á mi rostro. Dejar á su hermana en mi poder, Rivera lo sabía, era como dejar al cordero en poder del lobo... y del lobo hambriento. Rivera, ántes de irse, había acabado de despojarme de cuanto yo tenía. ¿Comprendeis ahora su doblez y su infamia? Es además un cobarde. Más valía que me matase de una vez por mi pecado, y no que de continuo me martirizase, como lo está haciendo. Yo no hice más sino lo que de mí debió él prever. Pero Rivera es duro con los débiles, y con los fuertes es débil. A mí no me perdona, y perdona á D. Fernando, que abandonó y despreció á Laura, que durante tres años la ha tenido humillada, y que áun ahora se hubiera resistido á tomarla por mujer, si Rivera hubiese vuelto de Indias tan miserable y tan oscuro como se fué. D. Fernando no hubiera consentido en llamar hermano al mozo sin nombre, tablajero indigno, mantenido por mujeres. Consintió en llamar hermano á uno de los ilustres conquistadores del opulento imperio de los Incas.

CUÉLLAR.—No debiera sorprenderme lo que me referís, y me sorprende, sin embargo. La ligereza de Rivera en dejar en vuestro poder á su hermana, sabiendo quién sois vos; el disimulo con que me ocultó siempre las relaciones que con vos tenía; la jactancia con que me hacía creer que eran bienes suyos aque-

llos de que os había despojado, todo esto es vil; pero yo se lo perdonaría todo si no hubiese incurrido en mayor vileza y flaqueza: la de dar nombre de hermano, estrechar la diestra y perdonar, y tal vez hasta agradecer su longanimidad, al que se casó con Laura despues de haberla despreciado y martirizado por tanto tiempo. Si D. Fernando hubiese vuelto arrepentido, Dios, la que fué presa de su seduccion, todo cuanto hay en la tierra y en el cielo podía haberle perdonado, ménos Bartolomé de Rivera. Bartolomé de Rivera no cumplía como bueno, sino matándole.

DOÑA BRIANDA.—Matarle... Vaya... no es tan fácil matar á D. Fernando. A mí me matará Rivera á desdenes y á injurias... pero á él... ¿y para qué? Más cómodo es convertirle en pariente. Emparentado Rivera con tan egregio caballero, te despreciará á tí, Cuéllar, como me desprecia á mí. Si se avergüenza de sí mismo, en lo pasado, ¿cómo no ha de avergonzarse de los otros? ¿Qué apostamos á que no te declara la verdad? ¿A que no te dice por qué ha consentido en la boda de Laura? ¿A que no te confiesa con humildad su agravio y la tardía reparacion que tan ruinmente acepta?

CUÉLLAR.—Lo creo: nada de eso me confesará. Querrá engañarme de nuevo.

DOÑA BRIANDA.—Pues bien; para que no te engañe he venido yo á abrirte los ojos. ¿Has amado á Laura?

CUÉLLAR.—La amo todavía, y la odio.

DOÑA BRIANDA.—Mátame entónces; pero véngame de Rivera. Mátame: merezco la muerte. Estoy harta de vivir.

CUÉLLAR.—Déjame en paz. Huye. Yo no satisfago

mi enojo en flacas mujeres, por culpadas que sean.

(Entra Garcés, y doña Brianda se tapa con el manto.)

GARCÉS.—Rivera viene á verte.

CUÉLLAR.—Que venga. (Se va Garcés.)

DOÑA BRIANDA.—No quiero que me halle aquí.

CUÉLLAR.—Por esta puerta te pondrás al punto en la calle sin que te vea.

(Vase doña Brianda por una puerta lateral. Un instante despues entra Rivera por la puerta del fondo.)

ESCENA III.

RIVERA, CUÉLLAR.

CUÉLLAR.—¿Te decides, al cabo, á darme la explicacion satisfactoria? ¿Podrás dármela con verdad?

RIVERA.—Quiero y puedo dártela.

CUÉLLAR.—¿Por qué me impulsaste á ir á Sevilla?

RIVERA.—Porque tenía sospechas que tocaban á mi honra y ansiaba ponerlas en claro sin que nadie más que yo entendiese en ello.

CUÉLLAR.—Y las pusiste en claro y supiste que tu honra estaba mancillada.

RIVERA.—No, Cuéllar. Supe al mismo tiempo la reparacion y el agravio, si es que agravio hubo. Don Fernando, aunque desposado con Laura, tuvo que huir de nuevo á lejanas tierras; hoy, perdonado ya por el César, es esposo de Laura á la faz del mundo.

CUÉLLAR.—¿Ves cómo me quieres engañar? Es in-

útil. Lo sé todo. D. Fernando ni se desposó ni prometió nada á Laura. La abandonó con desprecio. Tan distante estaba Laura de creerse amada, que me aseguró que no amaba á nadie. Afrentada y culpada, iba á entrar en un convento. Por dicha había en su alma cierta honradez, de que otras almas son incapaces, y no consintió, callando, en casarse conmigo.

RIVERA.—¿De dónde infieres todo eso? ¿Quién te ha informado tan mal?

CUÉLLAR.—Tu cómplice. Te repito que lo sé todo. ¿Pretendes acaso que se manche mi lengua contando tus delitos? Pero más que tu villanía en dejar á Laura en poder de una mujer como doña Brianda; más que tu falta de aprension en despojarla ántes de todos sus recursos, más me indigna tu carencia total..., de entereza, tu ejemplar mansedumbre en perdonar el desprecio, el martirio de años, el abandono en que tu hermana ha gemido.

RIVERA.—Por el Dios que está en el cielo, Cuéllar, no te obstines en apurar mi paciencia. Ya que lo sabes todo, ya que esa maldita hembra me ha vendido, me someto á tu furia; la merezco por mi imprevision; no la merezco por haber cedido ahora.

CUÉLLAR.—Más la mereces por eso que por nada. La reparacion se la debes á tu fortuna, á tus triunfos en Indias. Hubieras vuelto oscuro y pobre y no hubiera sido desagraviada tu hermana. Bien es verdad que tú, pobre y oscuro, no te hubieras preocupado con semejantes niñerías. En tí la honra tiene algo de artificial y de sobrepuesto al dinero.

RIVERA.—Aquí, donde nadie te oye, quiero sufrírtelo todo. Te ciega y enloquece la pasion; mas no he

de reñir con mi compañero de armas. Respeto tu ira, por más áspero que seas en el reprender, y por más violento que te muestres en el zaherir.

CUÉLLAR.—¡Qué manso y qué sufrido te has vuelto en estos últimos dias! Ya que no sientes el prurito de vengarte, me dejarás en libertad para que te vengue y me vengue. Yo no soy ni sufrido ni manso. Todavía amo á tu hermana. No atino á aguantar el desaire. Tú, que tanto has sabido sufrir de un desconocido como D. Fernando, más sufrirás de mí, que soy tu compañero de armas. Esta noche misma voy á robar á Laura. Amigaréme con ella. Luégo mataré á don Fernando. Tal vez, por último, me case con la honrada viuda. Tú lo llevarás todo con paciencia y me darás una absolucion tan generosa como la que á don Fernando has dado.

RIVERA.—Te he oido con calma impasible, porque veo que no vale mi prudencia, ni mi paciencia. Estás demente, frenético. Anhelas reñir y prefiero que riñas conmigo. Ó desistes de todo plan de ofender á mi hermana, ó atajará tus pasos mi acero.

CUÉLLAR.—Por cima de tí y de tu acero, he dé ir adonde me llevan mi amor, mi deseo y mi encono. Mataré á D. Fernando. Laura será mi daifa.

RIVERA.—Voto al infierno que no será. Sal á la calle.

CUÉLLAR.—Detras de los muros del convento.

RIVERA.—Vamos.

CUÉLLAR.—Luego que te mate, iré donde me aguardan á pocos pasos los que han de secundar mi propósito.

RIVERA.—Tu propósito es morir, y vas á lograrle. (Vánse.)

ESCENA IV.

Sala en la quinta de D. Fernando. Armas y trofeos de caza. Algunos retratos. Los muebles entre rústicos y señoriles. Dos puertas laterales y una al fondo.

D. FERNANDO, PEREZ el escudero.

D. FERNANDO.—A fe mía que me duele en el alma la resolucion que tengo que adoptar, pero no hay más remedio. El tal indiano está delirante. La soberbia le embriaga. Es brutal y zafio, y no hay modo de poner freno á su lengua, ni coto ni límite á sus pretensiones audaces. En la plaza, á gritos, ha dicho que ha de matarme, que ha de robarme á la mujer, y hasta que ha de hacerse amar de ella en cuanto la hable á solas. Buena maña te has dado, amigo Perez, para inspirar confianza completa á ese bandido. En cuanto llegue, introdúcele hasta aquí, y déjale que vea á la señora, si ella no se ha retirado á su estancia. A Juanilla deténla con habilidad. ¿Cuántos son los rufianes que acompañan á Cuéllar?

PEREZ.—Cinco.

D. FERNANDO.—Me alegro de que sean tan pocos. No quiero que haya escándalo, ni lucha, ni sangre. Distráelos tú, y haz de suerte que los mios caigan de improviso sobre ellos, los aten de piés y manos, y los tengan en el patio. Si chillan, ponedles con suavidad sendas mordazas.

PEREZ.—Se hará como lo decís, mi amo.

D. FERNANDO.—Yo voy á salir metiendo mucho ruido; haciendo resonar las trompas de caza. A la vuelta del cerro, en el encinar, nos pararemos. Allí quedarán los perros y los caballos. Mi gente y yo volveremos á pié, con silencio grandísimo, y por la puerta del corral, de que llevo la llave, entraremos sin ser sentidos.

PEREZ.—Cuéllar, que debe llegar pronto, porque se acerca la hora, te verá partir con toda la gente. Esta noche hace una luna muy clara. Como, no bien te vayas, he de hacerle entrar, no podrá ver tu vuelta, ni recelará lo más mínimo.

D. FERNANDO.—Todo está preparado con primor y esmero. Sólo me aflige el susto que Laura va á pasar; pero es menester acabar de una vez. Despues viviremos como pastores de Arcadia.

PEREZ.—¿No tienes nada más que mandarme?

D. FERNANDO.—Nada. ¡Ah, sí! El dinero que Cuéllar te ha dado, repártelo entre los cinco rufianes cuando todo esté terminado. Quiero que me queden agradecidos. Yo te daré el doble.

PEREZ.—Bien está, señor. (Vase Perez.)

ESCENA V.

DON FERNANDO, LAURA.

LAURA.—¡Fernando mío! ¿Te vas y me dejas? No puedes figurarte lo que esto me apesadumbra. Mal haya el conde con su importuno convite. Si vieras qué miedo tengo de quedarme sola. A tu lado soy valiente; á tu lado, nada me asusta. Léjos de tí soy tímida como niña de pocos años.

D. FERNANDO.—No receles nada. Aunque yo me vaya, mi espíritu queda contigo, velando por tu bien. Ya comprendes que no debo desairar al conde. Dentro de cuatro dias estaré de vuelta.

(Se oyen fuera las trompas de caza que dan la señal de la partida.)

LAURA.—¡Qué pronto! ¿Has adelantado la hora?

D. FERNANDO.—No, amor mio. Son ya las diez. No puedo detenerme.

LAURA. (Abrazándole.) — Adios. No te rias de mí. Tengo miedo.

D. FERNANDO.—¿Me amas?

LAURA.—Con todo mi corazon.

D. FERNANDO.—Nada temas entónces. En tu amor se encierra un conjuro poderoso. Con él me evocarás si por acaso sobreviniese algun peligro. Adios. Quédate: no vengas á despedirme hasta abajo. (D. Fernando se va.)

ESCENA VI.

LAURA, sola.

(Asomada á un balcon, mira partir á D. Fernando y á su elegante comitiva. Suenan otra vez las trompas de caza.)

LAURA.—Bañado por los rayos de la luna parece más bello y más dulce su rostro varonil, cual si estuviese envuelto en velo luminoso de transparente plata. ¡Cuánto le quiero! ¡Cuánto le he querido siempre, áun cuando imaginaba que iba á odiarle! Ya toma de la brida al brioso alazan: pone el pié en el estribo y monta. ¡Cómo se alegra y ensoberbece el caballo de llevar tan noble jinete! Con impaciencia tasca el freno ansiando pasear á su gentil señor y mostrarle con orgullo por todas partes. Ahora hace piernas y corvetas para mi lisonja y agrado. Adios, Fernando, adios. Ya emprende la marcha. Quisiera yo que las sinuosidades del camino y lo quebrado del terreno no le robasen á mi vista. Le seguiría leguas, y se me antoja que por un esfuerzo de voluntad había yo de estar viéndole distintamente, cual si él estuviera cerca de mí. Vuelve la cara para mirarme. Me saluda. (Agita Laura el lienzo que tiene en la mano.) Adios, mi bien, adios. (Pausa.) Fernando me dobla la edad; pero su alma es más jóven que la mia. Toda su persona conserva además la lozanía y la gracia de los primeros años,

en raro maridaje con la gravedad majestuosa de la edad madura. ¡Dios mio! ¡Qué de priesa van! Ya se acercan á aquella revuelta. Pronto dejaré de verlos. Quiera el cielo que vuelvan cuanto ántes. Ya torció Fernando hácia el encinar. Ya se perdió, detras del cerrillo, cabalgando por la vereda.

(Laura se retira del balcon, y viene lentamente á sentarse en un sillon de brazos.)

(Nuevo momento de silencio.)

Mi temor es inmotivado, pueril. Cuéllar me decía que no había de sufrir á otro rival sino á Dios; que había de conquistar mi corazon ó perecer en la demanda; que había de matar á quien me enamorase; pero estos eran sin duda encarecimientos de pretendiente y bizarrías vanas de soldado jactancioso. Yo le contestaba con sinceridad algo que hoy debe parecerle disimulo, engaño y mentira. Yo le contestaba que yo no amaba á nadie sino á Dios y que deseaba retirarme á un convento. Grande ha de ser su rabia contra mí al saber que estoy casada, á los pocos dias de haberle asegurado mi desamor á todo hombre. Pero yo no le engañé. Tú, Dios mio, tú que penetras en el fondo de los corazones, sabes que no le engañé. Yo me engañaba á mí misma. Yo aborrecía el recuerdo de mi pecado, y por eso creía que no amaba á aquel por quien pequé. Volvió á presentarse ante mis ojos: ví de nuevo á Fernando, y el amor, escondido en lo más íntimo de mi sér, donde ni yo misma le columbraba, brotó con ímpetu, surgió de repente más poderoso que nunca.—Cuéllar tendrá que resignarse. Dicen que es tremendo; pero respetará á mi marido. No es igual tratar con indios punto ménos que iner-

mes, con hombres sencillos y de casta tan inferior á la nuestra, que competir con quien en todo se le aventaja. Sin embargo, yo he mentido sin querer. Yo he prometido á Cuéllar ser de él si no era de Dios. Sí, casi se lo he prometido sin saber lo que decía. (Larga pausa.) ¡Ay! ¡qué horror! ¡Qué espantosa idea se ofrece á mi espíritu! ¿Y si Cuéllar fuese tan audaz como aseguran? ¿Y si acudiese á exigirme el cumplimiento de la promesa? Tengo miedo. Estoy temblando como una azogada. ¡Socorro! ¡Valedme, Vírgen santa! ¡Qué soledad! Me parece que oigo un extraño rumor. ¿Por qué me has dejado, Fernando mio? No voy á dormir esta noche. Llamaré á Juana para que se quede conmigo. ¡Juana! ¡Juana! No me responde. ¡Juana! No viene. Tengamos valor. Amo á Fernando. En este amor, él me lo ha dicho, se encierra un poderoso conjuro. Evocaré á Fernando á fin de que me dé aliento. ¡Fernando!

ESCENA VII.

CUÉLLAR, LAURA.

CUÉLLAR. (Mostrándose de repente.) — Fernando está muy léjos y no te oirá. Aquí me tienes en lugar suyo. ¿No me dijiste que no serías sino mia ó de Dios? ¿Por qué me engañaste? Yo te amaba con toda mi alma. Tu falsía debió matar mi amor; pero mi amor sobrevive al desengaño.

LAURA. (Al ver á Cuéllar y al oir sus primeras palabras se asusta más, y cae en un sillon, cubriendo su rostro con las ma-

nos. Luégo se recobra y dice aparte:)—¡Valor, cielos, valor! (A Cuéllar.) ¿Cómo os atreveis á entrar aquí? ¿Qué audacia es la vuestra? Idos ó daré voces.

CUÉLLAR.—¿Y quién ha de oirlas que te socorra? Tu marido se llevó á todos los criados.

LAURA.—Escuchad, Cuéllar: os lo confieso. El terror se apoderó de mí ántes de veros, pensando en una falta involuntaria que contra vos he cometido. Ahora veo que era mi conciencia quien me aterraba con harto sutiles escrúpulos. Vuestra insolente aparicion disipa los escrúpulos sutiles. La serenidad y el brío vuelven á mi ánimo. Me mostraré digna de mi noble esposo. Sola como estoy me basto. Idos de aquí. Salid de esta casa. Pronto. No me insulteis. Esta es la morada de un caballero principal de Castilla: no es la choza ó el bárbaro palacio de los débiles indios que tan á mansalva solíais ofender.

CUÉLLAR.—Ya comprenderás, Laura, que el que se atrevió á entrar aquí se atreve á todo. Tus injurias ni me hieren ni me lastiman; me enamoran más y me inducen á hacerte mia. Esas palabras llenas de cólera, que brotan de tus frescos labios, me excitan á que las ahogue á besos. Será delirio, será aviesa condicion; pero te amo más miéntras más me desdeñas. Necesito vengarte del seductor, ya que no supo vengarte tu hermano. Sígueme. Todo está pronto para el rapto. No pienses que me ocultaré despues de tu marido. Ya le buscaré, si él no me busca, y responderé de todo con mi espada. Vamos. Sígueme. (Agarra Cuéllar del brazo á Laura.)

LAURA.—¡Suelta, bandido! ¡Fernando, socórreme!

CUÉLLAR. (Riendo.) — ¡Socórrela, Fernando!

ESCENA VIII.

Dichos y D. FERNANDO, acompañado de sus criados y pajes, en número de veinte á lo más, con trajes y armas de cazadores y con antorchas. Todos entran con ímpetu y rodean el grupo principal, dejando ancho espacio vacío en el centro. Juanilla entra en seguida con otras dos mujeres de la servidumbre.

D. FERNANDO.—Aquí me tienes, pronto á socorrerla.

CUÉLLAR. (Sorprendido, pero sin aturdirse ni inmutarse.)—No sois pocos los que venís en su socorro. Bien urdida traicion, pero cobarde. Más de veinte contra uno. ¡Hola, Garcés! ¡Aquí de los mios!

D. FERNANDO.—Es inútil que los llames. Los que te acompañaban están maniatados en el patio y con mordazas á fin de que no alboroten. Yo pudiera matarte como quien mata á un ladron, como quien mata á un perro rabioso, valiéndome para ello de mis criados. Me has ofendido sin razon y en público; me has amenazado de mil modos; has vomitado por esa boca desaforada todo linaje de agravios contra esta bella mujer á quien dices que amas; te has vanagloriado en todas partes de que me la quitarías y de que me matarías; y has venido, por último, á mi casa, espiando la ocasion en que me creías ausente, á fin de robármela y ultrajármela. Pues bien, á pesar de todo, me allano á tratarte como á caballero. Acepto el desafío á que me estás provocando tres dias há. Para que sea

más solemne, traigo por testigos á todos los de mi casa. Me obedecen ciegamente y verán inmóviles cómo reñimos. Si me matas, te dejarán franco el paso. Nada receles. No he de pelear con otra ventaja que la que me da la justicia. Si quieres cerciorarte, mira: bajo mi coleto de ante, sólo el delgado cambray cubre y resguarda mi pecho. Saca la espada y clávala en él si puedes. (D. Fernando saca la espada. Cuéllar hace la misma accion.)

LAURA. (Acude á interponerse.)—¡Ah! ¡Por piedad! ¡Cese vuestro furor!

CUELLAR.—No, Laura. El cielo exige que yo te vengue á pesar tuyo. No tardará en morir tu seductor, como ya ha muerto el hermano sin honra que te dejó abandonada. Su sangre humedece aún mi acero.

LAURA.—¡Qué horror! (Cae desmayada en brazos de Juanilla, y las otras dos mujeres se acercan á cuidarla.)

D. FERNANDO.—Defiéndete sin tardanza ó te mato, ántes que envenenes á cuanto más quiero con esa lengua ponzoñosa. (D. Fernando y Cuéllar cruzan las espadas.)

ESCENA IX.

DICHOS, EL PADRE ANTONIO.

(El Padre sale apresurado y se coloca en medio de los dos combatientes, separándolos.)

EL PADRE.—Deteneos. Ya basta de sangre. Vengo corriendo á caballo, en medio de la noche, á fin de evitar mayor mal. El indio Cipriano extrañó la salida de Rivera, y receló una desgracia. Le buscó, y á pe-

sar de su instinto prodigioso, llegó tarde donde se hallaba. Oyó sus gemidos y le llevó moribundo á su casa. Antes de morir, Rivera tuvo fuerzas para decirme que Cuéllar había venido aquí á cometer nuevos crímenes. Aquí estoy para impedirlos en el nombre de Dios Todopoderoso. Aplacaos. Que la misma catástrofe que acabo de presenciar sirva para conteneros. La desventurada mujer que excitó á Cuéllar contra Rivera, al verle morir por culpa suya, cayó llorando sobre su cadáver. Su amor mundanal por aquel hombre adquirió un grado de violencia diabólicamente sublime. La desesperacion de Júdas se apoderó de su alma. Corrió á la azotea. Asió una cuerda, atada por un extremo á los hierros de la barandilla, hizo un fuerte lazo corredizo, y puso fin á su atropellada existencia. La he visto muerta, aterradora. Aún traigo erizadas de espanto estas canas que cubren mi cabeza. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Basta ya de delitos y de muertes!

D. Fernando.—Padre, es inútil lo que haceis. Os respeto, os amo; pero tengo que desoir vuestras amonestaciones. Apartaos. Dejad que peleemos. Creedme: este duelo tiene algo de religioso: es el juicio de Dios.

El Padre.—No blasfemes, hijo. Dios no pronuncia sus fallos por medio de un empleo bárbaro de la fuerza. No combatireis si ántes no me matais. (Cuéllar y D. Fernando cruzan las espadas por segunda vez y el Padre Antonio se pone en medio.)

El Padre.—Mirad, hijos mios: en Roma, áun despues del Cristianismo, seguían combatiendo en el Circo los gladiadores. Un santo monje, llamado Telémaco, quiso acabar con aquella costumbre feroz. El monje Telémaco regó el Circo con su generosa

sangre; pero el combate de los gladiadores terminó para siempre. ¿Querreis vosotros, cubriéndoos de perpetuo baldon, proporcionarme, aunque indigno, una gloria y un triunfo semejantes?

CUÉLLAR.—Ea, Padre, idos al diablo con vuestras pedanterías. Aquí no queremos proporcionaros nada.

D. FERNANDO.—Ya he dicho que os respeto. Despues, si vivo, os pediré perdon de rodillas. Ahora ni puedo obedeceros, ni puedo consentir que me estorbeis en mi firme é inevitable resolucion. (Dirigiéndose á los criados que tiene más cerca.) Asegurad al Padre hasta que terminemos. (Los criados se apoderan del Padre Antonio, que lucha por desasirse, miéntras le apartan á un lado.)

EL PADRE.—¿Cómo osais poner vuestras sacrílegas manos en el ungido del señor?

(D. Fernando y Cuéllar riñen.)

CUÉLLAR.—He de vengarme al cabo de tu seduccion, orígen de tantos males.

D. FERNANDO.—Yo no peleo por venganza, sino por necesidad, por seguridad y por justicia. Vénguense de tí, por mi mano, los indios del Perú y el inca Atahualpa. (D. Fernando hiere á Cuéllar, y éste cae á tierra.)

CUÉLLAR.— ¡Ah! (Muere.)

EL PADRE. (De rodillas y alzando al cielo las manos.)—¡Misericordia, Señor, misericordia!

¡LO MEJOR DEL TESORO

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

LO MEJOR DEL TESORO

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

ACTO PRIMERO.

Magnífico salon del palacio de Zeyn en la gran ciudad de Bactra.

El *Príncipe*, rodeado de jóvenes y alegres cortesanos y de hermosas damas, aparece presidiendo una espléndida cena. A su lado se sienta en la mesa la *Reina Mantara*, cuya actitud y ademanes han de manifestar desde luégo su pasion por *Zeyn*, el cual se muestra frio con ella á pesar de sus coqueterías.

ESCENA PRIMERA.

ZEYN, MANTARA, MOBAREC, cortesanos, comparsas de cortesanos, damas, esclavos que sirven á la mesa, músicos y bailarinas.

MÚSICA.

CORO.

Prodiga su tesoro,
Como los rayos de oro
El sol desde el Oriente,
Espléndido Zeyn.
Su trono refulgente
Brilla con ricas galas;

Los genios con sus alas
Le forman baldaquin.
Al enemigo espanta;
Le vence en guerra santa,
Y cautiva y aterra
A la caterva infiel;
A par que en dulce guerra
Inunda su hermosura
De plácida ternura
El pecho más cruel.

UNOS.

¡Atencion!

OTROS.

¡Escuchad!

TODOS.

La reina Mantara
Prepárase á brindar.

UNOS.

¡Atencion!... ¡Atencion!

OTROS.

¡Escuchad!... ¡Escuchad!

BRINDIS.

MANTARA.

Yo brindo á que sea
Fecunda tu gloria.
Mi alma desea
Tu triunfo mayor.
Tan sólo el vencido
Completa victoria
Lograr ha podido
En lides de amor.

CORO.

Dichoso el vencido
Que triunfa en amor.

ZEYN.

Permitan los cielos
¡Oh linda viuda!
Que alivie tus duelos
Gallardo doncel;
Abeja industriosa
Al cáliz acuda
Y libe la rosa
Sacando la miel.

CORO.

Abeja industriosa, etc.

MANTARA.

¡A brindar por Zeyn!

ZEYN.

¡Por Mantara á brindar!

CORO.

Porque dichas sin fin
Ella logre alcanzar.

Con loca alegría
Prosiga el festin.

BAILE.

CORO.

Prodiga su tesoro,
Como los rayos de oro, etc.

HABLADO.

ZEYN.

Cesad ya: que me molesta
Oir mi propia alabanza.
¿Quién de esa letra, decidme
Fué inventor? ¿Quién la acompaña
Con tan dulce melodía
Y tan docta consonancia?

MANTARA.

Yo, señor.

ZEYN.

¿Tú? No sabía
Que una habilidad tan rara
Poseyeses.

MANTARA.

Más que el arte
El entusiasmo en mi alma
De música y poesía
Hizo que el raudal brotara.

ZEYN.

Por poderoso que sea
El entusiasmo no basta:
¿Dónde el arte has aprendido
Que crea belleza tanta?

MANTARA.

Mi orígen, señor, no ignoras
Ni el lustre de mi prosapia:
Con el rey de Cachemira
Me casé en edad temprana;
Muerto el rey heredé el trono,
Y mi soberbia las armas
Me hizo tomar contra tí,
Hasta que en rudas batallas
Yugo á mi cuello pusiste
Con el rigor de la espada;
Mas tu noble proceder
Cautivó luégo mi alma.
La gratitud y el afecto,

Como ya te he dicho, bastan
A explicar de esos cantares
Que celebraste la causa.

MOBAREC.

Señor, aunque yo no soy
Como la hermosa Mantara,
Ni viudo, ni rey, ni tuve
Jamás la fiera arrogancia
De declararte la guerra,
Ni me vencieron tus armas,
Te debo muchos favores
Y siento hervir en el alma
Gratitud é inspiracion.
Deja que ensalce tu fama
A mi vez en unos versos,
Y que tu prenda más alta
Celebre y dé testimonio
De tu riqueza extremada.

MANTARA.

Este bufon va á decir
Alguna botaratada.

ZEYN.

(A Mobarec, que está temeroso aún y sin acabar de hablar, aunque ha tomado un vaso en la mano.)

¿Qué es eso? ¿Qué te detiene?
¡Dí lo que quieras: despacha!

MOBAREC.

De Zeyn la virtud soberana
Que es la heroica paciencia, yo pienso,

Con que aguanta el pestífero incienso
De la vana lisonja falaz;
Y en sus ricos tesoros, sin duda,
Quedará tanta perla y moneda
Como vino vereis ahora queda
De mi vaso en el fondo capaz.

(Mobarec apura una gran copa hasta el fondo y suelta una carcajada.)

MÚSICA.

UNOS.

¡Qué dice el mentecato?

OTROS.

Dislates suyos son.

UNOS.

Se burla sin recato.

TODOS.

Repórtese el bufon.

MOBAREC.

Palabras verdaderas
Salieron de mi boca,
Y vuestra saña loca
Desprecia mi razon.

CORO.

Del príncipe y de todos
Se burla sin recato.

¡Silencio el mentecato!
¡Repórtese el bufon!

(Durante el alboroto desaparecen las mujeres.)

HABLADO.

ZEYN.

Basta ya de esta disputa:
Ya basta, que estoy cansado.
Idos y dejadme en paz.

(A Mobarec y á los cortesanos 1.° y 2.°)

Vosotros sólo quedaos.

(Vánse todos ménos Mobarec, Zeyn y los cortesanos 1.° y 2.°)

ESCENA II.

ZEYN, MOBAREC, y cortesanos 1.° y 2.°

ZEYN.

Nadie ignora que mi padre
Era un portentoso sabio,
Que llegó á tener influjo,
Familiaridad y trato,
Con los ocultos poderes
Que bajo el velo diáfano
Viven del mar proceloso;
Con los espíritus vagos,
Sutiles é imperceptibles,
Que en los elementos varios
Moran, y la vida crean
Organizando sus átomos,

Y con las inteligencias
Que mueven cielos y astros.
Así tuvo mil noticias
Mi padre de los pasados
Sucesos, y alcanzó mucho
De los venideros casos.
De la tierra columbraba
Los tesoros subterráneos,
Y de duendes y de gnomos
Los recónditos palacios.
Penetraba al mismo tiempo
En el corazon humano,
Y el pensamiento más hondo
Escudriñaba en los ánimos.
En suma, mi padre era
Un pozo de ciencia, un mago,
Y no exigía tributos
De sus felices vasallos;
Pues los genios le traían
Oro y plata por encanto.
Descollaba entre los genios
Uno como soberano
Llamado Zacubulú,
Al cual era tan simpático
Mi padre, que en cuanto ansiaba
Le complacía en el acto.
El dia en que yo nací,
El horoscópio formaron.
Supieron que yo sería
Generoso y denodado,
Mas que tendría un defecto
Que me llevaría al cabo

A una espantosa ruina;
El ser muy despilfarrado.
Cuantos tesoros mi padre
Había reunido cauto
Yo había de disipar
En deportes y en regalos.
Ya se cumplió el horoscópio.

CORTESANO 1.º

¡Luégo Mobarec ha hablado
Verdad!

ZEYN.

Verdad como un *templo.*

CORTESANO 2.º

¿Estás pobre?

MOBAREC.

Sin un cuarto.

ZEYN.

Aún tengo cetro y corona.
Mas ¡ay! que un deber más alto,
Mas ¡ay! que un gran juramento,
Que al empezar mi reinado
Hice, me obligan por siempre...

CORTESANO 1.º

¿A qué?

MOBAREC.

¡Juramentos vanos!

ZEYN.

No lo son, sino muy firmes
Y pertinentes y válidos;
Y por ellos á ser rey
De balde estoy obligado.

CORTESANO 1.º

¿Y el esplendor de tu trono?

CORTESANO 2.º

¿Y de la córte el boato?

ZEYN.

Todo ha desaparecido:
Con todo mi despilfarro
Dió fin.

MOBAREC.

Vas á ser entónces
Medio rey, medio ermitaño.

ZEYN.

Por fortuna no es posible
Que llegue nunca ese caso.

MOBAREC.

¿Cómo, señor, te burlabas?

CORTESANO 1.º

¿Es tu tesoro inexhausto?

CORTESANO 2.º

Sin duda Zacubulú
Nuevos tesoros te ha dado.

ZEYN.

Nada de eso: mas sabed
Que de la vida estoy harto.

(Con gran solemnidad y misterio.)

Mi deseo de vivir
Con mi riqueza ha acabado.
No pienso más que en morirme.

MOBAREC.

Sólo á corazones bajos
Da la inopia de la muerte
El pensamiento nefando.
Y áun así, si se murieran
Todos los que están tronados,
Un cementerio sería
El mundo de cabo á rabo.

ZEYN.

No es solamente la inopia
La causa de mi quebranto,
Ni el móvil que á darme muerte
Tal vez impulse mi brazo.

MOBAREC.

¿Qué otra razon puede haber?

ZEYN.

Todo voy á revelarlo.
El cansancio de la vida,
Que el corazon me devora,
No proviene de que ahora

Miro mi hacienda perdida:
Razon más noble y subida
Me induce y mueve á tener
Por aborrecible el sér
Con que vivo en este mundo:
Es un anhelo infecundo
Y un fantástico querer.
Aun cuando yo poseyera
La ciencia de Salomon,
Y á mi pródiga ambicion
Tributo en oro rindiera
Tibar , y dueño yo fuera
De las perlas de Abejin,
Con el ámbar de Darin
Y de Pancaya el perfume,
El afan que me consume
No llegara á tener fin.
Es objeto de mi amor
Un bello sér que percibo
Cual recuerdo fugitivo
De otra existencia mejor.
Me ciega su resplandor
Y su beldad me enamora,
Y aunque no sé dónde mora,
Sé que existe en realidad:
No es vano sueño; es verdad
Lo que el corazon adora.
Pues nunca hubiera logrado
Producir mi fantasía
La soberana poesía
De que está mi amor dotado.
Tal vez, en alas llevado

De un genio, yo pude ver
A una divina mujer
Cuyo recuerdo en mí vive:
Recordada se concibe;
Soñada no puede ser.
Su beldad y perfeccion
Me aseguran su existencia:
No forjó la inteligencia
Lo que adora el corazon.
Mas si ella no es ilusion,
Ilusorio es mi deseó:
Inasequible la creo:
Bajo sol más luminoso,
En un mundo más dichoso,
Léjos vive y no la veo.
Por esto quiero morir;
Quiero volar do está ella;
En una remota estrella
Debe sin duda vivir.

MOBAREC.

No te aventures á ir,
Señor, porque yo imagino
Que fuera gran desatino
Emprender esa jornada,
Y luégo no encontrar nada
Al terminar el camino.

ZEYN.

Será desatino extraño;
Pero á desechar no acierto

Ni el cansancio de la vida
Ni el amoroso deseo.

(Dirigiéndose á los dos cortesanos.)

Idos y dejadme solo
Con mis tristes pensamientos.
De mis amigos mejores
La sociedad me da tedio.

(Los cortesanos 1.° y 2.° hacen una profunda reverencia, y cuando van ya á salir, Zeyn les dice :)

ZEYN.

¡Ah! Notad que lo que oisteis
Esta noche es un secreto
Que á vuestra amistad confío
Por desahogo y consuelo.
¡Cuenta con que se divulgue!

CORTESANO 1.°

Selladas con siete sellos
Quedan todas tus palabras
En lo profundo del pecho.
En inexpugnable alcázar
Mi prudencia las ha puesto,
Do las custodia con llaves
Y cerrojos el respeto.

CORTESANO 2.°

Un abismo en mi memoria
Á tus palabras he abierto,
Y del temor que me inspiras
Las sepulté bajo el peso.

(Vánse los dos cortesanos.)

ESCENA III.

ZEYN Y MOBAREC.

MÚSICA.

ZEYN.

Romanza.

De sueños que el alma extasían
Quizá la divina creacion
Tan sólo en el centro del alma
Objeto adecuado logró.
En vano la busca mi oido
Del aire en el soplo fugaz,
Si blando el arroyo murmura,
Si gimen las olas del mar.
En vano mis ojos la espían
En trémulos rayos de luz,
Del bosque en la verde espesura,
Del cielo en la bóveda azul.
En balde mi mente la lleva
Al astro que apénas se ve,
Del mar infinito del éter
Perdido en el seno tal vez.
En balde memorias evoco
De tiempo pasado feliz,
Ó en áureas edades la finjo,
En siglos que están por venir.

HABLADO.

MOBAREC.

Ya que solos estamos,
Tu pensamiento, ¡oh príncipe! declara.
Díme si lo soñamos,
Ó si es real esa pasion tan rara,
Que así te lleva á despreciar la vida,
Buscando á tu fantástica querida
De la muerte en el seno.

ZEYN.

Á suicidarme estoy determinado.
¿Qué medio juzgas tú más acertado:
Puñal, cuerda ó veneno?

MOBAREC.

Vulgar é indecoroso
El medio de la cuerda me parece,
Y el del puñal bastante doloroso.
Lo que menor dificultad ofrece
Es un filtro, que blando sueño infunda,
Desde el cual, por un tránsito suave
La existencia se hunda
En la morada vaga é infinita,
Do todo sér ántes de ser habita,
Donde despues de ser todo sér cabe.
En tal morada, creo
Que uno mismo serás con tu deseo;
Con todo lo que admiras;
Con la bella mujer por quien suspiras.
Allí está confundido

Lo que será, lo que es y lo que ha sido.
Mas, yo, señor, prefiero
Ser Mobarec y ver la luz del dia
Á descender á esa mansion sombría.
Si alguna vez me muero
Será contra mi gusto.
No te mates, señor, vive en la tierra
Valeroso y robusto,
Y ese pesar del corazon destierra.
Considera, además, que, si te matas,
La Reina-madre ha de llorarte mucho.

ZEYN.

¡Con el cariño que la tengo lucho!

MOBAREC.

De un imposible amor tan sólo tratas,
Y ¿así olvidas los fáciles amores
Que te brinda un jardin de bellas flores?
Te persiguen viuditas y doncellas,
De montaraz y arisco te zahieren;
Todas, todas te quieren,
Y sobre todas la sin par Mantara;
Consuélate y olvídate con ellas
De tu beldad inasequible y rara.

ZEYN.

Esos amores fáciles desdeño.
Harto sé que Mantara tiene empeño
En rendir mi albedrío,
Pero de las coquetas no me fío.
Es vana y ambiciosa,

Y anhela ser mi esposa
Con el afan de compartir mi trono.

MOBAREC.

Decir puedo en su abono,
Que si anhela el poder, tambien te ama.

ZEYN.

Ambicion y no amor eso se llama.
No quiero amor mezclado, sino puro.

MOBAREC.

Pues, señor, yo te auguro
Que ese amor no hallarás en esta vida.

ZEYN.

De que ya debo darla por perdida,
Tú corroboras mi opinion, amigo.
Voy á ver á mi madre. Ven conmigo.
Á despedirme voy, cual si pensara
En hacer un larguísimo viaje.

MOBAREC.

(Aparte.) Ó el príncipe está loco,
Ó el príncipe es un bárbaro salvaje.

ZEYN.

¿Qué dices?

MOBAREC.

Nada digo: á Dios invoco
Y le ruego te quite la locura.

ZEYN.

Mi mal, ¡oh, Mobarec! no tiene cura.

MUTACION.

Jardin lleno de árboles y flores. La luz de la luna ilumina la escena. Una fuente y asientos. Sale por un lado MANTARA. BARABAR despues.

(En el mismo momento del mútis de Zeyn y Mobarec debe principiar la orquesta el preludio de la romanza siguiente:)

MÚSICA.

Romanza.

MANTARA.

Las mariposas
Aman las flores:
Todas las cosas
Tienen amores.
El sol á la tierra ama
Y en ella infunde su llama;
En el mar la luna brilla
Porque el mar es su amador.
Tan sólo la tortolilla
Está viuda y sin amor.

Enamorada
Siempre te miro:
Loca, extasiada
Por tí suspiro.

Como el alba á su lucero,
Como el imán al acero,
Te busca el alma sencilla
Y no halla en tí su amador.
Porque soy la tortolilla
Que está viuda y sin amor.

HABLADO.

En la soledad amena
De esta sombría enramada,
Amorosa y desdeñada,
Voy á desahogar mi pena.
Al negro alquimista espero
Que de remediar presume
Este mal que me consume,
Alcanzando lo que quiero.
Amo á Zeyn, mas tambien
Siento que agita mi pecho,
Si no el encono, el despecho
Que me causa su desden.
Que es necio ó no tiene ojos
Á veces se me figura,
Cuando al mirar mi hermosura
No siente amor sino enojos.
Morir, Mantara, debieras
Y no ser reina en el nombre,
Ó enamorar á este hombre
Para ser reina de veras.
Mas conseguirlo por arte
Mágica no me ilusiona.

(Miéntras va diciendo Mantara los anteriores últimos versos, entra el negro Barabar, vestido de mago oriental, de un modo fantástico y simbólico. Llega junto á Mantara, oye sus últimas palabras, y dice:)

BARABAR.

Él amará tu persona;
No debe el medio importarte.

MANTARA.

¿Qué es esto? ¿Estabas aquí?

BARABAR.

En este momento llego.
Ya, vencido de tu ruego,
Cuanto deseas cumplí.
Cuando, al contemplar el cielo,
Miré el instante propicio,
Y á Vénus en conjuncion
Con los astros de tu signo,
Estando yo por mi ciencia
De lo que importa provisto,
En alquitara de oro,
Do ya había hirviente vino,
Eché zumo de mil hierbas,
Dos sapos y un basilisco,
Y con diez onzas de sangre
Que extraje de un hombre vivo,
Picado como jigote
Puse el corazon de un mico.
En tan tremendo potaje
Hice conjuros y hechizos,
De un infernal sacramento

Cumpliendo blasfemos ritos.
La quinta esencia que al cabo
Logré sacar de aquel mixto,
Destilando en la alquitara
Su más volátil espíritu,
Encerrada en este pomo
En tus manos deposito.
Es un precioso elixir
De tan raro poderío,
Que sólo con pocas gotas
Que viertas en cualquier líquido,
Infundirás al que beba
Un amoroso delirio.
Así de Zeyn al punto
Podrás vencer el desvío.

MANTARA.

Ardientemente deseo
Que se rinda amante y fino
Á mis plantas, mas quisiera
Que obrase el dulce prodigio,
No este bodrio abominable,
No este diabólico filtro,
Sino la luz de mis ojos,
Mi talle y mi rostro lindo.

BARABAR.

Si Zeyn fuese, señora,
Como los demas nacidos,
Enamorado estaría
De tu celeste atractivo;
Quien te mira y no te adora

Tiene el corazon de risco.
Mas Zeyn, á lo que entiendo,
Entreveo y averiguo,
Ya inspeccionando las astros,
Ya consultando los libros,
Vive de Zacubulú
Bajo el influjo maligno,
Y este genio le ha criado
Desamorado y arisco.

MANTARA.

¿Y quién es Zacubulú?

BARABAR.

Es el genio favorito
De su padre: es el monarca
De los genios del abismo.

MANTARA.

Y el desamor de Zeyn
Sabes tú con qué designio
Zacubulú le dispone?

BARABAR.

Lo ignoro; mas sé de fijo
Que ha de vencer á su encanto
El encanto de mi filtro,
Cuyo poder es supremo
Al de tu beldad unido.

MANTARA.

Bien está: contra un encanto
Otro encanto me permito;

Contra magia de desdenes
Magia del amor aplico:
Mi orgullo está satisfecho
Y mi corazon tranquilo.
Guarda en premio de tu obra
El diamante de este anillo.

(Se le da.)

BARABAR.

Gracias y que goce el mundo
Tu presencia largos siglos.

(Váse Barabar.)

ESCENA V.

Coro de mujeres de la servidumbre de la Reina Budí. *Al són de laudes y otros instrumentos que ellas mismas tocan*, y precedidas de algunos eunucos negros ricamente vestidos y armados, entran cantando las mujeres en dos filas, y se colocan á ambos lados del foro. La Reina Budí entra la última y se reclina en un sitial que está en medio del teatro. A ambos lados del sitial permanecerán de pié dos jóvenes esclavas con abanicos de plumas. Mantara no ha de abandonar la escena. Música caprichosa. Flautines, panderetas, platillos, arpas, etc.

MÚSICA.

CORO.

Consuele tu pena
La noche serena
¡Oh reina Budí!
La fuente que suena
El aura y el ave
Á sueño suave
Convidan aquí.

(Las dos esclavas, que estarán á ambos lados del sitial, recitarán al són de la música lánguida y con cierta cadencia y énfasis las estrofas siguientes:)

ESCLAVA 1.ª

Bordado de estrellas y hermosos luceros
Espléndida luce su manto la noche;
Por claros senderos
Dirige la luna su fúlgido coche.
Derrama en las flores su luz argentina,
En lagos riela y en fuente sonora;
La alondra que trina
Anuncia que viene rayando la aurora.

CORO.

Consuele tu pena
La noche serena, etc.

ESCLAVA 2.ª

Los silfos se mecen en hilos de oro
Que luna y estrellas esparcen doquier:
Fragante tesoro
En cáliz de flores anhelan beber.
Nocturno reposo, silencio profundo
Tus párpados quieren ¡oh reina! cerrar:
Penetra en el mundo
Dichoso do el sueño te va á trasportar.

CORO.

Consuele tu pena
La noche serena, etc.

HABLADO.

BUDÍ.

No es fácil que halle consuelo
Mi negra melancolía.

MANTARA. (Adelantándose.)

¿Cómo has dejado tu estancia?
¿Qué enfermedad, qué desdicha
Te desvela?

BUDÍ.

No he podido
Dormir un punto tranquila.
Harta de mi doloroso
Insomnio, puse la vista,
Desde un balcon de mi estancia,
En la esfera cristalina.
Lo apacible de la noche,
El susurrar de las tibias
Auras y el blando murmullo
De las fuentes, me convidan
Entónces á descender
Á esta enramada florida.
Á mis esclavas despierto,
Con ellas bajo, y el dia
Aguardo aquí desvelada.

MANTARA.

Muy pronto su luz divina
Teñirá en púrpura el cielo.
Siento que el pesar te aflija.
Bien quisiera remediarlo
Áun á costa de mi vida.
Pero aquí viene tu hijo.

ESCENA VI.

DICHOS, ZEYN Y MOBAREC.

ZEYN.

Hablarte á solas quería,
Madre y señora. La reina
Mantara, que es tan amiga
Nuestra, y el fiel Mobarec
Oir podrán lo que te diga.
Pueden oirlo tambien
Tus dos siervas favoritas.
Dí á los demas que despejen.

BUDÍ.

Despejad.

(Vánse los de la servidumbre.)

Apercibida
Me tienes para escuchar
Cuanto referirme ansías.

ESCENA VII.

ZEYN, BUDÍ, MANTARA, MOBAREC y esclavas 1.ª y 2.ª

ZEYN.

Ya sabes, madre amada,
La causa principal de mi tormento.
Mi prodigalidad desatinada
Disipó en un momento
De mi padre el magnífico tesoro,
Y sin embargo necesito oro.
Me aflige la miseria
Y me duele la inopia;
Pero padezco enfermedad más séria
Y de reyes y príncipes más propia.
El perturbar la paz de mis Estados
No ha de ser obra mia.
Vivan en paz mis súbditos amados
En esta dilatada monarquía,
Aunque conozco que la paz, la calma,
Embota la razon y seca el alma.
Para mí quiero guerra,
Y cansado de idílicas dulzuras,
Pienso marcharme á recorrer la tierra
En busca de aventuras.
La bendicion te pido,
Pues á partir estoy tan decidido,
Que no bien luzca el sol en el Oriente,
De la corte saldré con gran secreto,
Sólo de Mobarec acompañado.

Tú, señora, te quedas de regente.
Aquí tienes mi anillo y el decreto
Por mi firma real autorizado.

(Le da el anillo y un pergamino.)

BUDÍ.

Aunque mucho me aflijo,
Tu plan no me sorprende, augusto hijo.
Tu padre, columbrando lo futuro,
Me lo anunció, años hace, por seguro;
Y me mandó te diera,
Cuando su vaticinio se cumpliera,
Y tú en efecto de cumplirle acabas,
Lo que van á traer estas esclavas.

(Budí, que ha permanecido sentada en el sitial, habla al oido á las dos esclavas que tiene al lado, las cuales salen al són de una música solemne y se van por el fondo. Momentos de pausa. La música sigue sonando miéntras vuelven las esclavas, y los versos que se recitan, todo el tiempo que la música dura, van al compás de ella.)

MANTARA.

Sin duda tu padre querido
Tus nobles impulsos previó,
Y yelmo de acero bruñido,
Y espada con puño de oro,
Y escudo brillante y sonoro,
Oh príncipe ilustre, guardó.

MOBAREC.

Previendo tu padre discreto
Tu anhelo feroz de gastar,
Cabalístico, extraño amuleto,

Que en perlas convierta el rocío
Y en oro las chinas del rio,
Sin duda te va á regalar.

BUDÍ.

Tu padre un tratado profundo
De higiene del alma escribió,
Que al desprecio del pícaro mundo
Y al retiro pacífico inclina:
Para tí, como gran medicina,
El tratado tal vez destinó.

(Aparecen de nuevo todas las esclavas. Las esclavas 1.ª y 2.ª vienen con pausa con un precioso cofre, que traen por las asas entre las dos.)

MÚSICA.

CORO.

¿Qué guarda en su seno
El cofre escondido?
¿Qué alfanje buido,
Qué yelmo será?
Quizas esté lleno
De hermosos joyeles.
Quizá cuanto anheles
El cofre tendrá.

BUDÍ.

La llave te entrego:

(Da la llave á Zeyn.)

Abrirle tú debes.

MOBAREC.

Que un chasco te lleves
Me temo, señor.

(Zeyn va á abrir el cofre y vacila y se turba.)

MANTARA.

Ten calma y sosiego.

ZEYN.

Del padre me asusta
La imágen adusta;
Me falta valor.

TODOS.

¿Qué guarda en su seno, etc.

(Zeyn abre por último el cofre y saca de él un azadon.

MOBAREC.

¡Regalo curioso!

BUDÍ.

¡Simbólica alhaja!

ZEYN.

Mi padre me ultraja.

MANTARA.

Te da un azadon.

TODOS.

Vivir afanoso
Y rudas faenas

Aumentan las penas
Con nueva afliccion.

BUDÍ.

¿Ningun documento
El cofre guardaba?

(Mete la mano en el cofre y saca un pergamino enrollado.)

ZEYN.

En el fondo estaba.
Tenías razon.
Mi padre su intento
Sin duda nos fia.

BUDÍ, MANTARA Y MOBAREC.

Saberlo querría.

ZEYN.

Prestad atencion. (Lee.)
¡Hijo! En virtud de mi saber fatídico,
He previsto que á poco de mi muerte,
Por tu carácter y tu adversa suerte,
En triste situacion te vas á ver.
No será la carencia de metálico
Lo que mayor pesar cause á tu alma,
Sino un afan que robará tu calma
Y te emponzoñará todo placer.
De tu padre velando está el espíritu
Por tu bien desde el cielo cristalino,
Y á abrirte va fantástico camino,

Por donde ha de llevarte el corazon
Ó á conseguir un porvenir magnífico
Ó á innoble muerte y criminal desdoro:
Cava, Zeyn, al pié del sicomoro
Grande con ese rústico azadon.

BUDÍ.

Oscuro está el escrito.

ZEIN.

No está sino muy claro.
Lo que mandó mi padre voy al punto á cumplir.
Aquí del sicomoro la verde pompa luce:
Cavemos y veamos qué oculta el porvenir.

(Zeyn se pone á cavar. Los golpes del azadon han de sonar como si diesen contra una piedra. Pocos instantes despues de estar Zeyn cavando, empezarán á brotar chispas luminosas á cada golpe. Las chispas irán aumentándose hasta que formen hermosos penachos de luz que corren con rapidez. Miéntras cava Zein, cantan en coro los presentes.)

TODOS.

Tus brazos robustos la azada impulsaron:
Un golpe tremendo hirió el pedernal:
Sus duras entrañas abiertas lanzaron
De vivas centellas fulgente raudal.

(Al terminar el canto se oye un trueno subterráneo y se abre la tierra donde cava Zeyn, saliendo por la abertura un resplandor que deslumbra.)

ZEIN.

Buen fin tuvo mi faena.
¡Qué prodigio! Madre, mira

Esta escalera que gira
En elegante espiral.
Sin duda al centro profundo
De riquísimas mansiones
Conducen sus escalones
De pórfido y de cristal.
Seguidme, y á ver lleguemos
Este palacio encantado.

TODOS.

¡Oh príncipe afortunado!
¡Oh palacio sin igual!

(Todos bajan por escotillon, dejando la escena vacía.)

(Cambio rápido de decoracion. Gran sala llena de inmensos tesoros: perlas y diamantes en vasos de cristal: monedas de oro á montones, armas riquísimas, etc. En el fondo del foro habrá nueve hornacinas: cuatro á cada lado y una mayor en el centro. Las hornacinas de los lados tendrán ídolos indios de extrañas cataduras, todos de oro, ornados de pedrería: el gran nicho del centro estará vacío y habrá por bajo una inscripcion en caractéres peregrinos, que se leerá á su tiempo. Salen Zeyn, Mantara, Budí, Mobarec y esclavas cantando.)

TODOS.

El Dios de la riqueza
Aquí sin dura mora,
Y próvido atesora
Cuanto hay que desear.
¡Qué lujo! ¡Qué belleza!
La luz en los diamantes
Refleja, y mil cambiantes
Produce sin cesar.

¡Qué fuente, qué venero,—con golpe soberano,
Movido por tu mano—ha abierto el azadon!,
De joyas y dinero,—que amontonó la ciencia;
De todo la opulencia—te ha dado posesion.

HABLADO.

ZEYN.

En efecto, mi buen padre
Noblemente me regala;
Perlas, diamantes y oro
Aquí tengo en abundancia.

MANTARA.

Con esto, señor, bien puedes,
Si es que el reposo te enfada,
Levantar inmenso ejército
Y conquistar toda el Asia.

MOBAREC.

Mejor es vivir en paz,
Entre músicas y danzas,
Títeres y simulacros,
Y hermosear á tu patria
Con monumentos soberbios,
Y alimentar una cáfila
De poetas, que en sus himnos
Hagan eterna tu fama.

BUDÍ.

Crear puedes una academia
De gente estudiosa y sábia,
Que el orígen de las cosas

Y el fin á que son creadas,
Y el cómo, el por qué y el cuándo
Diluciden con su charla.

ZEYN.

Todo eso y más he de hacer.
Estos tesoros me bastan
Para festines, palacios
Y hombres de letras y armas.
Mas inquieto el corazon
Me dice que algo me falta.

MANTARA.

¡Los ídolos son aquestos
De las deidades preclaras,
Que adoramos en la tierra
Que el Indo y el Gánges bañan!

MOBAREC.

¿Qué Dios de más campanillas,
De más fuste é importancia,
Tendrá este nicho en reserva
Para su imágen sagrada?

(Señalando el nicho del medio.)

MANTARA.

Puede ser para Vischnú,
Para Siva ó para Brahma.

ZEYN.

¿Qué me importa? Lo que importa
Es que una imágen me falta,
Y el tesoro está incompleto.

MANTARA.

Tal vez aquellas palabras,
Que en caractéres de oro
Bajo el nicho están grabadas,
Expliquen todo el enigma.

MOBAREC.

Léelas, señor.

ZEIN.

Leámoslas.

(Acercándose á la inscripcion y leyendo.)

«El ídolo que falta tiene más valor que todos los otros juntos. Si quieres poseerle debes atravesar muchos países, montañas y rios, pasar por horribles desiertos, y llegar, por último, á la península de Bacú. En la orilla izquierda del istmo, en soledad selvática, hallarás modo de penetrar hasta el alcázar submarino del rey de los genios, quien te dirá qué has de hacer para conseguir el ídolo que falta.»

MANTARA.

Ruda empresa te proponen.

BUDÍ.

¡Empresa disparatada!

MOBAREC.

Quédate sin ese ídolo:
Ya con los otros te basta.
¿Qué más hay que desear?

BUDÍ.

Estáte quieto en tu casa.

ESCLAVA 1.ª

Haz de tus fieles vasallos
La dicha.

ESCLAVA 2.ª

¡Zeyn, no te vayas!

ZEYN.

Fuera yo ruin y cobarde
Si el compromiso rehusara;
Hoy mismo quiero partir.

MANTARA.

Grandes peligros te aguardan;
Pero la gloria infinita
Será, si el ídolo alcanzas.
Aunque soy débil mujer,
Acompañarte me agrada.
Resisto bien las fatigas
Y sé manejar las armas.
Flecha que silbando arroja
Mi arco de búfalo y plata,
En lo más alto del aire
Hiere de muerte las águilas.
Al potro indómito, al fiero
Onagro mi diestra amansa:
Del elefante y del grifo
No temo oprimir la espalda.
Llévame, señor; permite

Que mi amistad acendrada
Tome parte en tus trabajos
Y presencie tus hazañas.

ZEYN.

Alto honor, reina, sería
El que tú me acompañaras;
Pero no debo exponerte.
Durante mi ausencia larga
Consolarás á mi madre.

BUDÍ.

¿Quién entónces te acompaña?

ZEYN.

Mobarec vendrá conmigo.
Mobarec, pronto prepara
Los dos mejores caballos.
Apénas se muestre el alba
En los balcones de Oriente,
Empezará nuestra marcha.

MANTARA. (Aparte.)

Yo he de seguirte, Zeyn,
Por donde quiera que vayas.
Te buscaré aunque te hundas
De la tierra en las entrañas.

MÚSICA.

BUDÍ.

¿Estás decidido?
¿No escuchas mi ruego?

ZEYN.

Ni paz ni sosiego
Si quedo tendré.

MOBAREC.

Estoy elegido.
Venzamos el susto.

ZEYN.

Viajar es mi gusto;
Mil tierras veré.

MANTARA.

¡Se va y no me lleva!
¡Ingrato adorado!

BUDÍ.

Tú vas, hijo amado,
La vida á exponer.

TODOS.

Magnífica prueba
Darás de tu gloria.
Tu nombre en la historia
Eterno ha de ser.

ACTO SEGUNDO.

Espacio despejado en medio de una selva vírgen, sombría y espesísima. *Barabar* y *Mantara* detras de mucha maleza, plantas parásitas y gigantescas y tupidas enredaderas, por donde vienen abriendo camino con las anchas y cortantes espadas.

ESCENA PRIMERA.

MÚSICA.

MANTARA Y BARABAR.

(A duo.)

Han de abrir las espadas camino
Hasta el centro del bosque llegar:
El misterio que oculta en su centro
Nuestros ojos al cabo verán.
Asombrados despiertan los ecos
Que tal vez no escucharon jamás
Ni los golpes del hierro ni el paso
Ni la voz de persona mortal.
Ya los pájaros huyen al vernos;
Ya silbando las sierpes se van.
¿Qué hallaremos al fin en el bosque?
¿En su centro escondido qué habrá?

(Rompiendo los ramos y enredaderas parásitas, más cercanas al proscenio, Mantara y Barabar aparecen del todo. Mantara vestida muy bizarramente con traje guerrero y varonil. Barabar siempre con traje de mago, pero ménos rozagante y talar y más propio de camino que en el primer acto.)

HABLADO.

BARABAR.

Aquí formando un claro ,
Ya rota la espesura,
¡Cuánto cambia de aspecto
Esta selva profunda!
Lo ménos veinte horas
De fatigosa lucha
Con jaras, con espinos
Y montes de verdura,
Gastamos en abrirnos
Camino.

MANTARA.

Pero triunfa
Al cabo mi constancia.
Llegamos ya sin duda,
Donde vive Casyapa
En penitencia dura.

BARABAR.

Pues ni choza ni albergue
Ni hombre ó mujer columbran
Mis ojos, aunque tengo
La vista muy aguda.

MANTARA.

Aún estará distante:
Quizas en una gruta
Vivirá el penitente,
Porque ya sendas muchas
Se ven, y la presencia
Del sér humano anuncian
Flores que da el cultivo,
Mil árboles de fruta
Plantados en buen órden,
Y la huella fecunda
Con que el arado corvo
La faz del suelo surca.

BARABAR.

Es cierto, y sin embargo
Ni hombres veo ni yuntas.
¿No habrá quien compasivo
A nosotros acuda
Con comida caliente
Y morada segura?
Van ya para dos años
Que me llevas en busca
De Zeyn, sin que logres
Saber dónde se oculta.
Buscarle en las ciudades
En nada me perturba:
Mas buscarle en las selvas
Me cansa y atribula.

MANTARA.

Ten paciencia y aguarda.

BARABAR.

Ya veo que una turba
De penitentes llega.

MANTARA.

Pasmados nos circundan.

(Los penitentes salen de improviso por ambos lados. Miran con asombro y rodean á los viajeros. Mobarec saldrá tambien vestido de penitente.)

ESCENA II.

DICHOS, MOBAREC Y PENITENTES.

CANTADO.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldicion de Casyapa recelad!

MANTARA.

¡Penitentes varones!
¡No mostreis contra mí tanto furor!
Quiero mis devociones
Hacer entre vosotros con fervor;
Piadosa peregrina

Al inmortal Casyapa quiero ver.
Por su santa doctrina
Quiero la paz del alma merecer.

BARABAR.

Yo, que sigo á mi dueño,
Responsable no soy de estar aquí.
No forme, pues, empeño
El buen Casyapa en maldecirme á mí.

PENITENTES.

¡Profanos! ¿Por qué senda
Llegásteis á la sacra soledad?
¡Profanos! ¡La tremenda
Maldicion de Casyapa recelad!

HABLADO.

MOBAREC.

¡Hermanos! Estos viajeros
Me parecen gente buena.
Sin duda se extraviaron
En la espesísima selva,
Y abriendo con sus espadas
Camino por entre breñas,
Han llegado hasta nosotros
Sin intenciones aviesas.
Yo los conozco hace tiempo,
Y hablar á solas quisiera
Con ellos.

UN PENITENTE.

Si los conoces
Habla lo que te convenga;
Pero cuida no se escapen
Sin cumplir la penitencia
Por quebrantar la clausura.

BARABAR.

¿Y qué penitencia es esa?

PENITENTE.

Para esta dama, que es blanca,
Alimentarse con hierbas
Un mes: para ti, que tienes
Crespo el pelo y la piel negra,
Igual ayuno y por postres
De azotes quince docenas.

BARABAR.

Eso no es equitativo.
Eso es barbarie proterva!

PENITENTE.

¿Cómo así? Por dama y blanca
La ley es dulce con ella;
Mas contigo, que eres negro,
No puede haber indulgencia.
Casyapa además es fino
Con las señoras, y á ésta
Tal vez la excuse de ayuno
Y del pecado la absuelva:

Pero tus azotes dudo
Que se queden en promesa.

BARABAR.

Pues me fugo.

PENITENTE.

No te irás;
¡Asidle, tomadle á cuestas!

(Agarran á Barabar varios penitentes, y se le quieren llevar.)

MANTARA.

(Espada en mano y tratando de impedirlo.)

Negro ó blanco, á mi criado
No ha de hacer nadie violencia.
Idos en paz y dejadle.
De Casyapa á la presencia
Iré pronto y ya veremos
Cómo las cosas se arreglan
Sin que él lleve los azotes
Y sin que yo sufra dieta.

(Se van los penitentes por un lado y por otro se esconde Barabar.)

ESCENA III.

MOBAREC Y MANTARA.

MANTARA.

(A Mobarec.)

¿Qué tienes tú que decirme?

MOBAREC.

¿No me conoces, oh reina?
¿Tan mudado estoy? ¿Tan flaco
Me tiene la penitencia?

(Mobarec se baja el capuchon y Mantara le reconoce.)

MANTARA.

¡Oh dicha! ¿Eres tú? ¿Y tu amo?

MOBAREC.

Aquí vive.

MANTARA.

Verle anhela
Mi corazon. Llévame
Donde está.

MOBAREC.

Señora, espera.
Ahora está Zeyn encerrado
En impenetrable celda
Con Casyapa y no es posible
Ir á decirle que venga.
Tratando está de un asunto
Que es de gravedad inmensa.
De él depende que consiga
Ó no la estatua novena.

MANTARA.

¿Cómo es eso?

MOBAREC.

Escucha el caso.

MANTARA.

Habla, que te escucho atenta.

(Mantara y Mobarec se sientan en un peñasco.)

MOBAREC.

No he de pecar de prolijo:
Permite que no refiera
De mis peregrinaciones
La extraña y larga novela.
Bástete saber que fuimos,
Para empezar nuestra empresa,
A ver á Zacubulú,
Que en los genios de la tierra
Como absoluto monarca
Hace mucho tiempo reina.
En el submarino alcázar
Zeyn entró sin resistencia,
Dejándome detenido
Por los guardias á la puerta.
Supe despues por Zeyn
Que en aquella conferencia
Le impuso Zacubulú
La más difícil tarea.
Buscar debía Zeyn
Por el mundo á una doncella,
Inocente sin ser tonta,
Y cándida sin ser necia;
Cuyo corazon el gérmen

Del amor, cuya cabeza
Del más supremo deleite
Y de lo bello la idea
Tuviese, sin que jamás
Su mente empañado hubiera
Un pensamiento enemigo
De la virginal pureza.
A fin de no equivocarse,
Zacubulú dió, cual piedra
De toque y cual fiel contraste
Para estimar inocencias,
Un espejito á Zeyn,
En el cual, si á verse llega
La mujer que peca en obras
Ó que en pensamientos peca,
La bruñida superficie
Se cubre de manchas negras;
Porque el espejo tan sólo
Inmaculada refleja
La imágen de una mujer,
Si es inmaculada ella.
Con este espejo hemos ido
Por ciudades, por aldeas,
Por montañas y por valles,
Por campiñas y por selvas,
Y hemos visto lindas mozas,
Ya pastoras, ya princesas;
Pero todas han salido
Malamente de la prueba,
Embadurnando el espejo
Con hollin de chimeneas.

MANTARA.

Ni pudo ser de otro modo.
¿Quién comprende y no desea?
¿Quién de amor y de hermosura
Sabe y gozarlos no anhela?
Mujer inocente y lista
No cabe en naturaleza.

MOBAREC.

Ha cabido, sin embargo.

MANTARA.

¿Te burlas?

MOBAREC.

Hablo de véras.
Ya Zeyn desesperaba
De hallar cándida y discreta
A la vez mujer alguna,
Cuando le dieron la nueva
De que el ilustre Casyapa,
Dechado de penitencia,
Cuya santidad al seno
Del mismo Brahma le eleva,
Tiene una hija admirable
Por su talento y belleza.
De Sita, que así se llama,
Dice la fama parlera
Que, educada por su padre
Entre venerables dueñas,
Sin amar sabe de amores,

Une el candor á la ciencia;
Y el concepto de lo hermoso,
Que hasta su mente penetra,
Ni el bajo apetito aguza
Ni los sentidos subleva.
A pescar hemos venido
Tan rara y preciosa perla,
A este asilo penitente
Que se esconde entre malezas.
Ya Zeyn habló con Sita,
Ya puso delante de ella
El espejo pavoroso,
Cuya faz pulida y tersa,
Resplandeciendo más clara,
Su noble imágen ostenta.
Consiguióse el primer triunfo;
Pero lo más arduo queda.

MANTARA.

¿Qué es lo más arduo?

MOBAREC.

Del padre
Impetrada la licencia,
Llevar á Sita, do el Genio
Como á su esposa la espera.
Zeyn ha de llevarla solo,
Sin amparo ni defensa
De dueñas y de escuderos,
Y ha de hacer luégo la entrega
Sin el menor menoscabo
En su virtud y entereza.

MANTARA.

Eso es atroz. ¿Quién ha visto
Que el lobo guarde la oveja
Y el milano la paloma?

MOBAREC.

Pues ello ha de ser, so pena
De no conseguir jamás
Lo que el tesoro completa,
Y de padecer del Genio
Una venganza tremenda.

MANTARA.

Y Zeyn ¿dónde está ahora?

MOBAREC.

¿No te he dicho que en la celda?

MANTARA.

¿Podré verle?

MOBAREC.

En breve tiempo
Es probable que aquí venga.

(Se oyen voces confusas entre bastidores, al parecer muy léjos.)

BARABAR.

(Desde dentro.)

¡Socorro!

VOCES.

¡Calla, profano!

BARABAR.

¡Socorro, que me desuellan!

MANTARA.

¿Qué es esto? ¡Viven los cielos!

MOBAREC.

A Barabar...

MANTARA.

¡Qué insolencia!

MOBAREC.

Ya le azotan.

MANTARA.

Pues muy cara
De los azotes la cuenta
Les va á salir.

(Saca la espada y echa á correr del lado de las voces.)

BARABAR.

¡Compasion!

MOBAREC.

(Corriendo detras de Mantara.)

¡Señora! Calma, prudencia...

(Asiendo á Mantara y tratando de detenerla.)

¡Deja que se cumpla el rito!
Tal vez al negro convenga...

MANTARA.

¡Suéltame!

MOBAREC.

Ve lo que haces.

(Pugna Mobarec por detener á Mantara; pero ella forcejea y se desprende al fin, dejando entre sus manos un cordon del cual va pendiente el objeto que en los versos se expresará.)

MANTARA.

¡Traidor!

MOBAREC.

¿Yo?

MANTARA.

No me detengas.

MOBAREC.

Corriendo va desalada...
Imposible detenerla.
Pero de un cordon pendiente
¿Qué es esto que aquí me deja?
(Examinándolo.)
¡Diantre! Es un frasco muy lindo.
(Volviendo á mirar por donde se fué Mantara.)
Ya nuestra heroina llega
Donde están los penitentes,
Que cogieron por sorpresa

Al negro, cuyas espaldas
Están poniendo más negras.
Ya huyendo van de su furia
Tan determinada al verla.
A Barabar dejan libre.
Mantara á toda carrera
Los sigue.

(Destapa el frasco y huele.)

¡Exquisito aroma!

(Vuelve á mirar.)

Ya ha desistido la reina
De seguir á los que huyen,
Y hácia aquí vuelve contenta,
Y despacio.

(Huele de nuevo el frasco.)

¡Qué fragancia!
¡Vino generoso encierra!
Entre aquestos abstinentes
Y sóbrios anacoretas
Hace ya doce semanas
Que mis labios no le prueban.
¿Por qué no he de echar un trago?

(Bebe.)

¡Qué bien sabe! Jugo, esencia
De mil celestiales flores
Parece el sabroso néctar.
¡Otro traguito!...

(Vuelve á beber.)

¡Ay qué rico!

(Entra Mantara con Barabar, quien muy mohino y contrito se queda en un rincon.)

MANTARA.

¿Qué hiciste? ¡Fortuna adversa!
Un elixir has bebido
Que al tormento te condena
De amarme sin ser amado.

MOBAREC.

¿Qué dices? Hermosa reina,
No es el mágico licor,
Son tus inauditas prendas
Las que me tienen transido
De amor. ¿Por qué me desdeñas?
¡Yo te adoro!

MANTARA.

Yo á Zeyn
He dado ya mi existencia.

MOBAREC.

Pero Zeyn no te quiere.

MANTARA.

Déjalo que no me quiera.
Me querrá.

MOBAREC.

No te querrá.
Yo haré que el vino no beba.
En mil pedazos tu frasco
Romperé contra las peñas.
(Mobarec tira el frasco con fuerza.)

MANTARA.

¡Qué hiciste! Malvado!
El frasco has quebrado.
La tierra ha tragado
El rico elixir.

MOBAREC.

Así le rompiera
Antes que bebiera,
Sin que enamorado
Me vieses gemir.

MANTARA.

Amores no quiero.
¡Tu muerte prefiero!
(Saca la espada y va á matarle.)

MOBAREC.

¡Suspende el acero!

MANTARA.

¡Te voy á matar!

MOBAREC.

Me matan tus ojos
Con rayo de enojos.
De amores me muero!
¡Morir es amar!

MANTARA.

¡Es mucha tu grosería!
¡Necio! ¿tan sólo consiste
En el filtro que bebiste
El que te prendes de mí?

MOBAREC.

No: te adora el alma mia
Por tu beldad y tu gracia.
El filtro dió sólo audacia
Para decírtelo aquí.

MANTARA.

Ya que le has bebido—Ya que la has tenido,
Por rudo y grosero—Te voy á matar.

MOBAREC.

Me matan tus ojos—Con rayo de enojos.
En sangre tu acero—No debes manchar.

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

HABLADO.

ZEYN.

¿Qué haces, reina Mantara?
¿Por qué matar á Mobarec pretendes?

MANTARA.

Su amor este bellaco me declara.

ZEYN.

Si por eso te ofendes
Mal haces, que no es falta de respeto
Adorar de rodillas á un sujeto
Por excelso que sea.
¿Qué mujer, siendo jóven y no fea,
Librarse puede de inspirar pasiones?
¿Y qué galan, con ella y sin testigo,
En palabras no muestra y en acciones
Lo que mayor castigo
No merece que duros sofiones?
Gozando Mobarec de mi privanza
No es además tan mísera persona
Que concebir no pueda la esperanza
De enamorar á quien ciñó corona.

MANTARA.

¡Cielos, lanzad sobre mi frente un rayo!
Así paga el cruel mi rendimiento.
Tal vez piensa que basta á mi contento
Recibir por marido á su lacayo.
Pero disimular ora conviene.
Mobarec, no te amo;
Tu amor, no obstante, á agradecer me inclino;
Ya mi perdon tu desvergüenza tiene;
Que intercede por ti tu augusto amo,
Y complacerle en todo es mi destino.

(Al paño.)

Nada á Zeyn del elixir declares,
Cuyo misterio reveló mi labio
Movido por la ira.

MOBAREC.

Callaré: mas alivia mis pesares.
De tu pasion por él venga el agravio,
Amando al fin á quien por ti suspira.

ZEYN. (A Mantara.)

Ora, bella Mantara, al contemplarte
Mi gratitud no acierto á ponderarte.
Ha sido gran proeza
Atravesar del bosque la maleza,
Llena de tigres, monos y serpientes,
Y llegar donde están los penitentes.
Ya que hasta aquí has llegado,
Vas á ver la gran fiesta de la diosa
Nari, que hoy se celebra en aquel prado,
(Señalando al lado derecho fuera de la escena.)
Con procesion y danza estrepitosa
De faquires y lindas devadasis.
Tambien verás á la divina Sita,
Pronta á dejar el paternal oasis
Para acudir al Genio que la invita
Señora á ser del subterráneo mundo.

MANTARA.

Con respeto profundo
Las santas ceremonias ver espero.

MOBAREC.

Ya se escuchan las flautas y el pandero :
Ya llegan los santísimos varones
Bailando y entonando sus canciones.

(Mobarec, Zeyn y Mantara se van por el lado derecho del proscenio. Mutacion de escena.—Lugar más ancho en una gran pradera. Vuelven á entrar Mobarec , Zeyn y Mantara, por el lado izquierdo. Entran despues por el opuesto muchos faquires; unos cantan, otros bailan con extrañas contorsiones, otros tocan panderos, flautas, caracoles, bocinas y retorcidas trompas, otros encantan y fascinan serpientes enormes que se enroscan al cuerpo, y otros fingen herirse con puñales y alfanjes.)

MÚSICA.

CORO DE FAQUIRES.

Beso amoroso
Nara te dió
Y el universo
Luégo nació.
¡Oh Nari bella!
Vírgen de amor,
Tú eres la madre
De la creacion.

(Entra un coro de vírgenes devadasis con amplias , largas y cándidas estolas. Traen muchas flores en tirsos, corimbos , canastillos y guirnaldas.)

DEVADASIS.

Dieron tus labios
Al campo olor
Y luz tus ojos
Dieron al sol.

¡Oh Nari, oh Diosa!
Vírgen de amor,
Tú eres la madre
De la creacion.

(Aparecen en larga fila los penitentes. En pos vienen más devadasis con dos aras portátiles. En la una va ardiendo el fuego sagrado: en la otra mana agua como de una fuente y cae en una taza.)

PENITENTES.

Nari es frescura,—Luz y calor.
De Nari el fuego—Y el agua son.
¡Oh, Nari bella,—Vírgen de amor,
Tú eres la madre—De la creacion!

(Entra por último nuevo coro de devadasis con palmas y ramos de laurel y de mirto. Algunas traen antorchas, otras turíbulos, con los cuales echan humo de incienso á la diosa Nari, cuya estatua llevan en andas. La bella *Sita* se mostrará en la procesion al frente de la estatua de la diosa. *Sita* estará vestida de blanco con suma sencillez patriarcal. La falda, abierta por los lados para que deje libre y descubierta la pierna, y el cuerpo mismo más defendido por la inocencia del alma que por la vestidura. Casi es inútil advertir que la actriz que represente á *Sita* ha de aparecer lo más bonita, jóven y candorosa que ella pueda y sepa.)

SITA.

Una emocion dulcísima
Incítame á querer
La pompa y la hermosura
Que miro por doquier.
Amo la aurora fúlgida,
La delicada flor,

De estrellas, sol y luna
El vivo resplandor.
Mas tú, Nari, creaste
Cuanta hermosura vi:
Los suspiros del alma
Deben posarse en ti.

CORO Y SITA.

¡Oh Nari! ¡Oh Diosa!
Vírgen de amor,
Tú eres la madre
De la creacion.

(Miéntras cantan Sita y el coro, las devadasis ofrecerán las flores y los ramos y palmas á la imágen, harán genuflexiones y reverencias, agitarán los turíbulos y echarán incienso. Podrán introducirse, á par de estas devadasis de largas ropas, cuya danza será reposada y solemne, algunas bayaderas con trajes cortos que bailen con animacion más profana. Durante el baile habrán llegado tambien varios brahmines con túnicas amplias y rozagantes. Entre ellos, como jefe, el sabio Casyapa, de luenga y blanca barba y con vara de marfil en la mano. Cesa la música.)

CASYAPA.

Sabed ¡oh muy amados!
Que acerca del destino de mi Sita
Los oráculos tengo consultados;
Y la diosa me excita
A que Zeyn la lleve á la morada
Donde, por sus virtudes celestiales,
A ser está llamada
Emperatriz de genios inmortales.
Y aunque el jóven Zeyn, que se la lleva,

Con ella está sujeto
A una terrible prueba,
Yo, que saldrán airosos me prometo.
Por el favor divino todo es llano,
Y á fin de que se alcance
Este favor divino,
Daré á Zeyn, con arte sobrehumano,
La virtud que le libre de un percance
Miéntras vaya con Sita de camino.

(Vuelven la música y el baile. Una de las principales devadasis se llega al ara en que está el agua: llena un vaso en la fuente. y va luégo á Zeyn: hace tres círculos y otras tantas genuflexiones en torno de él, llevando el vaso levantado y vertiendo agua sobre su cabeza. Canta.)

DEVADASI 1.ª

Que en virtud del agua clara
Lave Nari y limpie Nara
De todo anhelo violento
Tu vehemente corazon.

CORO.

Que le llene el sentimiento
De una pura devocion.

(Otra devadasi principal va al ara donde está el fuego sagrado: enciende en él una antorcha; hacè las tres genuflexiones y círculos en torno de Zeyn, y pasándole en seguida el fuego cerca de los labios, como si se los quemase, canta:)

DEVADASI 2.ª

Que purifique tu boca
Este fuego que la toca

Para que nunca profiera
Amante declaracion.

CORO.

Que mejor la muerte quiera
Que tan gran profanacion.

(Casyapa se acerca á Zeyn. Hace los círculos y genuflexiones con gran prosopopeya. Moja el extremo de la varita que lleva en la diestra en un tarro de pomada que lleva en la siniestra, unta á Zeyn los párpados y canta.)

Que este sacro linimento
Impida que en tu mirada
Destelle la llamarada
De una terrena pasion.

CORO.

Muestre sólo el sentimiento
De la pura devocion.

(Se adelanta Sita por último. Hace tambien sus tres círculos y genuflexiones, y ciñendo á la cintura de Zeyn un misterioso cíngulo, canta.)

SITA.

Que pureza columbina,
Y toda virtud celeste,
Ceñido al talle, te preste
El bendito cinturon.

ZEYN.

La ceremonia divina
Da fuerza á mi corazon.
La inocencia y la hermosura

Que en tu seno veo lucir,
Sólo amistosa ternura
Deben al alma infundir.

CORO.

El rito augusto
Ya se cumplió,
Y al noble príncipe
Santificó.

(Termina la ceremonia.)

HABLADO.

ZEYN.

Con tan altas virtudes pertrechado,
Ya me siento mayor.
Fácil juzgo la empresa que he empezado.

MANTARA.

¡Admiro tu valor!

ZEYN.

(A Mobarec.)

Tú á Bactra irás con la simpar Mantara;
Yo á Sita llevaré,
Segun lo exige el Genio y lo declara,
Solos ambos y á pié.
Toma, Sita, el espejo que tu pura
Cándida imágen copia:
Mírate en él y cuida su hermosura
Que es de tu alma propia.

(Da á Sita el espejo.)

SITA.

Para seguirte estoy apercibida.
Señor, en tí confío.
Al destino sométese mi vida;
Al cielo mi albedrío.

CASYAPA.

Mis bendiciones recibid ahora.
(Extiende las manos sobre ambos peregrinos.)

ZEYN.

Gracias, santo varon.

MANTARA.

(Acercándose.)

¡Oh Casyapa!

CASYAPA.

¿Qué quiere esta señora?

MANTARA.

Tambien tu bendicion.
(Se la da imponiendo sus manos.)

MANTARA.

Con Mobarec y Barabar me voy.
Adios, noble Zein.
Arduo es tu empeño, y temerosa estoy
De que tenga mal fin.

(Sita y Zeyn se van por un lado, y Mobarec, Mantara y Barabar por otro.)

MÚSICA.

CORO.

¡Oh, Nari! ¡Oh, diosa!
Vírgen de amor,
Tú eres la madre
De la creacion.

ACTO TERCERO.

Bosque amenísimo. Es la hora del medio dia; pero apénas penetran los rayos del sol por entre la frondosa enramada. Cantan los pájaros, suenan fuentes, cascadas y arroyuelos. Se oye música suave y amorosa. *Sita* duerme sobre un lecho de césped florido. *Zeyn* vela contemplándola. Se oyen voces de séres invisibles.

ESCENA PRIMERA.

ZEYN, SITA y voces de séres invisibles.

CORO.

Céfiro y flores
Hablan de amores.
El agua suena
Y dice: amad
En esta amena
Esquividad.

VOZ Á LA DERECHA.

Los pájaros cantan con dulce gorjeo;
Perfuma el ambiente la flor;
La bóveda espesa de fresca verdura
Mitiga la lumbre del sol.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

Murmura la fuente durmiendo la niña:
¿Qué sabe la niña de amor,
Si hiere á mansalva su púdico seno,
Si toca en el alma su voz?

VOZ Á LA DERECHA.

Ya brota en el alma la célica llama,
Esencia ignorada del Dios;
Y el Dios, cual la aurora despierta las aves,
Despierta sencilla pasion.

VOZ Á LA IZQUIERDA.

¡Ah, Sita! Tú duermes y forjas ahora
Soñada, divina ilusion:
Despierta, despierta, que el mundo te ofrece
Delicias, ventura mayor.

ZEYN.

Invisibles cantores,
Bien conoceis vosotros mi deseo.
Sita me inspira amores.
Imposible ya creo
Cumplir lo prometido.

Mi corazon la ama.
Si ella siente por mí la misma llama,
El lance está perdido:
Más prefiero perder y ser amado
Á ganar desdeñado.
Cuán linda estás en tu tranquilo sueño,
¡Dulce bien, luz de amor, hermoso dueño!

La beldad que soñé
Al cabo miro en ti.
Tú eres la que yo amé
Con ciego frenesí.
Antes de verte
Yo te adoraba:
Por ti en la muerte
Sólo pensaba.

Ora que te veo,
Sita celestial,
De amante deseo
Objeto real,
Despierta, despierta:
Mi tierna pasion
Hoy llama á la puerta
De tu corazon.

HABLADO.

SITA. (Despertando.)

¿Me llamabas, amigo?

ZEYN.

No, Sita..

SITA.

Pues soñé que me llamabas.

ZEYN.

En el repuesto abrigo
De esta verde floresta
Reposo al cuerpo fatigado dabas
En las ardientes horas de la siesta;
Y yo en silencio tu dormir veía,
Que las aguas y el viento susurrando
Y las aves cantando
Arrullaban con mansa melodía.

SITA. (Con tristeza.)

El despertar me roba de la mente
Multitud de quimeras.

ZEYN.

¿Tan mala es la realidad presente
Que tú soñar prefieras?

SITA.

¡Ah! no, Zeyn. Ya sabes que me agrada
Peregrinar, vivir bajo tu amparo:
Mas pronto del preclaro
Zacubulú veremos la morada...

ZEYN.

Y tú reina de genios inmortales
Serás, y yo, infelice,
He de dejar de verte... (Pausa.)
Pues vengan sobre mí todos los males.
La promesa que hice
No he de cumplir aunque me den la muerte.

SITA.

¿Qué está diciendo? ¡Cielos!

ZEYN.

Digo que yo me imaginé más fuerte,
De corazon más frio:
El amor y los celos
Los tiranos son ya del pecho mio.

SITA.

Tal vez un númen que tu mal desea,
Para hacerte caer en el pecado,
El sentimiento te infundió y la idea
Que tu labio ha expresado:
Flaqueza fugitiva
Que vencerá tu voluntad altiva.

ZEYN.

No fugitivo sino eterno fuego
Mi corazon devora;
No hay más númen que turbe mi sosiego
Que la beldad de Sita encantadora.

SITA.

Considera que al Genio soberano
Que en tu lealtad confía
Faltando estás. ¿No temes de su mano
Una venganza impía?

ZEYN.

Yo sólo temo ya que me desdeñes
Y que no diga un sí tu fresca boca.

SITA.

Desvelado no sueñes
Con la esperanza loca
De ser rival y vencedor del númen.

ZEYN.

Ya lo entiendo. A un mortal tú le prefieres.
¡Ay de los que presumen
Capaz el corazon de las mujeres
De amar como nosotros las amamos!

SITA.

Engáñaste, Zeyn. De nuestra vida
La esencia es el amor, y por él damos
Todo el bien á que el mundo nos convida
O que fuera del mundo imaginamos.

ZEYN.

Pues entónces será que no te inspiro
Ese amor... ¿No es verdad?

SITA.

Fingir no puedo
Ya, ni disimular... por tí suspiro...
Te amo: mas por ti mismo tengo miedo.

ZEYN.

Ya ni á los dioses en audacia cedo.
Vencidos tus desdenes,
Confesando tu boca purpurina
El amor que me tienes,
Mi humana condicion haces divina.

MÚSICA.

ZEYN.

Deja que admire extático
Tu cándida hermosura.
Jamás mayor ventura
Los dioses pueden dar

SITA.

Irresistible, enérgico
Brotó en el pecho mio
Amor que en vano ansío.
Y lucho por callar.

LOS DOS.

Pronuncie el labio trémulo
De nuevo el sí anhelado,
Y luégo al Genio airado
Sabré desafiar.

(Zeyn cae de rodillas á los piés de Sita, le toma las manos y se las besa. Un instante despues se levanta y la estrecha entre sus brazos fervorosamente. En el momento se oscurece el aire como en la más profunda noche. Relámpagos deslumbradores. La selva parece que arde por todos cuatro costados. Truenos prolongadísimos y horribles.)

SITA.

Como Damayanti
Al príncipe Nal,
Zeyn, yo te amo
Del Genio á pesar.
Como Damayanti
Sabrá desdeñar
A los dioses, Sita,
Y á ti te amará.
Si el Genio con rayos
Me viene á matar,
Morir en tus brazos
Mi gloria será!

ZEYN.

No temo del Genio
La rabia infernal:
Con cielos y abismos
Me atrevo á luchar.

SITA.

Te amo.

ZEYN.

Te adoro.
Valor sin igual

Me prestas: de todo
Me siento capaz.

LOS DOS.

Como Damayanti
Y el príncipe Nal,
Mi alma y la tuya
Amándose están.
Si el Genio con rayos
Me viene á matar,
Morir en tus brazos
Mi gloria será.

(Se oye un ruido temeroso de armas. Aparecen de repente extraños y fantásticos bandidos, que se precipitan furiosos sobre Zeyn y su amada. Zeyn desnuda el acero y riñe valerosamente contra todos defendiendo á Sita que guarda á sus espaldas. Durante el combate sigue la tempestad. Por último, cae herido Zeyn. Los bandidos se apoderan entónces de Sita y se la llevan con rapidez.)

ESCENA II.

Largo momento de calma y silencio. ZEYN solo y postrado en tierra.

ZEYN.

¡Genio desapiadado!
Pues me robas mi bien, morir anhelo.
Herido y afrentado
Y sin ella la muerte es mi consuelo.

(Dichas estas palabras, cae Zeyn como en un letargo. Se abre la tierra y baja por escotillon.)

ESCENA III.

La misma decoracion de la sala del Tesoro en el acto segundo, salvo que el nicho grande, que ántes estaba descubierto, está cubierto ahora con un velo muy tupido. Entran la Reina Budí, sus dos esclavas favoritas, Mobarec, Barabar y Mantara.

HABLADO.

BUDÍ.

Os he traido á este sitio
Porque sé que en breve rato
A Zeyn Zacubulú
Hará llegar á mis brazos.
Segun el Genio me dice,
En sus últimos despachos,
No salió Zeyn airoso
Del empeño que contrajo;
Pero el Genio le perdona,
Que al fin es de genio blando,
Y con la novena estatua
Se allana á hacerle un regalo.
Ya debe de estar oculta
Detras de ese velo mágico,
Que tan sólo de mi hijo
Puede descorrer la mano.

MANTARA. (A Mobarec.)

Comprendo que en su propósito
Zeyn quedase burlado.
La continua convivencia

Y el constante íntimo trato,
Que facilita y promueve
Entre dos un viaje largo,
A las más firmes y austeras...

MOBAREC.

¿Te arrepientes?

MANTARA.

Nada gano
Con arrepentirme ya;
Pero pensaré despacio,
Si mi frustrada ambicion
Y si mi afecto burlado,
A falta de un rey, consuelo
Hallarán en un vasallo.

(Se oye un ruido subterráneo. Simultáneamente se estremecen los muros de la estancia, vacilan las estatuas en sus pedestales y parece que todo se va á hundir como en un gran terremoto.)

BARABAR.

¡Dioses, piedad! Nos hundimos.

MANTARA.

¡Qué horror!

BUDÍ.

¡Qué asombro!

MOBAREC.

¡Qué pasmo!

(Zeyn aparece filtrándose á traves del muro. Todo vuelve á la serenidad y al reposo.)

ESCENA IV.

DICHOS Y ZEYN.

MANTARA.

Aquí está Zeyn.

MOBAREC.

¡Señor!

BUDÍ.

¡Hijo! ¿Por dónde has entrado?

(Zeyn abraza á su madre y saluda tristemente á los demas.)

ZEYN.

Aquí los gnomos me traen
Por caminos subterráneos,
Con la rapidez eléctrica
Del terremoto y del rayo.
Mis heridas materiales
Ellos al punto curaron:
Mas la herida de mi alma
Me matará en breve plazo.
¡Ay, madre! El rey de los Genios
Fieramente se ha vengado.
A la mujer de mis sueños
Me hizo buscar sin descanso:
La hallé, la amé, y el maldito
Mi dulce amor ha robado.

BUDÍ.

¡Hijo! Tal vez te consuele
Lo que el Genio te dé en cambio.

ZEYN.

Déme la muerte, y así
Me dejará consolado.

BUDÍ.

Te da la estatua novena
En cumplimiento del pacto.

ZEYN.

¿Me da la estatua? Pues voy
Al punto á hacerla pedazos.
La muerte luégo yo mismo
Me daré.

(Armase Zeyn de una clava ponderosa que habrá en un monton de armas. Se lanza hácia el nicho grande. Tira del velo y le descorre con la mano izquierda, miéntras va á dar el golpe con la clava que lleva en la derecha. La bella Sita aparecerá, en el nicho ya descubierto, con el traje blanco de siempre, pero coronada de azahar, con velo de desposada y muchos diamantes, esmeraldas y rubíes. En la mano tendrá el espejo mágico.)

SITA.

¡Detente, ingrato!

(El nicho bajará lo bastante para que Sita pueda descender sin brinco y con la majestad debida. Zeyn tira al suelo la clava y estrecha á Sita entre sus brazos.)

ZEYN.

¡Prenda del alma!

SITA.

¡Rey mio!

SITA Y ZEYN.

¡Gracias, gracias, cielos santos!

BUDÍ.

A tu excesiva soberbia,
A tu orgullo sobrehumano
Zacubulú por castigo
Momentos dió muy amargos:
Mas ya el amor de tu alma
Quiere premiar, realizando
El ideal de hermosura,
Constante objeto, fin alto,
Adonde el vuelo encumbrabas
Lo vulgar menospreciando.

ZEYN.

Mi ambicion, mi bien, mi gloria,
Todo en Sita está cifrado.

MOBAREC.

¡Que viva Zacubulú!

MANTARA.

¡Vivan los enamorados
Esposos!

BUDÍ.

(Abrazando á Sita y á Zeyn.)

¡Vivan mis hijos
Felices y largos años!

(Zeyn, Sita, Mobarec y Mantara se dan las manos y cantan.)

MÚSICA.

Si las perlas y el oro
Tienen valor,
Lo mejor del Tesoro
Es el amor.

(Aparecen los gnomos, que son unos enanillos con luengas barbas, mandiles y martillos de herreros. Los gnomos deben estar representados por niños. Acuden las salamandras y las ondinas, espíritus elementales del fuego y del agua, y tejen una danza con los gnomos.)

CORO GENERAL.

Si las perlas y el oro
Tienen valor,
Lo mejor del Tesoro
Es el amor.

ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO

ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO

LA ESCENA ES EN CONSTANTINOPLA. SIGLO V DE LA ERA CRISTIANA.

Habitacion de Proclo. Es de noche. Una lámpara de siete mecheros, puesta sobre un trípode ó candelabro de bronce, ilumina la estancia. Puertas al fondo y á los lados.

ESCENA I.

PROCLO, de edad de cincuenta años, seco, escuálido, consumido por vigilias, ayunos, estudios y mortificaciones, aparece sentado en un sitial. Su discípulo, MARINO, está de pié, junto á él.

MARINO.—¡Maestro! ¿Estás decidido á recibir esta noche?

PROCLO.—Lo estoy. En cualquiera otra ciudad podría yo excusarme: en Byzancio no, que es mi patria. ¿Cómo privar á mis paisanos del auxilio y consuelo de la sabiduría?

MARINO.—Difícil es; pero debieras reposar y cuidarte. Estás que pareces el espíritu de la golosina,

de puro desmedrado. Te vas á matar con tantos afanes.

PROCLO.—Lléveme el cuerpo donde quiero ir, y luégo que muera.

MARINO.—Me afliges al decir eso. ¿Qué haré yo sin ti en este mundo? Pero dime, y perdona mi atrevida curiosidad; los que vienen á consultarte hablan siempre á solas contigo: no extrañes que note una contradiccion...

PROCLO.—Dí cuál es, y te demostraré que es aparente.

MARINO.—¿No afirmas tú que se requieren largos preparativos ántes de comunicar la sabiduría? ¿Qué revelas entónces á los que te consultan?

PROCLO.—No toda la verdad, cuyo resplandor los cegaría, sino algo de la verdad, velado en símbolos. Así el sol se vela entre nubes, á fin de que ojos mortales puedan fijarse en su disco glorioso.

MARINO.—Veo que esta noche estás expansivo. ¿Me permites que te haga varias preguntas?

PROCLO.—Haz las que se te antojen. Si me es lícito, contestaré.

MARINO.—Pues con tu vénia: ¿qué nos trae aquí desde el fondo del Asia, donde estabas estudiando los más oscuros ritos y misterios del Oriente, y desentrañando su oculto sentido? ¿Es capricho de tu alma ó mandato de un númen?

PROCLO.—Hace ya años que mi alma no tiene caprichos. Es mandato de un númen.

MARINO.—¿Puedo saber de cuál?

PROCLO.—De Vénus Urania.

MARINO.—¿La evocaste?

PROCLO.—No la evoqué. Ya sabes tú que en el dia rara vez me tomo el trabajo de evocar á los númenes. Ellos mismos bajan del Olimpo y vienen á verme, enamorados de mi afable trato. Es verdad que en la escala de la vida ocupo lugar inferior al de ellos. Si quiero elevarme á la inteligencia y á la causa soberanas, á traves de todas las manifestaciones corpóreas de su omnipotencia, tengo primero que subir por mil grados hasta llegar á dichos númenes, y áun despues, desde los númenes hasta el manantial inexhausto de lo celeste y terrenal, del espíritu y la naturaleza, hay una peregrinacion harto penosa. Por dicha, yo tengo un atajo, una trocha, un sendero recóndito y breve, por donde llego, no ya á la inteligencia y á la causa, sino más hondo: por donde llego al Uno. Me abstraigo de todo lo exterior; echo á un lado sentidos y potencias; borro imágenes de la fantasía; cubro con niebla densa todo lo escrito en la memoria; y, hundiéndome en el abismo del alma, hallo al que es. Allí nos juntamos él y yo. Allí él y yo no somos más que el Uno. De este modo se explica que, siendo yo simple mortal, sea tan considerado por los dioses. En la ligereza de carácter, propia de la serena beatitud de ellos, no caben estas reconcentraciones poderosas de la mente que me llevan al Uno. Ya te lo he dicho mil veces: por el principio vital, que gobierna mis sentidos, no valgo más que un perro; por el alma racional me quedo por bajo de las divinidades olímpicas; mas por la inteligencia especulativa é intuitiva, llego al Uno y dejo muy detras de mí á los ángeles, á los demonios, á los genios y á los númenes. Por la unidad esencial que en

mí hay, y de la cual hasta la inteligencia es emanado atributo, soy el Uno mismo. El Uno soy yo en los instantes dichosos de entusiasmo, de conjuncion y de éxtasis.

MARINO.—Por Hércules vivo, maestro, que me lleno de envidia siempre que te oigo afirmar esa union, por la cual te pones en el Uno ó te identificas con el Uno. Se me ocurre, no obstante, cierta dificultad.

PROCLO.—Explánala y te la resolveré.

MARINO.—¿Por qué, si hallas al Uno, hundiéndote en el abismo del alma, te allanas á buscarle en la naturaleza? ¿Por qué no estás siempre reconcentrado y como viviendo en la eternidad?

PROCLO.—Para imitar al propio Uno. Porque el Uno y yo, además de ser el Uno, somos el Bien. Es nuestra ley no quedar en el centro, absortos en el absoluto egoismo y en la inefable contemplacion de nuestra esencia. Tenemos que salir fuera á crear y mostrarnos activos. De él y de mí emanan la voluntad, la inteligencia y la palabra, y ellas crean el mundo. Desenvuelve el Uno su idea, y van apareciendo el sér, la vida y la armonía y el movimiento, y cuanto es y será. Desenvuelvo yo mi idea, y nacen el arte, las religiones y la ciencia. Y la creacion del Uno y mi creacion se compenetran y confunden y vienen á ser la misma. ¿Me entiendes ahora?

MARINO.—Me pasmo de tu claridad. Con sobrada razon mereces apellidarte el sumo pontífice de todas las creencias, el gran ciudadano de todas las repúblicas y el archi-metafísico de todas las metafísicas. No, Proclo, tú no eres un mortal.

PROCLO.—En la esencia no lo soy. En la esencia

soy eterno. Considerado en mi unidad, vivo en la eternidad primitiva: esto es, en un punto inmóvil, en el cual toda la duracion infinita de los siglos se halla parada, cifrada y reconcentrada. Considerado en el ápice de mi mente, en la inteligencia, vivo en la eternidad secundaria; torrente de las existencias sucesivas, perpetuo tránsito, movimiento sin término, carrera sin meta, mudanza y proceso que no acaban.

Marino.—Y dime, maestro, el sacrificio que sin duda haces al salirte del Uno y penetrar con la mente y con el discurso y con el afecto en este universo visible, ¿qué principal propósito lleva?

Proclo.—Lleva varios propósitos; pero el principal es de la mayor transçendencia. La ley divina que sigue la historia me ha suscitado en el tiempo debido para una funcion importantísima. Mi espíritu toma carne hácia el fin de la civilizacion antigua para comprenderla toda en conjunto armónico. El genio de la Grecia, con sus castizas ó peculiares creaciones, con los sueños de sus poetas desde Lino y Orfeo hasta ahora, con su pensamiento filosófico desde Pitágoras hasta Jámblico, con los descubrimientos de sus matemáticos, astrónomos y físicos, y con las enseñanzas arcanas de Samotracia y de Eleusis; el genio de la Grecia, con los despojos opimos que trajo de Egipto, de Persia y hasta de la India, despues de las conquistas del Macedon; todo este trabajo, toda esta aglomeracion de doctrinas, experimentos y especulaciones, han venido á fundirse en mi cabeza como en horno ó crisol candente. Ya fundido todo, he desechado la escoria por los bríos de mi virtud crítica, y he guar-

dado sólo el metal limpio y puro. Por último, por otra virtud plasmante que hay en mí he vaciado ese metal como en un molde, y he sacado á luz el refulgente y completo sistema de la antigua sabiduría. Los pueblos del Norte acabaron ya con el imperio de Occidente. El imperio de Oriente sucumbirá tambien. Pronto vendrá la barbarie. Las tinieblas de la ignorancia cubrirán el mundo. Yo seré, desde entónces hasta que aparezca la aurora de una nueva y tal vez más rica civilizacion, faro luminoso que alumbre y guie al humano linaje.

MARINO.—Reconozco la importancia de tu vida y de tus obras. Pero, concretándonos al caso singular de tu venida á Byzancio, ¿qué es lo que á ello te mueve?

PROCLO.—Muéveme amor.

MARINO.—¿Amor de patria? ¿Amor de gloria?

PROCLO.—Amor de una mujer.

MARINO.—¡De una mujer! Me dejas turulato. ¿Quién había de suponer que pensabas en tales cosas?

PROCLO.—No hay motivo para que te quedes turulato. ¿Qué tiene de absurdo que yo ame á una mujer? La amo desde que la vi: desde hace quince años. Ella tenía entónces diez y siete. Hoy tiene treinta y dos. Entónces era como capullo de rosa: hoy debe de brillar con toda la pompa y el esplendor de la hermosura, en la plenitud de su vida. Claro está que si yo estuviese siempre reconcentrado en el Uno, no la amaría; pero, volviéndome, y no puedo ménos de volverme, al mundo exterior, ¿qué hallaré en todo él que represente mejor al Bien y al Uno mismo? ¿Qué imágen, qué trasunto, qué destello de la belleza

increada descubrirá el sabio que valga más que la mujer hermosa? Cuando el artista quiere representar á la ciencia, á la poesía, á la virtud, ¿no les da forma de mujer?

MARINO.—Es cierto.

PROCLO.—No debes, pues, maravillarte de que yo ame en esta mujer á la ciencia, á la poesía y á la virtud con forma visible.

MARINO.—Ya no me maravillo. ¿Y puedo saber cómo se llama tu amada?

PROCLO.—Se llama Asclepigenia. Es la hija de mi maestro Plutarco. Ya te he dicho que la conocí quince años há. La conocí en Aténas. Plutarco me acabó de enseñar la filosofía. Asclepigenia me inició en los misterios caldeos, en los ritos de las orgías sagradas y en los procedimientos más eficaces de la teurgia. Desde entónces estamos ella y yo ligados por amor espiritual y sublime. Su gallardo y lindo cuerpo ha sido sólo para mí como dorada nube, donde se me aparecía, en reflejos fugitivos, el sol eterno: toda la perfeccion del Sér.

MARINO.—Nobilísima manera de amar fué la tuya... ¿Y ella, cómo te amaba?

PROCLO.—Me amaba tambien con el alma y andaba enamorada del alma mia.

MARINO.—¿Y por qué te separaste de ella?

PROCLO.—Por mil razones. Ni ella ni yo queríamos contaminar la pureza del amor que para siempre nos une. Ambos anhelábamos seguir sin tropiezo el camino ascendente que hácia el bien y hácia la luz nos encumbraba. Eramos demasiado jóvenes. No estábamos aún á toda la altura á que nos importaba estar.

Decidimos, pues, separarnos por amor de nuestro mismo amor. Prometimos reunirnos cuando ya no hubiese peligro alguno. Vénus Urania me ha revelado que ya no le hay, y por eso vengo en busca de Asclepigenia.

MARINO.—Notable revelacion estuvo. No hay más que verte, maestro, para conocer que no estás peligroso.

PROCLO.—Tienes razon que te sobra.

MARINO.—La fama ha difundido, por esta gran capital, que la honras con tu presencia y que recibirás en consulta á tres personas cada noche. Por medio del senador Marciano, á fin de que la casa no se te llene de gente, han sido repartidos los billetes de entrada. Pronto irán llegando por su órden los que vienen hoy á verte. Tus siervos los detendrán en la antesala. Yo los conduciré luégo hasta ti.

PROCLO.—Aunque Marciano profesa la religion de Cristo, es muy amigo mio y se parece á mí en muchas cosas. Ama á la vírgen emperatriz Pulqueria, como yo amo á la hija de Plutarco. Marciano, que pronto va á cumplir doce lustros, dos más que yo, dicen que se casará con Pulqueria, con quien ha de compartir, en honestidad santísima, el trono y el imperio de Oriente. Del mismo modo, Asclepigenia compartirá conmigo el trono y el imperio de la filosofía. Pero oigo ruido en la antesala. Vé y mira si ha venido alguien.

(Sale Marino y vuelve un instante despues.)

MARINO.—¡Maestro! el primero que acude á consultarte es un bellísimo y elegante mancebo, llamado Eumorfo. Nadie se viste con tanto lujo y primor,

nadie monta mejor á caballo, nadie baila con tanta gracia y gallardía. Por estas y otras prendas es el encanto de las damas más encopetadas.

PROCLO.—¿Qué pretenderá de mí ese pisaverde? Dile que pase adelante.

ESCENA II.

PROCLO Y EUMORFO, á quien Marino acompaña, yéndose luégo.

EUMORFO.—Abismo del saber, lucero de la filosofía, archivo de todas las noticias divinas y humanas...

PROCLO.—Amable mancebo, déjate de lisonjas y dí lo que pretendes.

EUMORFO.—Pretendo que me ilustres un poco.

PROCLO. (Con cierto desden.)—¿Y para qué?

EUMORFO.—No me desdeñes así. Confieso que no tengo por las ciencias la vocacion más decidida. Á ti, que todo lo penetras, ¿cómo he de intentar engañarte? Pero, francamente, mis chistes y agudezas, mis habilidades, mis talentos de sociedad, todo queda deslucido sin algo de filosofía. La filosofía se ha puesto en moda entre las señoras de los círculos aristocráticos, á quienes sirvo, pretendo y tal vez enamoro. Me falta este charol; dámele, y seré irresistible.

PROCLO.—Aunque es vulgar, mezquino y un tanto cuanto pecaminoso el fundamento de tu deseo, tu deseo es bueno en sí, y me decido á satisfacerle; pero la empresa es ardua. Por más que no quieras tomar sino una ligerísima tintura, necesitas varias lecciones:

necesitas asimismo consagrar á mi servicio y asistencia un par de horas diarias, á fin de que vayas recogiendo sentencias de las que se escapan de mis labios muy á menudo.

EUMORFO.—Consagraré á tu servicio y asistencia ese par de horas diarias que dices.

ESCENA III.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Una dama, que, si bien envuelta en velo argentino, deja traslucir que está dotada de majestuosa hermosura; una dama, cuyo traje de seda y cuyas joyas riquísimas manifiestan lo elevado de su clase, acaba de bajar de una silla de manos y se halla en la antesala aguardando que la recibas. Parece una diosa por el ritmo y la nobleza de su andar entonado y por el olor de ambrosía con que satura en torno el ambiente. ¿Le digo que aguarde?

EUMORFO. — ¡Venerando maestro! La galantería exige que recibas luégo á esa dama. Yo aguardaré en otro cuarto.

PROCLO.— Bien está. (Señalando á Eumorfo la puerta de la izquierda.) Entra en aquel. (A Marino.) Dí á la dama que no se detenga.

(Vanse Eumorfo y Marino.)

ESCENA IV.

PRÓCLO, ASCLEPIGENIA.

(Eumorfo asoma la cabeza de vez en cuando, ve, escucha y hace gestos de asombro durante toda esta escena.)

PROCLO.—¡Deslumbrante aparicion! ¿Quién eres? ¿Eres mortal ó diosa?

ASCLEPIGENIA. (Alzando el velo y descubriendo el rostro.)—¿No me reconoces, Proclo?

PROCLO.—¡Asclepigenia de mi corazon! ¡Cuán bella estás! Como el medio dia vence al albor de la mañana, tu beldad de hoy vence á la beldad con que hace quince años resplandeciste en Aténas. No dudo que tu alma se habrá mejorado y hermoseado tambien.

ASCLEPIGENIA.—No lo dudes. Tambien mi alma se ha mejorado y hermoseado.

PROCLO.—Sea mil veces enhorabuena. ¿Y de quién es tu alma?

ASCLEPIGENIA.—En su unidad es del Uno. En todas sus facultades, virtudes, potencias y demas atributos, es siempre tuya.

PROCLO.—¿Conque me amas?

ASCLEPIGENIA.—Te amo. Apénas supe que estabas aquí, he venido á buscarte.

PROCLO.—Ya no hay peligro.

ASCLEPIGENIA.—Lo veo.

PROCLO.—¿Viviremos juntos?

ASCLEPIGENIA.—¿Y por qué no? Poseo un magnífico

palacio donde albergarte. Serás mi filósofo. Contigo, por medio de la contemplacion, en alas del entusiasmo y del amor sin mácula, me arrobaré, me extasiaré y me perderé en el Uno.

PROCLO.—Así sea.

ASCLEPIGENIA.—Ahora tengo que dejarte. No puedo faltar esta noche en mi palacio, donde aguardo visitas. Vé á instalarte allí desde mañana.

PROCLO.—No aspiro á otra cosa.

ASCLEPIGENIA.—Como supongo que no te habrás venido sin los utensilios de tu profesion, mis criados se presentarán aquí con un carromato para la mudanza de todos los libros y trastos de hacer milagros, hablar con los muertos y atraer á los genios y demonios.

PROCLO.—Eres mi providencia terrenal. ¿Cómo pagar tanto cuidado?

ASCLEPIGENIA.—Amándome.

PROCLO.—Con el alma toda.

ASCLEPIGENIA.—Para despedida, te permito que me des un casto beso en la frente.

PROCLO. (Besándola con timidez respetuosa)—Es la vez primera que la tocan mis labios. ¡Cuán regalado favor!

ASCLEPIGENIA. — ¡Adios, amadísimo Proclo! (Váse.

ESCENA V.

PROCLO, EUMORFO.

EUMORFO.—¿Sabes lo que digo, maestro?

PROCLO.—Dí, y lo sabré. No quiero tomarme el trabajo de adivinar tus pensamientos.

EUMORFO.—Pues digo que se me van quitando las ganas de estudiar filosofía.

PROCLO.—¿Y por qué?

EUMORFO.—Porque la filosofía vuelve tonto á quien la estudia.

PROCLO.—Te equivocas. Lo que hace la filosofía es reforzar las prendas que cada uno tiene. Al tonto no le vuelve discreto, ni al discreto tonto; pero al discreto le hace discretísimo, y al tonto tontísimo.

EUMORFO.—Salvo el merecido respeto, te declararé entónces que tú propio te condenas.

PROCLO.—¿De qué suerte?

EUMORFO.—Porque mostrándote ahora tontísimo con toda tu filosofía, debiste de ser tonto en tu vida precientífica: tonto de nacimiento.

PROCLO.—¿Y qué prueba he dado yo de esa tontería superlativa de que me acusas?

EUMORFO.—La prueba es tu amor sublime por Asclepigenia.

PROCLO.—¿Qué sabes tú de eso?

EUMORFO.—Conozco á Asclepigenia muy á fondo.

PROCLO.—Te alucinas. Quiero dar por supuesto que conoces las potencias de su alma, las cuales, en

su efusion, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para ti.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demas planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remedo del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, ántes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas, son mios desde hace algunos meses.

PROCLO.—Qué palabra dijiste?

EUMORFO.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

PROCLO.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son; y no pueden ser

mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas segun su grado.

EUMORFO.—Consuélate con ese trabalengua.

PROCLO.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusion de las potencias del alma, algo de corporal que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Providencia, la cual lo purificára todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa armonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático*.

EUMORFO.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más

filantrópico la mayor parte de sus riquezas. Ha traficado en cierta clase de individuos, que ya dirigen en los alcázares los negocios más difíciles, ya sirven sin infundir recelos á los maridos celosos, ya cantan como serafines en las iglesias. Retirado ahora de esta fabricacion y comercio, se dedica á prestar al gobierno y á los particulares al cincuenta por ciento al año. Con tales virtudes, excelencias y servicios, no debe chocarnos que haya merecido el favor de la emperatriz y de sus ministros, los cuales le colman de distinciones. Ya le han nombrado conde Palatino y se anuncia que van á crear para él el título singular y nuevo de *Sebastocrátor*.

PROCLO.—¿Y qué pretenderá de mí ese tunante? Vamos, dile que éntre y le oiremos.

(Vase Marino.)

EUMORFO.—Y yo ¿qué hago?

PROCLO.—Escóndete de nuevo donde estabas.

(Vase Eumorfo.)

ESCENA VII.

PROCLO, CREMATURGO.

CREMATURGO.—¡Oh faro de las más altas especulaciones! ¡Oh déspota de los genios y demas poderes sobrenaturales!...

PROCLO.—Está bien. No me adules. Dí qué pretendes de mí.

CREMATURGO.—Tú, que lo sabes todo, ¿no podrías

decirme de qué medio me valdré para que mi amada sea mia, solamente mia?

PROCLO.—No llega tan léjos mi saber. Si llegara, le hubiese yo empleado en favor mio, que buena falta me ha hecho.

CREMATURGO.—Veo que tu saber no vale un comino. Harto me lo sospechaba yo.

PROCLO.—Expon, no obstante, tu caso, y allá veremos si puedo remediarte ó darte al ménos algun consejo útil.

CREMATURGO.—Yo estoy prendado de la más hermosa mujer que hay en Byzancio. Por ella hago descomunales desembolsos. No hay primor, ni refinamiento, ni objeto de arte, que ella no logre por mí. He traido para ella telas bordadas del país de los Seras, alfombras de Ctesifon, perlas y diamantes, papagayos y monos de la India, perfumes y oro de Arabia, y chales de Cachemira. Su palacio encierra muebles incrustados de marfil y nácar, estatuas de mármol de Páros, vajillas de plata, vasos de Nola y jarrones del extremo Oriente, que tienen un barniz desconocido en los imperios de persas y de romanos. Ella hace visitas á mi costa en silla de manos lindísima, ó se pasea ó va al circo ó al hipodromo en reluciente carroza ó *harmamaxa*, tirada por cuatro blancos caballos. En fin, nada le falta. ¿Cómo me compondré para que ella no me falte á mí?

PROCLO.—Lo discurriremos. Para mayor ilustracion del asunto, infórmame de quién es esa dama que tan caro te cuesta.

CREMATURGO.—Es Asclepigenia, la hija del filósofo Plutarco.

PROCLO.—¡Profundos cielos! ¿Quién lo hubiera podido imaginar en la vida? Tú eres mi rival.

CREMATURGO.—¿Tu rival? Pues qué, ¿tambien á tí te ama? ¿Qué le das tú, esqueleto pordiosero y ambulante?

PROCLO.—El alma, la esencia eterna. Pero sabe ¡oh sátiro vetusto! que todavía tienes otro rival. Sal, Eumorfo.

ESCENA VIII.

DICHOS, EUMORFO.

CREMATURGO.—¿Qué descaro es este? ¿Cómo te atreves, Eumorfo, á presentarte y á rivalizar conmigo? Tengo en mi poder cuatro pagarés tuyos vencidos y archivencidos, y voy á ejecutarte mañana.

EUMORFO.—Refrena tu furor, generoso magnate. Yo ignoraba que Asclepigenia te perteneciera.

CREMATURGO.—Sea como sea, lo cierto es que Asclepigenia nos ha burlado á los tres galanes. El acaso, ¿qué digo el acaso? la diosa Minerva nos ha reunido aquí para desengañarnos. Vamos á ver á Asclepigenia y á decirle lo que merece. Ella me aguarda solo. Venid en mi compañía.

EUMORFO.—Vamos.

PROCLO.—Vamos. (Proclo toma su báculo de filósofo, y salen juntos los tres.)

ESCENA IX.

Estrado ó *parastasio* rico y elegante en casa de Asclepigenia, adornado con estatuas y pinturas, é iluminado con lámparas, unas pendientes del techo, otras colocadas sobre mesas délficas.

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.

(La primera aparece reclinada, casi tendida lánguidamente en un *esquimpodio* ó silla-larga. Atenais, á su lado, en un taburete.)

ATENAIS.—¿Con que has visto á tu primer amor?

ASCLEPIGENIA.—Sí, le he visto. Me ha dado lástima. Está flaco, pálido, apergaminado. Y luégo ¡qué sucio! Doy por cierto que en los quince años que ha vivido léjos de mí no se ha lavado una vez sola ni siquiera las manos.

ATENAIS.—Ese grave defecto tiene el espiritualismo ó misticismo, que ahora priva y cunde. Parece que las virtudes á la moda exigen que sean puercos los virtuosos.

ASCLEPIGENIA.—Y no es eso lo peor, sino que se apodera de los ánimos una tristeza vaga y sofística que los enerva; tristeza que los antiguos apénas conocieron; un menosprecio del mundo y de las dulzuras de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; un desden del bienestar y de la riqueza, que roba brazos á la agricultura y á la industria; y una mansedumbre resignada, que amengua el valor del ciudadano y del guerrero. Más que Atila y todos los

bárbaros, me hacen prever estos síntomas la total ruina de la civilizacion. Pero volviendo á la suciedad y descuido en la persona, te aseguro que me ha dado grima ver á Proclo. Ofende toda nariz medianamente delicada.

ATENAIS.—Cruel inconveniente es ese si has de vivir con Proclo.

ASCLEPIGENIA.—Yo sabré remediarle. No me meteré en discusiones ni en consejos, sino que, á modo de broma, haré que mañana le cojan dos esclavos ántes de comer, le soplen en un baño y me le laven y frieguen con pasta de almendra, y me le froten con aromoso *diapasma*. Él mismo se sentirá mejor despues, y tomará la costumbre de lavarse.

ATENAIS.—Pero, declárate con franqueza; á pesar de estar Proclo tan viejo, tan estropeado y tan sucio, ¿le amas todavía?

ASCLEPIGENIA.—Le amo y le adoro. Se me figura que él es la última encarnacion del maravilloso genio de Grecia. Amándole, se magnifica y ensalza todo mi sér, hasta considerarme yo misma como la ciencia, la poesía, la civilizacion griega personificada.

ATENAIS.—En efecto, Proclo es el príncipe de los filósofos. Tu padre Plutarco y mi padre Leoncio, notable filósofo tambien, le veneraban como superior á ellos. Comprendo, pues, que ames á Proclo.

ASCLEPIGENIA.—Una doncella tan sábia, educada con esmero en Aténas; una poetisa tan inspirada como tú, en quien veo renacer, en edad temprana, las altas prendas de Hipátia, no podía ménos de comprender este amor mio que descuella sobre mis otros amores.

ATENAIS.—Es un dolor que no pueda ser el único.

ASCLEPIGENIA.—La culpa, hasta cierto punto, la tiene el pícaro misticismo. Por él nos separamos. Sin él hubiéramos vivido juntos, hubiéramos sido humanamente amantes y esposos, y ni yo hubiera caido, ni Proclo hubiera llegado á ser, con lamentable precocidad, y quedándose pobre, un vejestorio tan incapaz y tan feo.

ATENAIS.—Tu propósito era difícil. No extraño que no hayas podido cumplirle. El temple de alma de la emperatriz Pulqueria es rarísimo.

ASCLEPIGENIA.—¿Qué temple de alma ni qué calabazas? Ella es emperatriz y no necesita de un Crematurgo.

ATENAIS.—¿Tiene acaso algun Eumorfo?

ASCLEPIGENIA.—¡Vaya si le tiene! ¡Nadie lo ignora, ménos tú, que estás en Babia, y Marciano, que hace la vista gorda.

ATENAIS.—¿Y quién es ese feliz mortal?

ASCLEPIGENIA.—El lindo y gracioso Paulino.

ATENAIS.—Pues no tiene mal gusto la santa. (Aparece una sierva.)

SIERVA.—Señora, Crematurgo pide licencia para entrar.

ASCLEPIGENIA.—Que éntre. (Váse la sierva.)

ATENAIS.—¿Me retiro?

ASCLEPIGENIA.—Retírate. (Vase Atenais.)

ESCENA X.

ASCLEPIGENIA, CREMATURGO, PROCLO Y EUMORFO.
(Asclepigenia se pone de pié para recibirlos.)

ASCLEPIGENIA.—¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué significa venir los tres juntos á mi casa?

CREMATURGO.—Envidiable frescura te concedió el cielo. ¿Cómo, al vernos entrar juntos á los tres, no tiemblas, no te asustas, no te hundes avergonzada en el centro de la tierra?

EUMORFO.—Eso mismo repito yo. ¿Cómo no te hundes en el centro de la tierra?

CREMATURGO.—¡Inicua! Nos estabas engañando á todos.

EUMORFO.—Esto pasa de castaño oscuro. ¡Tres al mismo tiempo!

CREMATURGO.—¿Qué puedes alegar en tu defensa?

EUMORFO.—Con razon enmudeces.

ASCLEPIGENIA.—Yo no enmudezco ni con razon ni sin ella. A fin de probaros que la razon no me falta, os contaré una parábola, si teneis calma para oirla.

CREMATURGO.—Cuenta.

EUMORFO.—Te escucho.

ASCLEPIGENIA. (A Proclo, que ha estado y sigue silencioso desde que entró.) Y tú, ¿qué dices?

PROCLO.—Nada. Te escucho tambien.

ASCLEPIGENIA.—En el jardin de este palacio hay un rosal, que estaba casi seco y perdido por hallarse en terreno estéril.—¿Qué necesita? me dije yo al contem-

plarle.—Mantillo, me respondí. Es menester que de las sustancias corrompidas que en el mantillo hay absorba el rosal la savia vivificante que ha de dar lozanía, gala y primor á sus hojas y á sus flores. Cubrí, pues, con mantillo las raíces y el pié del rosal, y el rosal ha reverdecido y florecido como por encanto. La verdura de sus hojas es brillante: sus rosas son divinas. Los pétalos de estas rosas tienen el color encendido del alba: el centro parece cáliz de oro: en el cáliz hay miel. ¿Qué sér delicado, elegante, ligero, bonito, en armonía con la rosa, podrá tocar sus pétalos sin marchitarlos, y libar la miel del cáliz con la correspondiente suavidad y finura?—Una aérea, pintada y alegre mariposa, pensé yo. Y apénas lo hube pensado y deseado, acudió la mariposa más gentil y juguetona que he visto en mi vida; y revoloteando en torno de la rosa, se posó en su seno, sin ladear apénas el flexible tallo, y libó la miel del cáliz de oro. Noté, sin embargo, que esto no bastaba. De la rosa se desprendía exquisita fragancia, que iba disipándose por el ambiente y que el céfiro esparcía en sus alas. En la rosa había asimismo belleza extraordinaria, reflejo de la idea; perfeccion de formas, que encierra puros pensamientos artísticos. Esto sólo puede comprenderlo la inteligencia. Sólo el espíritu puede gozar de todo esto. Es así que la mariposa no tiene inteligencia, ni espíritu, ni siquiera olfato: luego al rosal le faltaba lo mejor. Sus prendas de más valía quedaban sin fin y sin propósito. Entónces ví claro que, si el mantillo y la mariposa eran indispensables para el rosal, eran más indispensables aún mente elevada, espíritu y conciencia, que le comprendiesen y admira-

sen. Aplicad ahora la parábola y reconocereis mi justificacion. Yo soy el rosal; tú, Crematurgo, eres el mantillo; tú, Eumorfo, la mariposa; y Proclo es la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella. ¿Qué culpa adquiere el rosal de que nada sea completo en este bajo mundo? ¡Lástima es que no se logren mantillo, mariposa, narices y mente en un sér solo! Como el rosal requería todo esto y no se hallaba reunido, he tenido que buscarlo por separado.

CREMATURGO.—Pues yo no me avengo. No quiero ser mantillo y nada más. ¡Adios, ingrata! (Váse.)

EUMORFO.—Tampoco me resigno yo á ser una mariposa ininteligente, sobre todo cuando por amor tuyo me había puesto ya á estudiar filosofía. ¡Adios, infame! (Vase.)

ESCENA XI.

ASCLEPIGENIA, PROCLO.

ASCLEPIGENIA.—Mantillo y mariposa me abandonan. ¿Me abandonarás tú tambien, Proclo mio?

PROCLO.—Confieso que mi alma está destrozada. Tal vez haría yo bien en huir de tu lado para siempre; pero hay una fuerza que me retiene cerca de tí. En balde he querido espiritualizar, santificar la civilizacion antigua, risueña y amante de la hermosura, pero liviana. No acierto, con todo, á divorciarme de ella. Soy de ella. Soy tuyo sin remedio. El vergonzoso y duro desengaño no mata el amor de mi cora-

zon al derribar todo el edificio filosófico que con tanto afan y arrogancia había yo levantado. Se me figura que cae sobre mí el justo castigo de la soberbia del espíritu. El espíritu se apartó con desden de la naturaleza; quiso elevarse por cima de la inteligencia y de la causa; pugnó por ir más allá del sér mismo; aspiró á confundirse con el principio inmutable de todo sér. La union mística, de que tanto me he envanecido, fué sin duda ilusion malsana. El principio indefinible del sér, con el cual yo creía unirme, y del cual todo lo que se afirma es negando, era el no ser: era la nada. Mi supuesta identificacion con él fué muerte egoista. No fué la muerte generosa de aquel que, amando la vida, sabe darla por el triunfo de una noble idea, por su patria, por la felicidad del objeto amado. Mi prurito de perderme en el Uno, absorbente, impersonal, que todo lo tiene en sí y nada tiene, es la más monstruosa perversion del espíritu. Es no saber vivir y gozar en el seno de este vario y bello Universo. Es crear un misticismo contrario al amor. Mi misticismo reconcentra el alma: el amor la difunde. Apartado el espíritu de la naturaleza, ¿qué se puede esperar sino lo que veo y lamento ahora? Ó el delirio que toma la nada por el principio del sér, ó la vileza, el rebajamiento, la impura grosería y el brutal apetito de goces materiales, triunfantes en la naturaleza, en la sociedad y en todo pensamiento, cuando el espíritu los abandona. En cambio, ¿qué vale el espíritu que se aparta del mundo real, creyendo adorar lo divino y adorándose á sí propio? Ni para resistir los golpes del infortunio más vulgar conserva brío suficiente. ¿Qué energía de voluntad me queda?

Sólo soy capaz de vil y cobarde resignacion ó de morirme aquí de pena, como mujercilla nerviosa. ¡Qué vergüenza! No puedo más. ¡Ay de mí!

(Proclo cae desmayado en la silla-larga.)

ASCLEPIGENIA.—¡Atenais! ¡Atenais! ¡Acude! ¡Oh desgracia! Acude; trae un pomo de esencias. ¡Nos quedamos sin filosofía! Ya no hay filosofía posible. Ya no hay más que ciencias positivas y prosáicas. Mi filósofo se me muere. (Se inclina sobre él, y le abraza con la mayor ternura.) Huele mal; pero... ¡es tan sabio! ¡es tan bueno!

ESCENA XII.

DICHOS, ATENAIS.

(Atenais ayuda á Asclepigenia á cuidar á Proclo, aplicando un pomo de esencias á sus narices.)

ATENAIS.—Cálmate. No es nada. Ya vuelve en sí.

ASCLEPIGENIA.—¡Buen susto me he llevado! ¡Pobrecito mio de mi alma! ¡Qué malo se me puso!

PROCLO. (Se levanta)—Perdóname, amiga. Ha sido un momento de debilidad. (Reparando en Atenais.) ¿Quién es esta gallarda doncella?

ASCLEPIGENIA.—Es Atenais, hija de Leoncio.

PROCLO.—¡La hija de mi docto é ilustre amigo!... ¡El cielo te bendiga, Atenais!

ASCLEPIGENIA.—¿Me perdonas, Proclo?

PROCLO.—No hablemos más de lo pasado: olvidémoslo.

ASCLEPIGENIA.—¿ Vivirás conmigo?

PROCLO.—No quiero ni puedo vivir ya sin tí. Tú serás el lucero que ilumine con su luz apacible la melancólica tarde de mi existencia. Estas blancas y suaves manos (Las toma entre las suyas.) cerrarán con amor mis párpados cuando se junten para dormir el último sueño.

ASCLEPIGENIA.—Contigo no echaré de ménos ni la riqueza, ni la hermosura corporal... ¿Qué más hermosura, qué más riqueza que el tesoro de tu alma? Si es menester, viviremos en la mayor estrecheza. Algo se me estropearán las manos de guisar y de remendarte la ropa. La elegancia, el esmero, el perfume de aristocrática distincion se desvanecerán casi por completo cuando vivamos míseramente. ¿Pero qué importa? Yo poseeré tu alma y tú la mia.

PROCLO.—No ha de ser así. No consentiré que se pierda ó que se deteriore ni una chispa, ni un átomo de toda esa beldad que te dió naturaleza y que el arte ha completado y realzado. Yo ganaré riquezas para ti. Para ti tendré hermosura corporal y juventud lozana.

ASCLEPIGENIA.—No te alucines, Proclo. La juventud que se fué, no vuelve nunca. Vénus Urania no te visitó sin motivo. En cuanto á la riqueza, doy por cierto que no ganarás jamás un óbolo con toda tu filosofía, á no ser que apeles al milagro.

PROCLO.—Pues bien; al milagro apelo. Ahora vas á ver quién yo soy. ¡Aquí te quiero, oh Teurgia! Para algo me has de servir. Hasta ahora, Asclepigenia idolatrada, has poseido en Eumorfo y en Crematurgo hermosura, juventud y riquezas, contingentes, li-

mitadas y caducas. De hoy en adelante vas á poseer la juventud, la hermosura y la riqueza, en absoluto y para siempre. Guardad silencio religioso. Ya empieza el conjuro.

(Profundo silencio. Proclo, agitando su báculo, traza en el aire círculos y otras figuras mágicas, y murmura entre dientes palabras ininteligibles Óyese música celestial, lenta y sumisa. En el centro del teatro se va cuajando una brillante y cándida nube, con arreboles de carmin, oro y nácar.)

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.—¡Qué portento!

PROCLO.—Ocultos en esa nube tienes ya, á tus órdenes y para tu servicio, en reemplazo de Eumorfo y de Crematurgo, al flechero Apolo, al más elegante y bonito de los dioses, y al hijo de Jasion y de Céres, al ciego Pluto, dispensador de las riquezas. ¿Quieres que salgan con séquito de musas, gracias, ninfas y genios, ó que salgan solos?

ASCLEPIGENIA.—Que salgan solos. Ya les iré pidiendo, en la sazon conveniente, todo aquello que se me ocurra.

PROCLO.—¡Apareced, dioses!

(Se abre la nube, y salen de ella, con mucha luz de Bengala, Pluto, cojo, ciego y alado, y Apolo, muy bizarro y airoso, con manto de púrpura, corona de laurel y lira en mano.)

PROCLO.—¿Qué más tienes que pedir?

ASCLEPIGENIA.—Nada. Yo me contentaba con tu amor.

PROCLO.—Recapacita, sin embargo, si algo te falta.

ASCLEPIGENIA.—Si no me motejases de sobrado pedigüeña y exigente, aún te pediría una cosa.

PROCLO.—¿Cuál?

ASCLEPIGENIA.—Que te laves.

PROCLO.—Me lavaré.

ATENAIS.—Ya eres dichosa. Posees ciencia, hermosura, juventud, riqueza y hasta aseo. Yo, desvalida y menesterosa, léjos de envidiarte, me regocijo.

PROCLO.—El cielo te premiará, generosa Atenais. Yo, que estoy ahora inspirado, leo en el porvenir tu egregio destino. El jóven Teodosio, á quien educa muy bien su hermana Pulqueria, á fin de que brille en el trono imperial, se casará contigo. Así serás emperatriz de Oriente. Serás feliz y poderosa sin acudir á la magia; pero tendrás que hacerte cristiana. Por último, para que nuestra gloria y nuestra felicidad sean más estupendas y vividoras, despues que pasen trece ó catorce siglos, contando desde el dia de la fecha, aparecerá en la risueña y fértil Bética, cuna de la dinastía reinante y patria de tu abuelo político el Gran Teodosio y de otra infinidad de personas eminentísimas, cierto escritor ingenioso y verídico, el cual ha de componer sobre los sucesos de esta noche un diálogo, donde trate de competir con el divino Platon en lo elevado y grave, y con el satírico Luciano en lo chistoso y alegre.

ATENAIS.—Mucho me he de holgar si tus vaticinios se cumplen.

ASCLEPIGENIA.—Y yo tambien. Temo, sin embargo, que ese diálogo, que Proclo anuncia, sea una extravagancia sin amenidad y sin viveza, donde nosotros figuremos, no como séres reales, sino como personajes alegóricos: donde Proclo y yo representemos la antigua poesía sensual y corrompida y el antiguo saber agotado, desesperado y estéril, que para seguir viviendo juntos se entregan á brujerías y supersticiones.

ATENAÍS. —Si esa alegoría puede tener alguna aplicacion cuando el diálogo se escriba, tal vez interese el diálogo.

ASCLEPIGENIA.—Suceda lo que suceda, no debe importarnos mucho. Allá se las haya el autor. Nosotros cinco, mortales y dioses, vámonos al triclinio, donde tengo preparada una suculenta y bien condimentada cena.

MORTALES Y DIOSES.—Vámonos á cenar.

FIN.

AR
ES
NI

Esta

Tabl

Núm